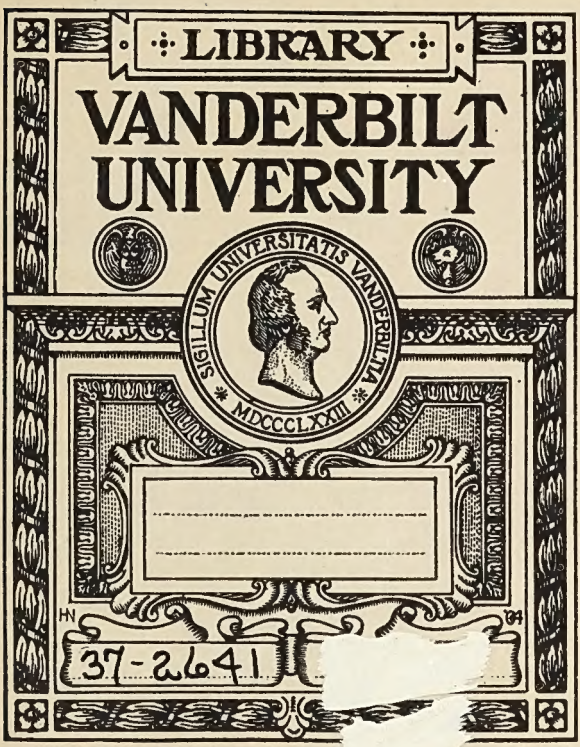
3 0081 007 948 775



v.15

DATE DUE

DEC 17 1996			
JAN 28 1996			

Demco, Inc. 38-293

Cmg 5/28/90

TEATRO COMPLETO

TOMO XV

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LCPCB

TEATRO COMPLETO

TOMO XV

COMEDIAS Y DRAMAS

PUEBLA DE LAS MUJERES. - LO QUE TÚ QUIERAS.
MALVALOCA. - LA CUERDA SENSIBLE

MADRID
1926

Es propiedad de los autores
Copyright, 1926, by S. y J. Álvarez Quintero

37-2641
862.6
A47
v.15

MADRID.-IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA
GLORIETA DE LA IGLESIA DE CHAMBERÍ

PUEBLA DE LAS MUJERES

COMEDIA EN DOS ACTOS

Estrenada en el Teatro de Lara el 17 de enero de 1912.

A DON JOSÉ ECHEGARAY,
ilustre autor de «El gran galeoto»,
sus admiradores de siempre,

LOS AUTORES

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CONCHA PUERTO	JOAQUINA DEL PINO.
JUANITA LA ROSA	CATALINA BÁRCENA.
SANTITA	LEOCADIA ALBA.
DOÑA BELÉN	VIRGINIA ALVERÁ.
ÁNGELA	MERCEDES PARDO.
PILAR	MERCEDES LATORRE.
DIEGUILLA	EUGENIA ILLESCAS.
UNA MUCHACHA	CARMEN SECO.
ADOLFO	LUIS MANRIQUE.
DON JULIÁN	ALBERTO ROMEA.
DON CECILIO	FRANCISCO PALANCA.
PEPE LORA	FRANCISCO BARRAYCOA.
GUITARRA	SALVADOR MORA.
UN SACRISTÁN	GUILLERMO DE MANCHA.

Todos ellos, a excepción de Adolfo, Don Cecilio y Doña Belén, hablan con pronunciación andaluza.

PUEBLA DE LAS MUJERES

ACTO PRIMERO

Hay en muchas casas de muchos pueblos andaluces un lugar, el primero en que se da al abrir la cancela, familiar y cómodo, llamado «media casa» en algunos de ellos, que hace veces de patio sin serlo, y de sala de recibo a la par, aunque sin alcanzar tan alta jerarquía. Pues bien: en este simpático recinto, fresco y agradable, y en la casa de nuestro buen amigo don Julián Figueredo, cura párroco de Puebla de las Mujeres, pasan los sucesos de esta comedia.

A la derecha de la actriz, en segundo término, la cancela, de sencillo herraje, que da al zaguán y que está abierta siempre. A la izquierda, en el centro de la pared, una puerta vidriera con medio punto, también de cristales. Al foro una gran puerta semejante a ésta, pero de tres cuerpos.

A través de ella se ve un jardín de encaladas paredes y suelo enladrillado y rojizo, con escasos árboles y gran copia de macetas en flor, pintadas todas de celeste.

Junto a la cancela, en primer término, y empotrado en la blanca pared, lo que allí se llama un chinero, o sea una especie de aparador con puertas de cristales de arriba abajo. En él se guarda, amén de otros cachivaches más o menos útiles, esa vajilla primorosa y fina que no suele servir más que en las grandes fiestas.

Techo de bovedillas; suelo de losetas encarnadas.

Muebles pocos y muy sencillos: un velador, un perchero, dos mecedoras, y sillas antiguas de rejilla. En las paredes, algunos cuadros sin pretensiones, y un par de esterillas con retratos en fotografía. Sobre la cancela una imagen de la Virgen que se venera en el pueblo, debajo de la cual hay, clavada y sujeta en la pared, una seca ramita de olivo.

Es de noche y en el mes de junio. Pendiente del techo, en el centro de la habitación, una gran lámpara encendida.

Don Julián y Santita, cómodamente sentados, revelan en su actitud la más profunda calma. Don Julián consulta una lista de la lotería, buscando inútilmente en ella dos números cuyos décimos juega. Santita hace pitillos a máquina para don Julián. Son hermanos, y ambos tienen más de sesenta años y menos de sesenta y cinco. Don Julián oye todo lo que hay que oír, porque confiesa a la mayoría de las mujeres del pueblo, y Santita no oye nada absolutamente, porque es sorda. Su actitud, por lo mismo, es de constante observación y recelo.

Don Julián está de sotana y usa una gorrilla de seda con visera, para defender su venerable calva de resfriados, moscas y mosquitos. Santita viste hábito negro.

DON JULIÁN. ¡Vaya! Ni un trece mil quinientos siquiera. ¡También es suertecita la mía! No salgo de pobre. A ver el otro.

Dentro, allá muy lejos, en la cocina, rompe a cantar Dieguilla, la más joven y revoltosa de las

criadas de la casa. Don Julián suspende su tarea y la escucha. Santita a poco se da cuenta de ello.

DIEGUILLA. *Cantando.*

Para pazá ratos güenos
a penzá me pongo en ti,
que erez entre los morenos
er más garbozo que vi.

SANTITA. *A mitad de copla.* ¿Qué es eso? ¿Canta aquel demonio?

DON JULIÁN. No.

SANTITA. Sí. No tengo más que verte la cara. ¿El fandanguillo de su pueblo, verdad? *Deja los pitillos y se va por el jardín hacia la izquierda a mandar callar a Dieguilla.*

DON JULIÁN. ¡Bendito sea el Señor! La única que no la oye, y la única que se incomoda por que cante. Cierto que la Dieguilla es un grillito, es un grillito...

La copla de Dieguilla se corta bruscamente en la repetición de uno de sus versos. Vuelve Santita satisfecha.

SANTITA. Aquélla se cree que está todavía en la posada de su pueblo.

DON JULIÁN. *Levantando un poco la voz por instinto, no porque espere que lo haya de oír su hermana.* Se te irá ésta también, como la otra y como todas.

SANTITA. ¿Qué?

DON JULIÁN. ¡Que se te irá ésta también!

SANTITA. *Entendiéndolo como siempre, y como a todo el mundo, por los ademanes y el movimiento de los labios.* ¡Que se vaya! Tal día hizo un año. En casa de un sacerdote no se deben cantar copluchas. *Reanuda su labor.*

DON JULIÁN. *Después de buscar en la lista el otro número.* Pues, señor, bien. Habrá que creer que la lista viene equivocada. Este siete por fuerza es un cuatro.

Pausa. Aparece por la cancela Adolfo Adalid, héroe de esta jornada. Es un muchacho madrileño, atildado y correcto. Habla con natural desenvoltura.

ADOLFO. ¿Se puede pasar?

DON JULIÁN. *Levantándose a recibirlo.* ¡Ya lo creo! Adelante, amiguito, adelante.

ADOLFO. ¿Cómo está usted?

DON JULIÁN. Bien, ¿y usted?

ADOLFO. ¿Usted me conoce?

DON JULIÁN. ¿No he de conocerlo, criatura? Desde que hace ocho días se bajó usted del coche en la plaza. Y ya echaba yo de menos esta visita. Voy a presentarlo a usted a mi hermana. Es sorda la pobre, pero no hay que alzarle la voz: se entera de lo que se le habla por el movimiento de los labios. Santita.

SANTITA. Señor mío...

ADOLFO. Señora...

DON JULIÁN. Éste es el sobrinito de Esperanza Lucena.

SANTITA. Ya, ya sé quién es. Pasa por aquí todos los días tres veces para arriba y cuatro para abajo. Mis hijas me lo han dicho.

ADOLFO. No he contado las veces, pero sí paso bastante por aquí.

DON JULIÁN. Pues ya ha podido usted entrar alguna de ellas, tunantón. Siéntese.

ADOLFO. Mil gracias.

Se sientan los dos.

DON JULIÁN. Yo me preguntaba: pero ese madrileñito, ¿es que no quiere nada con el cura párroco de Puebla de las Mujeres?

ADOLFO. Todo lo contrario: porque quiero, y mucho, y porque he de molestarlo a usted, y no poco, me daba cierto reparillo venir en seguida.

DON JULIÁN. A mí no me molesta usted, hijito.

ADOLFO. Es usted muy amable, señor. Y le advierto a usted que mi tía me ha estado diciendo todos los días, y por la mañana y por la tarde, que viniese.

DON JULIÁN. Me hago cargo de ello. Su tía de usted y yo somos amiguitos antiguos.

ADOLFO. Tiene en usted una gran confianza. ¿Quiere usted fumar?

DON JULIÁN. Fumaremos.

Adolfo le da un cigarrillo y ambos fuman. Santita al verlos les acerca un cenicero y una escupidera. Después, disimuladamente, como quien va a entornar la cancela, se llega por detrás de Adolfo

a observarlo, y aun coge su sombrero y lo examina por fuera y por dentro.

ADOLFO. El pobre de mi tío político dejó bien enredados todos sus papeles.

DON JULIÁN. Sí, hijito, sí; me consta. Dios lo haya perdonado. Valía muy poquito; sin que mis palabras ofendan su memoria. Siempre fué un tarambanita y un majaderito.

ADOLFO. Mi tía, la infeliz, pasadas las primeras semanas de duelo, me escribió a Madrid, suplicándome por Dios y los santos que viniera a dejarle los negocios en orden. Y yo, usted imagine, ¿qué había de hacer más que complacerla? La quiero bastante...

DON JULIÁN. Ya lo sé, hijito, ya lo sé.

ADOLFO. Y además, los papeles de mi tío no son cosa que se ponga fácilmente en claro ni que se deba entregar en manos de persona que no sea de toda confianza. Procuraré cumplir mi cometido lo mejor que sepa, y, sobre todo, dejar a mi tía tranquila y sin trampas ni pleitos probables.

DON JULIÁN. Bien, bien, hijito, bien. Tarea tiene usted para largo.

ADOLFO. Para mes y medio o dos meses calculo yo. A bien que ahora en Madrid, como llega el verano, la vida se paraliza y hace uno poca falta.

DON JULIÁN. Pues mira, hijito... y perdona que te apee el tratamiento; pero yo no sé decirle de usted a la gente joven...

ADOLFO. Y a mí me agrada que me trate usted con esa familiaridad.

DON JULIÁN. Lo que necesites y en mi mano esté, no tienes más que abrir la boca.

ADOLFO. Pediré, pediré bastante. No tendrá usted queja. Y voy a empezar ahora mismo. Lo primero, y así le damos gusto a mi tía, van a ser cuatro letras de presentación.

DON JULIÁN. ¿Para quién?

ADOLFO. Para... —no me acuerdo del nombre— para el arrendatario de su hacienda de *La Colmena.*

DON JULIÁN. ¡Ah, sí! Pablo Lobo. Mala personita es el tal. Socarroncito, marrullerito, ladroncito...

ADOLFO. Pues dice mi tía que a usted lo estima y lo considera más que a nadie, y que no debo encararme con él sin llevar esa carta.

DON JULIÁN. ¿Cuándo vas a ir a verlo?

ADOLFO. Mañana, a ser posible.

DON JULIÁN. Pues entonces te escribiré la carta inmediatamente.

ADOLFO. No; no se moleste usted todavía. Mire usted: yo he de llegarme luego a ver al registrador de la propiedad, que se acuesta temprano, y necesito consultarle una o dos cosas; pues, mientras tanto, usted es tan bueno que me escribe esas líneas, y al pasar yo hacia mi casa de retirada, las recojo.

DON JULIÁN. Perfectamente, caballerito. Así lo haremos.

ADOLFO. Y no dirá usted que no ha sido interesada mi primera visita a la casa del cura párroco.

DON JULIÁN. ¡Jel ¿Y el pueblo? ¿Qué te parece el pueblo? Aburridito, ¿no?

ADOLFO. No; yo, la verdad, aún no he tenido tiempo de aburrirme. Se asemeja bastante, en su apariencia pintoresca y tranquila, a otros pueblos andaluces que ya conozco. Acaso éste cause impresión de cosa más dormida, más abandonada, más en calma aún que algunos de ellos.

DON JULIÁN. Sí, sí. Aquí, en movimiento constante, no hay más que las campanas de las dos iglesias, y las lenguas de las mujeres, que no paran de hablar.

ADOLFO. De lo de las campanas, doy fe: me despiertan todas las mañanas. De lo otro, no sé todavía.

DON JULIÁN. Pues ya te enterarás.

ADOLFO. Lo que, con permiso de usted, no se puede resistir, son las moscas. Yo creo que están aquí las de toda la provincia.

DON JULIÁN. Es cierto, es cierto. Hay más moscas que en ninguna parte. Y muy pegajositas y muy fastidiositas que son. Ahora no nos molestan porque a estas horas se reunen allá en el comedor, que si no, ¡aviados estábamos! Yo no puedo soltar la gorra.

ADOLFO. Mosquitos hay menos, ¿verdad?

DON JULIÁN. Espera a que entre julio para formar juicio definitivo.

ADOLFO. ¡Ah! ¿sí?

DON JULIÁN. Y que la emprenden con los forasteros.

ADOLFO. ¡Ah! ¿sí?

DON JULIÁN. Se explica. A nosotros ya nos conocen, y casi nos desprecian. ¡Claro! Somos platos vulgares, corrientes... Pero llega uno de otra parte, y parece como que se dicen ellos: «Hombre, a ese señor no lo hemos probado.» Y caen sobre él y se lo comen enteramente.

ADOLFO. Bueno es saberlo para buscarnos la defensa. *Se levanta.*

DON JULIÁN. ¿Te vas ya?

ADOLFO. Pero volveré por la carta. Voy, como le he dicho, a casa del registrador, que creo que se acuesta con las gallinas.

DON JULIÁN. Bien, bien. Pues hasta luego entonces. Y excuso hacerte el ofrecimiento de mi casa. Tuya es. Luego te presentaré lo mejor que hay en ella: mis sobrinas, las hijas de mi hermana. No son feítas. Te prevengo que tenemos tertulia a todas horas: de día y de noche. Esta cancela siempre la encontrarás abierta. Vienen amiguitas de mis sobrinas, amigas de mi hermana, amigotes míos... Cecilio, el médico decano, persona de excelente humor, es punto fijo.

ADOLFO. Tengo el gusto de tratarlo desde que llegué. Entra y sale mucho en casa de mi tía.

DON JULIÁN. Y en ésta. Conque cuando te aburras demasiado de tus papelorios, déjate caer

por acá con toda confianza, que acaso te diviertas.

ADOLFO. Sí, señor; vendré con muchísimo gusto.

DON JULIÁN. Por más que ya se corre por el pueblo que has encontrado distracción.

ADOLFO. ¿Cómo?

DON JULIÁN. Eso se corre; yo ni quito ni pongo.

ADOLFO. No sé a qué se refiere usted.

DON JULIÁN. Serán cosas de las mujeres. A mí me lo ha contado ésta.

SANTITA. ¿Qué?

DON JULIÁN. Le estoy diciendo lo que tú me dijiste que te han dicho que se dice de él.

SANTITA. ¡Ah, ya! Sí. Que sea para bien. ¡Muy buen gusto! De lo mejorcito del pueblo.

ADOLFO. Con toda franqueza, don Julián, no sé de qué ni de quién me hablan ustedes.

DON JULIÁN. ¿De veras, no? Lo que son los pueblos. Pues parece que se da ya por hecho, que una muchachita que vive aquí a la espalda—y que también suele venir por las noches—te ha sorbido el seso con sus ojos.

ADOLFO. ¿A mí? ¡Pero si yo apenas conozco a nadie! ¡Si todavía no he cruzado la palabra con ninguna muchacha!

SANTITA. ¿Qué? ¿Que se opone la tía? ¡Es muy tonta! ¡Eso es que lo finge!

DON JULIÁN. No, si no habla de la tía. ¡Si dice que ni siquiera conoce a la sobrina!

SANTITA. ¡Averigua tú la verdad!

DON JULIÁN. Ésta no lo cree.

ADOLFO. Y ¿qué quiere usted que yo le haga? Hasta luego, ¿no?

DON JULIÁN. Hasta luego.

ADOLFO. Adiós, señora.

SANTITA. Vaya usted con Dios, señorito.

Vase Adolfo.

DON JULIÁN. *A su hermana.* Es simpatiquito, ¿verdad?

SANTITA. Sí, sí; no es desgraciado, no. Ella vale más que él, por supuesto. *Coge el cenicero, y con un gesto de repugnancia hacia él, llama a Dieguilla.* ¡Dieguilla! ¡Dieguilla!

DON JULIÁN. ¿Qué quieres?

SANTITA. Que venga por esto, que no puedo resistir el tufo que echa. Dios me ha debido dar un poco de más oído y de menos olfato. ¡Uf!

Por el jardín, de la parte de la izquierda, sale Dieguilla secándose las manos en el delantal de faena.

DIEGUILLA. Mande usté, zeñorita.

SANTITA. Toma; limpia esta alhaja.

DIEGUILLA. Zí, zeñorita.

SANTITA. Y en seguida la traes.

DIEGUILLA. Güeno, zeñorita. Don Julián, una de las dos cozas: o ze ha fumao usté dos pitiyos zeguíos, o ha habío vizita de cabayero.

DON JULIÁN. Anda, anda.

Se marcha Dieguilla por donde salió, cantu-

rreando el fandanguillo de marras, segura de la impunidad.

SANTITA. Obediente sí que lo es esta muchacha.

Llega Concha Puerto de la calle, acompañada de Guitarra, su criado. Un autor dramático dado a los símbolos, diría que Concha Puerto era la encarnación del espíritu del pueblo; nosotros, que no lo somos, por ahora, nos limitamos a decir que es una señora guapa, muy entrometida, que sabe la vida y milagros de todo el mundo.

CONCHA. Santas y buenas noches.

GUITARRA. Güenas noches.

DON JULIÁN. Felices, Concha.

CONCHA. Buenas noches, Santita.

SANTITA. Dios te guarde, mujer.

CONCHA. Guitarra, vete tú a la cocina; que ya te llamaré para que nos vayamos.

GUITARRA. Está mu bien, señora. *Se entra por la puerta del jardín, hacia la izquierda.*

CONCHA. Me he traído a Guitarra, porque a lo mejor me entretengo aquí demasiado, apagan los faroles de la calle, y llego a la mía y me la encuentro como boca de lobo. Expuesta a que me den un susto una noche. *Se sienta.* ¿Salía de aquí?

DON JULIÁN. ¿Cómo?

CONCHA. Si salía de aquí.

DON JULIÁN. ¿Quién?

CONCHA. A mí me pareció que salía de aquí.

DON JULIÁN. Pero, ¿quién?

CONCHA. ¿Quién ha de ser, padre? ¡El abogado; la novedad del pueblo; el sobrino de Esperanza Lucena!

DON JULIÁN. ¡Ah! ya. Sí salía de aquí, sí. Vino a saludarme... a cumplir conmigo.

CONCHA. Sí, sí. Mal informado está de la hora. Ella viene más tarde.

DON JULIÁN. ¿Qué hablas, mujer?

CONCHA. Es simpático ese muchacho, ¿verdad?

DON JULIÁN. Sí que es muy simpático; y muy fino.

CONCHA. Y muy buen hijo, según dicen. Y con un gran porvenir por delante. Ya ve usted: a su edad, es abogado y otra cosa.

DON JULIÁN. ¿Y otra cosa?

CONCHA. Sí; no recuerdo qué. Pero Bobadilla me lo ha dicho: es abogado y otra cosa. En fin, que ha tenido suerte Juanita. Él vale más que ella. ¿Y las niñas? *Gritándole a la sorda.* ¿Y las niñas?

SANTITA. En el jardín están.

CONCHA. Voy a llamarlas. Tenemos que hablar del asunto. *Se levanta un instante y llama a las niñas desde la puerta del jardín.* ¡Niñas! ¡Niñas! ¡Ángela! ¡Pilar! ¡Aquí estoy yo!...

DON JULIÁN. ¿Y tu marido?

CONCHA. Rabiando con la muela; por variar.

DON JULIÁN. ¡Vaya por Dios, mujer! Yo no sé cómo tiene paciencia. ¿Por qué no se la saca?

CONCHA. Porque ya sabe usted lo que es Bobadilla: piensa que un dentista es un verdugo. ¡Jesús! ¡Qué miedo les tiene! Y le aseguro a usted que está en un ¡ay! ¿Es ésa la lista de este sorteo?

DON JULIÁN. Ésta es. ¿Quieres ver algún número?

Vuelve Dieguilla por donde antes, con el cenicero ya limpio. Lo deja sobre el velador, y se va sin decir palabra, pero mirándolos a todos.

CONCHA. Sí, señor. Mire usted si está el catorce mil quinientos veinticinco.

DON JULIÁN. *Obedeciéndola.* El catorce mil quinientos... No está.

CONCHA. Lo siento, porque lo lleva el curita Martínez. ¿Y el siete mil trescientos cuatro?

DON JULIÁN. ¿El siete mil trescientos cuatro? ¡Caramba! Ni un siete mil trescientos siquiera.

CONCHA. Me alegro, porque lo llevan en la botica.

DON JULIÁN. Pero, ¿tú juegas en los dos?

CONCHA. No, señor; en ninguno. Sino que me quedo con los números en la memoria para saber si salen.

DON JULIÁN. ¡Je!

Llegan por la puerta del jardín Ángela y Pilar, las hijas de Santita, florecillas de veinte y de quin-

ce abriles, respectivamente. Vienen de la parte de la derecha.

PILAR. ¡Hola!

ÁNGELA. ¡Hola!

CONCHA. ¡Hola! ¿Saben ustedes la noticia?

PILAR. La sabemos.

ÁNGELA. La sabemos.

DON JULIÁN. ¿Cuál es la noticia?

CONCHA. ¿Cuál ha de ser? ¡Que el abogado está enamoradísimo de Juanita La Rosa!

DON JULIÁN. ¡Bah!

CONCHA. ¿Bah? ¡Y que Juanita La Rosa no pega los ojos desde que lo vió! Ha sido un flechazo.

DON JULIÁN. Por charlatanas van ustedes a ir al infierno todas. Cabalmente acaba de marcharse de aquí el abogado; tú lo has visto al llegar...

ÁNGELA. Pero, ¿ha estado aquí?

PILAR. ¿Ha estado aquí?

DON JULIÁN. Sí, hijitas, sí; ha estado aquí...

CONCHA. Ha venido a ofrecerle sus respetos a tu tío, ¿sabes?

DON JULIÁN. A eso ha venido el pobre muchachito.

CONCHA. ¡Y cal

DON JULIÁN. Y yo le he hablado incidentalmente de lo que se corría por el pueblo, y él me ha confesado con la mayor ingenuidad que ni siquiera conoce a Juanita.

CONCHA. ¡Ja, ja, ja! Es usted para ponerlo en un altar de puro inocente.

PILAR. Sí, tío; te chupas el dedo.

ÁNGELA. ¡Que no la conoce, y se sabe en todo el pueblo que está loco por ella!

CONCHA. ¡Que no la conoce, y ha venido a buscarla aquí!

ÁNGELA. ¿A que vuelve?

DON JULIÁN. Sí va a volver, pero...

CONCHA. ¡Ah! pero... ¡Camuesa!

SANTITA. *Impaciente ya por meter cucharada.* ¿Qué hay? ¿Qué guirigay es ese?

CONCHA. *A voz en cuello.* ¡Que dice don Julián que el sobrino de Esperanza Lucena, el abogado, no conoce a Juanita La Rosa!

SANTITA. A otro perro con ese hueso.

CONCHA. ¿Usted lo ve?

PILAR. ¡Pero si está claro!

SANTITA. Para mí tengo que esta noche ha venido aquí nada más que al olor.

CONCHA. ¿Usted lo ve?

DON JULIÁN. ¿Qué veo? ¿Qué veo? ¡Que todas son ustedes lo mismo!

ÁNGELA. Pero, tío, ¿todavía no lo crees?

DON JULIÁN. Pero, sobrinita, ¡si el propio interesado me ha dicho que no la conoce!

CONCHA. Pues yo le digo a usted, no tan sólo que la conoce, sino que se ha prendado de ella, y que le va a escribir.

DON JULIÁN. ¡Bah!

CONCHA. Razones, razones: si no está enamorado, ¿por qué ha pasado hoy tres veces por su calle?

DON JULIÁN. ¡Señor, porque es una calle del pueblo! ¿Va a andar por los tejados el hombre?

CONCHA. Una calle del pueblo, ¿verdad? Y si no va escribirle, ¿por qué ha comprado esta mañana en el estanco un sello para el interior?

PILAR. ¿Ha comprado un sello para el interior?

ÁNGELA. ¡Digo!

DON JULIÁN. Pero, ¿tú cómo sabes?...

CONCHA. Que ¿cómo lo sé? ¡Como lo sabe todo el mundo! ¡Si ha sido un acontecimiento en el estanco! ¡Usted figúrese, en un pueblo que se anda en cinco minutos, un hombre que pide un sello para el interior! ¡Vamos! ¡Verde y con asa!...

ÁNGELA. ¡Alcarraza, tío, alcarraza!

DON JULIÁN. Chito, que viene alguien.

CONCHA. *Casi adivinando por el olor a quien llega y dándole al anuncio de la persona un gran misterio e interés.* ¡Ah! ¡Pepe Lora!

PILAR. ¿Pepe Lora?

CONCHA. ¡Pepe Lora!

ÁNGELA. ¡Pepe Lora!

PILAR. *A su tío.* ¡Pepe Lora!

Efectivamente, es Pepe Lora el que llega por la cancela. Pepe Lora es un mocito receloso y oscuro, de hablar despacioso. Viste de americana y sombrero ancho.

PEPE. Buenas noches, don Julián y la compañía.

DON JULIÁN. Buenas noches, Pepillo.

Las dos señoras y las muchachas contestan a las buenas noches.

PEPE. ¿Por cazualidá tiene usté er *Diario*?

DON JULIÁN. ¿El *Diario*? Niñas, ¿y el *Diario*?

PILAR. ¿El *Diario*? Hace media hora estaba aquí.

ÁNGELA. Sí; pero creo que vinieron por él de casa de Piña.

CONCHA. No; pues de casa de Piña se lo han llevado ya. Yo he salido de allí ahora mismo...

PEPE. Mi madre está leyendo la novela y quería zeguirla.

ÁNGELA. ¿Sabes tú dónde debe de estar? En casa de Victoria.

PILAR. Sí; porque Victoria también lo pide.

CONCHA. Y si no está en casa de Victoria, lo tienen ahí enfrente. Y si no, está en mi casa.

DON JULIÁN. Ea, pues ya conoces la pista, hijito.

PEPE. Zí, zeñó. Me yegaré ahí enfrente primero.

DON JULIÁN. Y cuando tu madre lo lea, no dejes tú de devolvérmelo, ¿oyes?

PEPE. Pero, ¿usté no lo ha leído ya?

DON JULIÁN. Yo, sí; sino que luego le pongo una fajita y se lo mando a mi hermano Ramón, que como se ha metido en aquel poblacho...

PEPE. ¡Ah! ya. Descuide usté, que yo ze lo traeré. Hasta luego, y gracias. *Vase.*

DON JULIÁN. Anda con Dios.

CONCHA. Adiós.

Apenas desaparece Pepe Lora, surge con fuerza la interpretación de la visita.

ÁNGELA. No es mal *Diario* el que venía buscando éste.

DON JULIÁN. ¿Eh?

CONCHA. El achaque ha sido el *Diario;* pero lo que quería averiguar es si estaba aquí ella.

DON JULIÁN. ¿Quién?

CONCHA. ¡Juanita!

PILAR. ¡Naturalmente que ha venido a eso!

DON JULIÁN. Pero, ¿éste qué tiene que ver ya con Juanita?

PILAR. ¿No ha de tener que ver, si ha sido novio suyo?

DON JULIÁN. ¿Y qué? ¿No acabaron?

ÁNGELA. Sí acabaron; pero usted sabe de más que a éste le sentó muy mal que ella lo dejara; y juró y perjuró que no iba a consentirle ningún novio.

PILAR. Y hasta ahora se va saliendo con ella. A Manolo Corrales bien que se lo espantó.

CONCHA. Voy a ver para dónde tira. *Se marcha muy aprisa por la cancela.*

DON JULIÁN. Pues, señor, vaya usted a saber si estaré yo en Babia, y llevarán razón estas tarabillitas. *Se va por el jardín hacia la derecha.*

Vuelve muy presurosa Concha Puerto.

CONCHA. Pepe Lora va calle arriba hablando solo.

ÁNGELA. ¿Eh?

CONCHA. Y ¿qué dirán ustedes que he visto?

PILAR. ¿Qué?

CONCHA. A Inocencio Parra, ahí enfrente, asomado al balcón, silbándole al loro una petenera y con unos pantalones blancos.

ÁNGELA. ¿Con unos pantalones blancos?

CONCHA. ¡Con unos pantalones blancos! ¡Y hace tres meses que se le murió su mujer!

ÁNGELA. ¡Ave María!

PILAR. ¡Qué descaro!

ÁNGELA. Pero, ¿es posible eso? *Se asoma a verlo rápidamente y vuelve luego horrorizada.*

CONCHA. Ya verás si es posible. ¡Aquí ya no se guardan lutos! ¡Mira que hace falta desahogo!

ÁNGELA. ¡Qué barbaridad, qué barbaridad y qué barbaridad! Asómate, Pilar, que es digno de verse.

PILAR. *Yendo a ello.* ¡Vamos, que con unos pantalones blancos!

ÁNGELA. ¡Y ahí está su prima de usted, cuñada de ella nada más, y lleva todavía manto largo!

CONCHA. ¡Y en mi casa estuvo media puerta cerrada siete días!

PILAR. Se ve y no se cree. ¡Ese hombre no está bueno de la cabeza!

SANTITA. *Rabiosa de curiosidad.* Pero, ¿qué ir y venir traen ustedes, niñas?

CONCHA. ¡Lo increíble, señora! ¡Inocencio Parra, asomado al balcón, divirtiéndose con el loro y con unos pantalones blancos!

SANTITA. ¡En el nombre del Padre! ¡Eso no puede ser! *Se levanta y va a verlo por sus propios ojos.*

ÁNGELA. Es un sinvergüencita, como dice el tío.

CONCHA. ¡Es un sinvergonzón! A Bobadilla estas cosas le indignan. ¡Él, que a su primera mujer le lleva todavía una gasa negra! Y yo se la respeto.

SANTITA. *Haciéndose cruces después de haber visto al vecino.* ¡Qué cinismo, señor, qué cinismo! ¡Luego quieren que llueva! ¡Tiene que castigarnos Dios! Por supuesto, que si el muerto llega a ser él, ella está ahora mismo en el balcón con una bata colorada.

CONCHA. Eso sí. Esa disculpa tiene el hombre.

SANTITA. Y ahí tenemos ya a Juanita La Rosa.

ÁNGELA. ¿A Juanita La Rosa?

PILAR. ¿Viene ahí?

CONCHA. ¿Con la tía?

SANTITA. Con la tía.

ÁNGELA. Pues oigan ustedes: vamos a hacer como que no sabemos nada del asunto.

PILAR. Eso es, sí; que la tía se pone muy antipática.

ÁNGELA. Y ella también se puede pensar que la envidiamos. Nada, nada; nosotras ni sabemos nada, ni decimos esta boca es mía.

CONCHA. ¡A mí me va a costar mucho trabajo; pero, en fin!...

SANTITA. ¿Qué, qué se trama?

ÁNGELA. No darnos por entendidas de lo del abogado con doña Belén ni con Juanita.

SANTITA. Me parece muy bien. ¡Que saquen ellas la conversación si les da la gana!

Se sientan y esperan la llegada de la heroína, satisfechas de su resolución y adoptando un aire indiferente.

Aparecen a poco doña Belén Zurita y su linda sobrina Juanita La Rosa. Ambas vienen de chal. Doña Belén es una señora circunspecta y suave, que adora en su casta. Pronuncia correctísimamente, casi casi sin abrir la boca, y cuando termina un párrafo de cierta importancia, sorbe aire por entre los dientes cerrados, como para subrayarlo y realzarlo más. Habla siempre con una sonrisa protectora.

Juanita tiene un hablar modoso y dulce, pero andaluz, naturalmente. Lo probable es que le guste al abogado cuando la vea, supuesto que ya no la haya visto.

DOÑA BELÉN. *En la misma cancela aún, bajo a su sobrina.* Nosotras, ni una palabra.

JUANITA. Ya.

DOÑA BELÉN. Muy buenas noches.

JUANITA. Buenas noches.

CONCHA. Buenas noches.

ÁNGELA. Hola, Juanita.

JUANITA. Hola, Pilar.

PILAR. Mira qué mona vienes, mujer.

DOÑA BELÉN. ¿Qué tal, Santita?

SANTITA. Bien; gracias.

DOÑA BELÉN. ¿Y Bobadilla, Concha?

CONCHA. Con su muela.

DOÑA BELÉN. ¡Dichosa muela!

CONCHA. ¿Y Pepe?

DOÑA BELÉN. ¿Quién?

CONCHA. Su marido.

DOÑA BELÉN. ¡Ah! José. Bueno; en el campo.

Se sientan. Pausa. Se miran unas a otras sonriéndose.

CONCHA. ¿Esa es la falda que ibas a estrenar el día de la Virgen?

JUANITA. Sí; ésta. Pero se me ha ocurrido ponérmela hoy.

DOÑA BELÉN. ¿Qué más da un día que otro?

CONCHA. ¡Claro!

ÁNGELA. Es muy elegantita, ¿verdad?

PILAR. Muy mona es.

JUANITA. Sencillita. Yo misma me la he hecho.

DOÑA BELÉN. ¡Ah! sí. Porque entiendo yo que la más esmerada educación no está reñida con la aguja. *Sorbe aire.*

CONCHA. A nosotras no tiene usted que convencernos. Eso, donde convenga es donde se dice.

DOÑA BELÉN. No sé qué me quiere usted indicar.

CONCHA. Nada. Yo, nada.

Nuevo silencio.

JUANITA. *Apelando al tema inevitable en ciertos casos.* Hoy está el día más fresco, ¿verdad?

CONCHA. Así, así, no te figures. *Se abanica con impaciencia, muy sofocada.*

Santita sopla la maquinilla del tabaco, llamando la atención de todas, que sonríen nuevamente.

SANTITA. Esto se atasca a lo mejor.

DOÑA BELÉN. Se atasca, ¿eh?

Rompe a cantar otra vez Dieguilla allá dentro la misma copla que antes.

ÁNGELA. Oigan ustedes qué bien canta Dieguilla.

PILAR. Es un fandanguillo nuevo de su pueblo.

JUANITA. Sí que canta con mucho estilo.

Todas atienden. Santita se da cuenta de lo que ocurre en cuanto ve las caras, y se va como antes a mandar callar a la cantadora.

SANTITA. Aquélla se ha empeñado en que yo la plante en la calle.

ÁNGELA. Ya va mamá.

JUANITA. Pero, ¿por qué se incomoda, mujer?

ÁNGELA. No le gusta que canten las criadas. Ayer despachó a Catalina por lo mismo.

DOÑA BELÉN. Hace bien; yo le alabo el gusto.

CONCHA. ¡Pero lo gracioso es que es la única que no las oye!

Se ríen todas, por fórmula; las cabezas no están en el asunto. Vuelve Santita y continúa con sus pitillos. Se hace de nuevo un silencio de tumba.

JUANITA. *Suspirando.* ¡Ay ay ay ay!...

ÁNGELA. ¿Suspiros?

JUANITA. No; sino que como no decíamos nada...

PILAR. Verdaderamente, hija, en los pueblos está todo hablado.

DOÑA BELÉN Sí; casi no hay de qué hablar.

ÁNGELA. Casi.

Otra pausa, un poco más corta.

CONCHA. ¿Hoy es jueves?

JUANITA. Sí; jueves.

DOÑA BELÉN. Sí; hoy es jueves. Ayer fué miércoles...

CONCHA. Entonces hoy es jueves.

El silencio a estas alturas ya es algo trágico.

SANTITA. ¿De qué se habla?

CONCHA. ¡De nada!

Todas le hacen señas de lo mismo.

SANTITA. ¿De nada, todavía?

DOÑA BELÉN. Sí que estamos bien silenciosas.

CONCHA. Por fuera.

DOÑA BELÉN. ¿Cómo por fuera?

CONCHA. A saber lo que cada una pensará para sí.

JUANITA. Yo, nada malo.

Vuelven a callar. Angelita canturrea el fandanguillo de la criada.

CONCHA. *Estallando de pronto.* Bueno: hasta aquí llegó y de aquí no pasó. ¡Yo ya no puedo más! ¡Esto no va con mi carácter!

DOÑA BELÉN. ¿Qué dice?

JUANITA. ¿A qué se refiere?

CONCHA. ¡A qué se refiere! ¡a qué se refiere! Quieres que te regalemos el oído, ¿verdad? Estamos aquí seis mujeres rabiando por hablar de lo mismo, y las seis diciendo tonterías. ¡No puedo más! ¿Te ha escrito?

Risas generales.

SANTITA. ¿Se saltó ya el tapón?

DOÑA BELÉN. Sabía yo que habían de embromarte; por eso quise que nos quedáramos en casa esta noche.

CONCHA. Vamos a hablar sin cáscara.

ÁNGELA. ¿Te ha escrito?

JUANITA. ¿Qué me ha de escribir? ¡Por Dios santo!

PILAR. ¿No te ha escrito?

JUANITA. No.

CONCHA. Pues ¿qué ha hecho con el sello?

JUANITA. Yo no puedo aceptar que se hable de este asunto como de cosa cierta; seriamente lo digo. Y no comprendo de dónde habrá salido

este tole tole. Entre ese muchacho y yo no ha habido ni siquiera un saludo, ni mirarnos cara a cara una vez.

PILAR. ¡Vamos!

JUANITA. Es el Evangelio de la misa. Ni sé que me haya visto más que un día, que creo que fué al día siguiente de llegar él.

CONCHA. Él llegó el diez y ocho.

JUANITA. Bueno, pues sería el diez y nueve. Iba como para el Casino, con el registrador; yo volvía de casa de las de Robles, y, al pasar junto a él, se me quedó mirando y me parece que le oí decir: «¡Hombre, qué bonita muchacha!» Ya ven ustedes lo bien que me vería. Esto es todo. Ni más ni menos, ni menos ni más. Ni lo he vuelto a ver, ni ha vuelto a verme, ni sé que se haya ocupado para nada de mi insignificancia.

CONCHA. ¡Y ca! ¡Aquí no comulgamos con ruedas de molino, hija!

PILAR. ¡Pues ya se ve que no!

ÁNGELA. No nos hagas más tontas de lo que somos.

CONCHA. ¡Como que se iba a armar en el pueblo la que se ha armado, si no hubiera más que eso!

DOÑA BELÉN. Pues yo le aseguro a usted, Concha, bajo palabra de caballero, digo de señora, que Juanita ha referido los hechos puntualmente; y que si es cierto, como se propala, que ese joven ha pasado por delante de mi casa por

ver a ésta, allá él con su intención; porque yo le respondo a usted de que ésta, por su parte, no se ha asomado a la ventana para verlo pasar, ni ha hecho nada absolutamente que contribuya a dar pábulo a la especie de que se trata. La madre de Juanita, como usted sabe bien, era toda una señora; su padre, todo un caballero; y sus tíos, al recogerla y educarla, hemos puesto especial empeño en que ella sea toda una señorita. *Sorbe.*

CONCHA. Está muy bien; lo que no creo que sea inconveniente para que le haya salido todo un novio.

Nuevas risas.

DOÑA BELÉN. ¡Esta Concha siempre con sus salidas! Juanita.

JUANITA. Tía.

DOÑA BELÉN. Diles la copla que has compuesto tú con este motivo.

JUANITA. ¡Por Dios, tía!

ÁNGELA. Anda, sí, mujer, que a mí me gustan mucho tus coplas.

PILAR. ¿Cómo es, cómo es?

CONCHA. Dila.

JUANITA. Vaya que sea; pero ya saben ustedes que no me hace gracia decir mis coplas. En una muchacha estas cosas se critican mucho. Y en buen pueblo estamos.

ÁNGELA. Pero, mujer, aquí somos de confianza.

JUANITA. Pues por eso la digo. Después de todo es una tontería la copla.

Ni él me quiere, ni lo quiero,
ni tengo nada con él;
pero si el pueblo se empeña,
¡tijeretas han de ser!

Grandes risas y algunos aplausos.

DOÑA BELÉN. Está bien; ¿verdad?

JUANITA. Una pamplina.

ÁNGELA. No, hija, que es muy graciosa.

PILAR. Es muy bonita, sí.

CONCHA. Sobre todo tiene oportunidad.

SANTITA. ¿Qué ha sido? ¿qué ha sido?

ÁNGELA. ¡Una copla preciosa!

SANTITA. *Creyendo que se trata otra vez de Dieguilla y levantándose decidida a despedirla en el acto.* ¡Vaya! ¡Ha creído que se va a reír de mí! ¡Ahora mismo le doy la cuenta como a la otra tarasca! ¡Aunque tenga yo que fregar! *Va hacia la cocina.*

ÁNGELA. ¿Adónde vas, mamá?

SANTITA. ¡A despachar a aquella descarada!

ÁNGELA. ¡Si no canta Dieguilla! ¡Si es que Juanita ha sacado una copla!

SANTITA. ¡Ah! ¡Ya me llamaba la atención tanta frescura!

Nuevas risas. Don Julián viene del jardín.

DON JULIÁN. ¡Hola, hola! Tenemos animado el casinillo.

DOÑA BELÉN. Muy buenas noches, don Julián.

DON JULIÁN. Dios te guarde, hijita. *A Juanita.* Y a ti, pimpollito del pueblo.

JUANITA. Gracias, padre.

DON JULIAN. Pero, ¿cómo no se van ustedes un rato al jardín o se salen a la puerta de la calle? La noche está hermosísima.

ÁNGELA. Tiene razón el tío: vámonos a la puerta de la calle.

JUANITA. Vámonos, sí, vámonos.

DOÑA BELÉN. Como quieran ustedes.

CONCHA. Allá iré yo. Primero voy a la cocina a decirle a Guitarra que se llegue en un salto a ver cómo está Bobadilla de la muela. No sea cosa que me tenga yo que llegar a mudarle la hila.

Se marcha por el jardín hacia la izquierda.

SANTITA. ¿Adónde va ahora Concha Puerto?

ÁNGELA. A interesarse por la muela de Bobadilla.

SANTITA. ¡Aviado está Bobadilla entre la muela y Concha Puerto!

Inopinadamente, desconcertando a todos con su presencia, vuelve Pepe Lora a devolver el «Diario». Juanita, al verlo, se pone bruscamente seria.

PEPE. Buenas noches.

DOÑA BELÉN. Buenas noches.

PEPE. Don Julián, tenga usté er *Diario.*

DON JULIÁN. Muchas gracias, hijito. Pero, ¿ha leído ya tu madre la novela?

PEPE. Zí, zeñó. Y yo he visto también lo que tenía que vé. Buenas noches.

DON JULIÁN. Adiós.

DOÑA BELÉN. Buenas noches.

Se va Pepe Lora, mirando intencionadamente a Juanita, que esquiva la mirada.

ÁNGELA. Ya está el toro en la plaza.

DON JULIÁN. ¡Qué borriquito es el pobre; qué borriquito!

JUANITA. Pues mire usted: si se ha llegado a creer ese borriquito, como usted le llama, o ese borricazo, como le llamo yo, que porque tuvimos unas tonterías de chiquillos ya no me va a gustar a mí ningún hombre, se equivoca en más de la mitad.

PILAR. ¡Claro!

ÁNGELA. ¡Tendría que ver!

DOÑA BELÉN. ¡Vaya si se equivoca! Tomará cartas en el asunto mi marido.

SANTITA. No llegará la sangre al río; no apurarse

ÁNGELA. Dice bien mamá. Vámonos a la puerta.

JUANITA. Sí, vámonos; que nos dé el fresco de la noche.

Se marcha a la calle con Ángela. Una y otra se llevan las sillas en que estaban sentadas.

PILAR. *Siguiéndolas.* Yo no saco silla: me siento en el poyete.

Santita, durante este diálogo, ha recogido los útiles de su labor y los ha guardado en el chinero. Después se va con las muchachas a la calle, llevándose su silla también.

SANTITA. Y usted, Belén, ¿no sale?

DOÑA BELÉN. Ahora. En seguidita voy. *Así que desaparece Santita.* Don Julián, un momento.

DON JULIÁN. ¿Qué se te ofrece, hijita?

DOÑA BELÉN. Ya se puede usted imaginar qué efecto me habrá hecho esta entrada de Pepe Lora.

DON JULIÁN. Sí; el mismo que a todos, hijita.

DOÑA BELÉN. Parece como que ha querido darnos a entender que sigue empeñado en impedir por la violencia que mi sobrina tenga otro novio. Yo le estimaría a usted que llamase a capítulo a ese mal aconsejado muchacho...

DON JULIÁN. Y lo haré, lo haré. Sólo que todavía lo encuentro prematuro.

DOÑA BELÉN. ¿Prematuro? ¡Ay, padre! ¡Usted no ha tenido veinte años!

DON JULIÁN. ¿Cómo que no?

DOÑA BELÉN. Para el amor, digo.

DON JULIÁN. ¡Ah! desde luego; pero ahora que tengo más de sesenta, te repito que se me antoja pronto para advertirle nada a Pepe Lora. Mientras no se vea claro si el abogado piensa o no

piensa en tu sobrina... Y precisamente él ha estado aquí hace media hora y me ha declarado que ni siquiera de vista la conoce.

DONA BELÉN. ¡Ah! no; pues eso no es rigurosamente exacto; conocerla, sí la conoce.

DON JULIÁN. Chito, que viene aquí.

DOÑA BELÉN ¡Qué casualidad más oportuna!

Por la derecha del jardín llegan Adolfo y don Cecilio. Don Cecilio, decano de los médicos de Puebla de las Mujeres, es persona discreta y de buen ingenio.

DON JULIÁN. Hombre, hombre; casa con dos puertas, mala de guardar.

DON CECILIO. Nos hemos entrado por el postigo para robarte las naranjas. Felices noches, doña Belén.

DOÑA BELÉN. Felices, doctor.

ADOLFO. Don Julián, ya me tiene usted aquí de vuelta. Señora...

DON JULIÁN. *Presentándole a doña Belén.* Doña Belén Zurita.

DOÑA BELÉN. Con perdón, se le olvida a usted algo, padre.

DON JULIÁN. Señora de Gómez Valdivieso.

ADOLFO. Tanto gusto.

DON JULIÁN. Don Adolfo Adalid.

DOÑA BELÉN. Muy señor mío. Yo soy una

excelente amiga de su tía de usted. Me congratulo de su estancia en Puebla de las Mujeres. Huéspedes tan distinguidos como usted vienen a honrarnos con su presencia.

ADOLFO. Señora, por Dios... Es a mí a quien honra ser acogido de esta manera.

DOÑA BELÉN. Beso a usted la mano.

ADOLFO. A los pies de usted.

DOÑA BELÉN. Hasta luego, Martínez.

DON CECILIO. Adiós, señora.

Se marcha doña Belén a la calle, envolviendo al grupo en una sonrisa afectuosa.

DON JULIÁN. *A Adolfo, que la mira curiosamente.* Ésta es la tía.

ADOLFO. ¿Qué tía?

DON JULIÁN. La tía de...

ADOLFO. ¿De quién?

DON JULIÁN. Y en la puerta de la calle está ella.

ADOLFO. ¿Quién?

DON JULIÁN. ¡Ella! Mira qué ocasión...

ADOLFO. ¡Ah, vamos! ¡No había caído!

DON CECILIO. Hombre, es verdad; que me han dicho mis hijas que anda usted buscándole tres pies al gato.

ADOLFO. No, señor, no; es un runrún que carece de fundamento.

DON CECILIO. Como me lo contaron, te lo cuento, amiguito.

ADOLFO. Por cierto, don Julián, que le dije a

usted antes que nunca había visto a la muchacha, y estaba equivocado.

DON JULIÁN. Sí, ¿eh?

ADOLFO. Sí, señor; en casa del registrador, donde me han hablado de lo mismo, la señora me ha hecho recordar quién es la señorita ésa. La vi pasar un día por la calle, yendo yo con unos señores. Me pareció bonita, sí.

DON JULIÁN. ¡Ah! bonita lo es. Y muy sentadita y muy lista.—Voy a darte la cartita ésa.

ADOLFO. Molestia más en tonto... Pero, en fin, lo quiere mi tía...

DON JULIÁN. Calla, hombre, calla. *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

DON CECILIO. Bueno, Adolfo; ahora que estamos solos, y a propósito de lo que se hablaba: no se case usted.

ADOLFO. ¿Cómo?

DON CECILIO. No se case usted, hombre; no se case usted.

ADOLFO. Pero, ¿quién ha pensado en tal cosa?

DON CECILIO. Es el consejo de un amigo que conoce el matrimonio... y el pueblo este. No se case usted.

ADOLFO. Esté usted tranquilo, que no me caso. He venido aquí a cosa muy distinta.

DON CECILIO. Pues ande usted con ojo.

ADOLFO ¡Hombre!

Sale Guitarra de la parte de la izquierda del jardín y se va por la cancela, diciendo lo que sigue:

GUITARRA. Con lo a gusto que estábamos ayí cantando bajito, que me yegue ahora a vé si a su marío le duele la muela. ¡Vamos! Güenas noches.

DON CECILIO. Buenas noches.

ADOLFO. Buenas noches. Éste ¿quién es?

DON CECILIO. Éste es el criado de Concha Puerto. ¿Usted conoce a Concha Puerto?

ADOLFO. Sí, señor; me la han presentado ya en dos o tres casas. Una señora muy oficiosa y un poco tarabilla.

DON CECILIO. Tate. Y algo peor.

ADOLFO. ¿Peor?

DON CECILIO. Sí; porque como quiera Concha Puerto, se casa usted aquí.

ADOLFO. ¡Je! Tiene gracia.

DON CECILIO. No; no tiene gracia, porque me pasó a mí precisamente con su madre, que era igual a ella. De manera que no tiene gracia.

ADOLFO. ¡Pues a mí me la hace!

DON CECILIO. Se empeñó en casarme, y me casó.

ADOLFO. ¡Pero qué obsesión tiene usted con el casamiento!

DON CECILIO. Amigo, es que respiro por la herida. Y esa es una de las pocas cosas, con ser ella tan grave, que he hecho yo en mi vida, no diré que contra mi voluntad, pero sí empujado por todo el pueblo. Este es un pueblo en que mandan y reinan las mujeres. Aquí no se hace más que lo que a ellas les da la gana.

ADOLFO. Será porque no hay hombres.

DON CECILIO. En parte es por eso; pero en parte es también porque no hay forma de oponerse a lo que ellas traman o idean. Hombres hay pocos, y los que hay se pierden, esa es la verdad. A los veinte años los tiene usted embrutecidos, agotados por la juerga y por la vagancia. Y, es claro, las mujeres dominan; tienen más inteligencia y más corazón, y unas ganas de hablar insaciables a todas horas... y no hay quien las venza.

ADOLFO. Yo me figuro que serán por el estilo de las de todas partes.

DON CECILIO. Acaso; pero lo que puedo decirle a usted es que no ha habido un momento crítico en la historia de Puebla de las Mujeres, en que ellas no hayan sido las heroínas. Por eso lleva el pueblo el nombre que lleva. De manera que ándese usted con ojo, como le he prevenido antes.

ADOLFO. Eso es lo que a mí me da risa: la alarma que trata usted de infundirme, porque he visto en la calle a una muchacha y han dado en decir que me he fijado en ella.

DON CECILIO. Así empecé yo.

ADOLFO. ¿Qué?

DON CECILIO. Que así empecé yo. A los tres días de estar aquí de médico, hace ya treinta y cinco años, principió el tole tole. «Vamos, doctor, que no ha hecho usted más que llegar y pe-

gar.» «Buen gusto ha tenido usted, doctor.» «¿Yo?» «Usted, usted; no nos venga con disimulos. Ya sabemos que está usted que hace números por Fulanita...» «¡Pero si ni siquiera la conozco!» «¿Pues no dice que no la conoce?» «¡Que no la conozco!» «¡Y dale con que no la conoce!» ¡Hasta que me entraron ganas de conocerla!

ADOLFO. No lo dudo.

DON CECILIO. Que es lo mismo que va a pasarle a usted.

ADOLFO. Tampoco lo dudo. Declaro que ya tengo cierta curiosidad...

DON CECILIO. ¡Oh!

ADOLFO. Cierto interés en saludar siquiera a esa señorita.

DON CECILIO. ¡Oh! Es usted hombre al agua. Lo pondrán a usted en relaciones; organizarán una buñolada para estrechar lazos; le ofrecerán la reja de Concha Puerto para pelar la pava, y le fijarán a usted la fecha de la boda. Son los trámites.

ADOLFO. *Soltando la risa.* ¡Ja, ja, ja!

DON CECILIO. Ríase, ríase cuanto quiera. Como ellas la tomen con usted, se verá usted empujado en todos los instantes por una fuerza irresistible, y allá irá usted adonde a ellas se les antoje. ¡No le dé usted vueltas!

ADOLFO. Pero, señor doctor...

DON CECILIO. Pero, señor abogado; fíjese usted en mí. ¿Tengo yo planta torera, por casualidad?

ADOLFO. ¿Usted?

DON CECILIO. ¡Pues yo he toreado en este pueblo! ¡Se les puso en el moño a las señoras que toreara, y toreé! Que si el manto de la Virgen, que si la caridad, que si los pobres, que si la sequía... ¡Que concertaron una becerrada y que toreé!

ADOLFO. No, pues a eso sí que no pienso llegar yo.

DON CECILIO. ¡Porque no quieran ellas! ¿O es que cree usted que yo pensaba torear? ¡En mi vida he pasado más miedo! ¡Usted no tiene idea de lo que crece un becerro a cada paso que da hacia usted!

ADOLFO. ¿Le parece a usted que, por si acaso, me ensaye con el perro de Terranova de mi tía?

DON CECILIO. ¡Tómelo usted a broma!

Sale por la cancela Santita, seguida por una muchacha.

SANTITA. Sí; aquí tienes al médico. *A Adolfo.* ¿Hola? ¿Hemos entrado por el postigo?

ADOLFO. Sí, señora.

SANTITA. *Bajando la voz.* Pues se ha perdido usted ver lo que hay a la puerta.

ADOLFO. ¡Je!

SANTITA. Doctor, esta muchacha pregunta por usted. *Se va por el jardín.*

DON CECILIO. ¿Qué pasa, niña?

MUCHACHA. Pos mi hermana, que ze ha puesto mala.

DON CECILIO. ¡Válgate Dios! Y ¿quién es tu hermana?

MUCHACHA. Pos la hija de Jozé.

DON CECILIO. Y ¿quién es José?

MUCHACHA. Pos Jozé es mi padre.

DON CECILIO. *A Adolfo, que sonríe al oírlo.* Usted se habrá enterado ya de quién es la hermana. Y tu padre, ¿quién es, que no caigo ahora?

MUCHACHA. ¡Ay, qué gracia! Dice que no cae. ¿Quién va a zé mi padre, zeñó? Er de las piedras de afilá.

DON CECILIO. No podía ser otro, efectivamente. Y, bueno, ¿qué le ha dado a tu hermana?

MUCHACHA. Pos le ha dao un inzurto. Ha peleao con er novio de mala manera, y ze ha inzurtao.

DON CECILIO. Probablemente, después de haberse insultado los dos, el uno al otro.

MUCHACHA. No, zeñó; que mi hermana ha estao mu prudente. Pero él iba borracho. A la cuenta ze ha tomao cuatro copas de más pa dejarla. Y a mi hermana le ha dao un inzurto. Y me dijo mi madre: «Poz anda, vé en ca de don Cecilio, a vé zi pué vení». Y en ca de usté me dijeron que debía usté de está en ca de doña Madalena. Y en ca de doña Madalena me dijeron que quizás estaría usté en ca der cura. Y por ezo he venído.

DON CECILIO. Pues en seguida voy allá. Eso que tiene tu hermana no es nada. ¿Dónde viven ustedes?

MUCHACHA. Pos pazá la rinconá del aguaducho, er cayejón aqué.

DON CECILIO. Allí hay dos callejones.

MUCHACHA. Poz er der marmoliyo, conforme ze entra.

DON CECILIO. ¿Qué número?

MUCHACHA. La caza der faró.

DON CECILIO. Pero, ¿qué número?

MUCHACHA. A la vera der derribo.

DON CECILIO. Mira, niña, lo mejor es que nos vayamos juntos, porque si no, no le curo el insulto a tu hermana. —Adiós, Adolfo. Hasta mañana en el Casino, ¿eh?

ADOLFO. Sí, señor, sí; hasta mañana.

DON CECILIO. Vamos, tú.

MUCHACHA. Que usté lo paze bien.

ADOLFO. Adiós. Que se alivie la enferma.

MUCHACHA. Muchízimas gracias, zeñorito.

Don Cecilio se marcha por la cancela, y ella lo sigue.

ADOLFO. Es gracioso este hombre. Y ¡qué monomanía más original la del matrimonio! ¡Ja, ja, ja! Y ¡qué pavor a Concha Puerto!

Sale ésta de la parte de la izquierda del jardín en dirección a la cancela, cuando, con gran sorpresa, ve a Adolfo y se detiene a saludarlo, regocijadísima.

CONCHA. ¿Cómo? Buenas noches. No había reparado. ¿Usted aquí? ¿Cómo sigue usted?

ADOLFO. *Algo desconcertado.* Bien... ¿y usted, señora?

CONCHA. Yo, bien; muchas gracias. Pero ¿qué hace usted aquí solo?

ADOLFO. Acaba de dejarme don Cecilio.

CONCHA. ¿Sabe don Julián que está usted aquí?

ADOLFO. Sí, señora.

CONCHA. ¿Y Santita, lo sabe?

ADOLFO. También, también.

CONCHA. ¿Y... las demás personas que están a la puerta?

ADOLFO. Ésas... no sé... no las he visto... No he entrado ahora por la puerta.

CONCHA. ¡Ah! ¿Quiere usted que yo lo presente?

ADOLFO. Gracias.

CONCHA. ¿Gracias sí, o gracias no?

ADOLFO. Sencillamente gracias, señora mía.

CONCHA. Bueno, hablando de otra cosa: usted dirá que Bobadilla es un grosero.

ADOLFO. ¿Bobadilla?

CONCHA. Sí, señor; mi marido.

ADOLFO. Señora, Dios me libre.

CONCHA. Es que ya ha debido ir a verlo a usted. Pero el pobrecito lleva unos días que no está para nada.

ADOLFO. Pues ¿qué tiene?

CONCHA. Lo de siempre: la muela.

ADOLFO. ¿Qué muela?

CONCHA. ¡Ay! es verdad, que le estoy hablando a usted como si fuera uno del pueblo. Y es que, cuando las personas son simpáticas, en seguida se figura una que las ha tratado toda la vida.

ADOLFO. Es usted muy amable.

CONCHA. Pues mi marido tiene una muela que le está doliendo hace tres meses. Y usted dirá, como todo el mundo: ¿por qué no se la saca? Y ahí está el conque. Mire usted: lo he llevado a Huelva, lo he llevado a Sevilla, lo he llevado a Cádiz, y de todas partes hemos vuelto lo mismo. Apenas ve al dentista le entra un pánico, ¿lo oye usted? un sudor frío y una tiritina que parece que se va a morir. Y es menester dejarlo. Y así lleva tres meses, ya digo: con el grito en el cielo y sin decidirse de una vez. Y no es que sea cobarde, no. Es un hombre de pelo en pecho; se ha embarcado, se ha batido, ha estado en la guerra, se ha casado dos veces... Pero ve al dentista con la llave en la mano, y le pide de rodillas por Dios que no se le arrime.

ADOLFO. ¡Cosa más extraña en un hombre de sus condiciones y de su temple!...

Vuelve por la cancela Guitarra.

GUITARRA. Señorita.

CONCHA. ¿Qué? ¿Ya fuiste? ¿Cómo está el señorito?

GUITARRA. ¿Er señorito? ¡Botando por los correores!

CONCHA. ¡Pobrecito mío!

GUITARRA. Yo, como está esta noche, no lo he visto nunca. En fin, me ha dicho que o va usté a mudarle ar momento la hila o se pega un tiro en la cabesa.

CONCHA. ¡Pobrecito mío! ¿Le parece a usted? Vámonos ahora mismo, Guitarra. Ya sabe usted el motivo de que todavía se encuentre en falta con usted.

ADOLFO. Señora, lo que yo deseo es que se alivie. Ruéguele usted en mi nombre que no le preocupe ni un segundo el cumplir conmigo.

CONCHA. Gracias por su bondad.

ADOLFO. ¡No faltaría otra cosa!

CONCHA. Hasta otro ratito.

ADOLFO. Adiós, señora mía.

Concha va para la cancela, donde Guitarra la está esperando. De pronto se dirige nuevamente a Adolfo.

CONCHA. Escuche usted: que si usted quiere de verdad que yo lo presente a esa muchacha, es cuestión de un minuto. Coyuntura como ésta...

ADOLFO. ¿A quién?

CONCHA. A esa señorita por la que usted parece interesado: a Juanita La Rosa.

ADOLFO. ¡Si eso es una invención de la gente!

CONCHA. Mire usted, Adalid, en los pueblos no se puede tener nada oculto; se sabe hasta cuando se compra un sello. De modo que aquí todas estamos enteradas de lo que hay.

ADOLFO. Yo le aseguro a usted que no hay nada absolutamente.

CONCHA. ¡Y ca!

ADOLFO. Por lo mismo, el aceptar una presentación así pudiera parecer...

CONCHA. ¡Ah! vamos, usted prefiere que vengan las cosas rodadas.

ADOLFO. Señora, yo no sé cómo decirle a usted que está edificando en el aire. Crea usted lo que guste.

GUITARRA. Señorita.

CONCHA. ¿Qué?

GUITARRA. Usté dispense que se lo diga; pero se está usté distrayendo, y er señorito no se queó pa una espera larga. ¡Se le sartaba el ojo!

CONCHA. ¡Pobrecito mío! Ya nos vamos. ¿Usted ve? Me tiene mártir este dolor de Bobadilla. Pero no me quiero marchar sin decirle a usted una cosa. Concha Puerto es una amiga de usted. Una amiga de corazón; sin cáscara. Lo que se llama una amiga para todo.

ADOLFO. Agradecidísimo.

CONCHA. Cuando usted quiera, para hacer las cosas con disimulo, se organiza un baile en el Casino, se organiza una buñolada...

ADOLFO. ¡No!

CONCHA. ¿Por qué no? ¡Si eso está en las costumbres del pueblo!

ADOLFO. De todas maneras.

CONCHA. Lo dicho, dicho. Usted lo pensará. Vámonos, Guitarra.

GUITARRA. Vámonos, señorita.

CONCHA. ¡Ah! Un momento.

GUITARRA. (Güeno; cuando yeguemos, el ojo der señorito está en la lámpara der comedó.)

CONCHA. *A Adolfo, misteriosamente.* Las de Piña le van a ofrecer a usted su reja.

ADOLFO. ¡Señora!

CONCHA. Yo sé lo que me digo. No la acepte usted. La reja de las de Piña tiene un farol enfrente, y pelar la pava con un farol enfrente... imagínese usted si tiene poca gracia.

ADOLFO. ¡Pero, señora!

CONCHA. Cuente usted con la mía, que es bastante más misteriosa, y que hasta ahora no ha tenido mal ángel.

ADOLFO. ¡Bueno!

CONCHA. Está pegadita al jardín. Llega hasta ella el olor de las magnolias y de los jazmines... Se oye el surtidor de la fuente... ¡De allí al cielo! ¡Hasta mañana!

ADOLFO. Vaya usted con Dios, señora, vaya usted con Dios.

CONCHA. Anda, Guitarra. *A Adolfo, desde la cancela.* Más que amiga, aliada. No lo olvide usted. Hasta mañana.

Se va. Guitarra la sigue.

ADOLFO. ¡Señor, qué torbellino! ¡Cuánta impertinencia! Y ¡qué manera de fantasear! Menos mal que he burlado una presentación que hubiera sido embarazosa en este momento.

Vuelve Concha Puerto, rápidamente, seguida de Juanita, Ángela y Pilar. Guitarra también vuelve.

CONCHA. Es una sosada que esté aquí un pollo solo y haya tres muchachas como tres rosas a la puerta. *Presentándolas.* Las señoritas Ángela y Pilar, hijas de Santita y sobrinas de don Julián.

ADOLFO. Tengo mucho gusto...

ÁNGELA. El gusto es nuestro.

PILAR. Siéntese usted.

CONCHA. La señorita Juanita La Rosa. ¿He dicho algo?

ADOLFO. Señorita...

Juanita le sonríe ruborosa.

CONCHA. Ustedes todas ya saben quién es él.

GUITARRA. *Viendo el rumbo que toman los acontecimientos.* ¡Vaya! ¡Ca uno a lo suyo! *Echa a andar para la cocina.*

CONCHA. ¿Adónde vas, Guitarra?

GUITARRA. A la cosina me iba a dí.

CONCHA. Pero ¡qué alma tienes! ¿No sabes que está el señorito rabiando como un perro?

GUITARRA. Yo, sí, señora; la que paese que no lo sabe es usté.

CONCHA. ¡Calla, descaradote! Oye tú, Pilar. Tu madre está en el jardín y te está llamando.

PILAR. ¿A mí? Con permiso. *Se va corriendo hacia el jardín.*

ADOLFO. Usted lo tiene.

CONCHA. Acompáñame a la puerta, Ángela.

ÁNGELA. ¿Yo? Con permiso.

ADOLFO. Usted también lo tiene.

CONCHA. Guitarra, vamos.

GUITARRA. Vamos ya.

Vase Concha Puerto cuchicheando con Ángela y seguida de su criado.

JUANITA. *Turbadísima.* Esta Concha...

Sale don Julián por la puerta de la izquierda, con la cartita ofrecida a Adolfo. Al ver la interesante pareja, se santigua y se retira prudentemente por el jardín, temiendo ser inoportuno.

Juanita y Adolfo, ligeramente desconcertados, no advierten el paso del cura, y se miran y se sonríen. Una y otro buscan, sin hallarla, una frase con que empezar la conversación. Al fin la halla Juanita, quien le pregunta al abogado con acento candoroso y sencillo:

JUANITA. Y... ¿cuándo ha llegado usted al pueblo; en el tren de esta tarde?

Cae el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero. Han pasado diez días. Son las tres de la tarde. Las vidrieras que dan al jardín están de par en par. Vela la luz, corrida a lo largo de ellas, una cortina de lienzo claro, abierta por medio. Sobre una de las sillas, un mosquero.

Ángela borda sentada en una silla baja. Santita duerme profundamente en una mecedora.

ÁNGELA. ¡Ángela María, qué calor! Y ¡qué dichosas moscas! Parece esto una confitería.

Maquinalmente se entona por lo bajito para cantar, y al cabo canta a media voz, distraída, el fandanguillo de Dieguilla, que ha echado raíces en la casa.

Estoy como la que tiene
una venita de loca:
quiero olvidarte, y te busco
en cuanto me dejan sola.

Dentro, allá en sus dominios, estimulada por el ejemplo, canta Dieguilla.

DIEGUILLA.

Ni el clavé más primorozo
ni la roza más galana
tienen tayo más garbozo
que tu carita zerrana.

ÁNGELA. *Apenas principia la copla.* Ya saltó aquélla.

Pilar, por no ser menos, canta también dentro, hacia la izquierda.

PILAR.

La casita donde vivo
tiene blanquitas paredes,
agüita clara en el pozo
y en las ventanas claveles.

ÁNGELA. ¡Digo, la del catarro! Y es que se ha puesto de moda el fandanguillo. ¡Cómo nos aprovechamos de que mamá no ve! Está en siete sueños.

Como si se hubieran puesto de acuerdo las tres, vuelve cada una a cantar su copla, pero esta vez a un mismo tiempo. En tal algarabía llega don Julián de la calle, sin manteo, de sotana y bonete.

DON JULIÁN. ¿Qué alboroto es este en mi casa?

ÁNGELA. ¡Tío! *Se echa a reír y no acaba su copla.*

DON JULIÁN. *Reparando en su hermana dormida.* Ya me lo explico todo.

ÁNGELA. ¿Vienes de ahí enfrente?

DON JULIÁN. Sí; de charlar un ratito. Los he dejado, porque ¡tenían todos una cara de siesta!.. *Dándole el bonete.* Toma; tráeme la gorra de mi cuarto.

ÁNGELA. Al instante.

DON JULIÁN. ¿Y Pilar?

ÁNGELA. Ya la has oído: bien clara que tiene la voz.

DON JULIÁN. ¿Vino Cecilio a verla?

ÁNGELA. Sí.

DON JULIÁN. Y ¿qué ha dicho?

ÁNGELA. Que no es nada; un catarrillo de verano.

DON JULIÁN. ¿Pero que no salga de la habitación?

ÁNGELA. Sí; que no salga.

DON JULIÁN. Anda, tráeme la gorra, no me constipe yo también, que estoy sudando.

ÁNGELA. En seguidita, tío. *Se va por la puerta de la izquierda.*

SANTITA. *Despertándose.* ¡Hola! ¿Ya de vuelta? Pues ¿qué hora es?

DON JULIÁN. Las tres son en la iglesia ahora mismo.

SANTITA. ¿Las tres ya? Vamos a nuestro rezo. *Se levanta.* Estos animalitos están hoy de lo más pegajoso...

Coge el mosquero y lo sacude ahuyentando las moscas. A don Julián le toca en la cabeza.

DON JULIÁN. Dios te lo pague, hermana.

Vuelve Ángela con la gorra de su tío.

ÁNGELA. Aquí la tienes.

DON JULIÁN. Dios te lo pague a ti también, hijita.

SANTITA. *Dejando el mosquero.* A rezar, niña, que ya es hora. *Se va por la puerta de la izquierda, bostezando.*

ÁNGELA. Hoy no llegamos despiertas ni a la mitad.

DON JULIÁN. Calla, rabo de lagartija.

ÁNGELA. Escúchame, tío.

DON JULIÁN. Tú dirás.

ÁNGELA. ¿Es verdad que ha ido a verte el abogado a la sacristía?

DON JULIÁN. ¿Te trae a ti con mucho cuidado eso?

ÁNGELA. Sí ha ido a verte, sí. ¿A qué ha ido?

DON JULIÁN. Si te lo dijera, ya sabrías tanto como yo.

ÁNGELA. Anda, dímelo.

DON JULIÁN. Lo que has de hacer es irte a rezar con tu madre.

ÁNGELA. Primero voy a contarle a Pilar lo del abogado. *Vase por la puerta de la izquierda.*

DON JULIÁN. Las tiene a todas soliviantaditas el abogado... ¡Je!... A ver lo que nos dice el *Diario* esta tarde. *Lo busca.* ¿Dónde me lo han puesto, señor? ¡Vaya! ¡Échele usted un galguito! *Sacudiéndose las moscas con el pañuelo.* ¡Sí que están pesaditas hoy!

Llega por la cancela Adolfo.

ADOLFO. Salud, don Julián.

DON JULIÁN. Bien venido, señor don Adolfo. No te esperaba todavía; pero me alegro de que te hayas anticipado.

ADOLFO. ¿Se alegra? ¿Por qué?

DON JULIÁN. Siéntate, hombre. Porque ahora mi hermana y mis sobrinitas han empezado sus rezos diarios, y tenemos tiempo de hablar todo lo que quieras con la mayor reserva del mundo.

ADOLFO. Tanto mejor. Le aseguro a usted que uno de mis tormentos en este poblacho... —usted perdone...

DON JULIÁN. No, hijito, no; si yo pienso lo mismo que tú; esto es un poblachito, un poblachito.

ADOLFO. Pues le decía a usted que uno de mis mayores tormentos aquí consiste en que no doy un paso que no se comente de mil maneras, y en que, sin que yo adivine cómo ni por dónde, se sabe en todas partes hasta lo que hago en mi cuarto con la puerta cerrada. ¡Nada, don Julián! ¡Que vivo en un escaparate!

DON JULIÁN. Tienes razón, hijito; estas mujeres lo huelen y lo averiguan todo. Y de entre ellas ninguna como Concha Puerto.

ADOLFO. ¡Oh! Concha Puerto es desesperante. A mí me descompone. Y yo, que llevo unos días con los nervios en revolución...

Don Julián. Sí que te noté muy excitado esta mañana.

Adolfo. Mis motivos tengo.

Don Julián. Ea, pues vamos a saber cuáles son.

Adolfo. Don Julián, hace diez días que saludé aquí a Juanita La Rosa...

Don Julián. ¡Ah, vamos! ¡Se trata de Juanita La Rosa!

Adolfo. ¡Naturalmente! Pero, ¿es que se habla en el pueblo de otra persona desde que yo llegué?

Don Julián. Y ¿qué te sucede de nuevo?

Adolfo. ¡Sencillamente que me han creado con ella una situación intolerable, violentísima, con la que estoy resuelto a acabar! *Se levanta nervioso.*

Don Julián. ¿Sí?

Adolfo. ¡Sí, señor!

Don Julián. Cálmate, hijito, cálmate.

Adolfo. A medida que vivo en Puebla, es natural que me vaya tratando con la gente, ¿no? Otra cosa sería un absurdo. Además, las contingencias de los asuntos que aquí me han traído lo exigen también. Yo soy una persona bien educada; necesito, pues, cumplir con todo el mundo, ver a unos y a otros, frecuentar ciertas casas... Bueno, pues no voy a una sola, don Julián, a la que previamente no se haya invitado a esa señorita, por fas o por nefas. Llego yo, la saludo,

quizás y por lo mismo con una frialdad estudiada... Pues como si no; en seguida empiezan las miradas de inteligencia entre los presentes. Y, sin que yo vea quién, una mano pone una silla junto a la de ella, en la que no se sienta nunca nadie más que yo. ¡Como si la silla estuviera apestada para los demás! Y, claro, al sentarme a su lado, sería una grosería si no le hablara; y en cuanto le dirijo la palabra, ya los otros enredan una conversación aparte, prescindiendo de ella y de mí, y nos dejan como a dos novios. ¿Usted cree que esto puede resistirse?

Don Julián. ¡Ja, ja, ja! La verdad, hijito, a mí no se me antoja cosa tan grave. Yo creo que tú exageras.

Adolfo. ¿Que yo exagero, don Julián? ¡Usted no tiene idea de las miradas, de las sonrisas, de los golpecitos en la espalda que yo estoy aguantando! No hablo con ella: «¡Cómo desimula!» Hablo: «¡Claro, como que es ridículo disimular!» Paso por su calle: «Amiguito, la soga tras el caldero.» No paso: «Sabe que no está ella.» Hablo con otra: «¡Que le van a reñir a usted!» Y dale con que si tiene tanto o más cuanto, y que si los olivares, que si las viñas, que si va o no va desnuda a la boda... ¡Un mareo! ¡Y así todo el día y toda la noche, hasta que me acuestan! ¡Comprenda usted que no hay paciencia que lo sufra!

Don Julián. Ni remedio hay tampoco como no te vayas del pueblo, hijito. Aquí, por cada

hombre, nacen cuatro o cinco mujeres... ¡conque ponle puertas al campo! Pero todo ello no vale un comino; no es para que te alborotes así.

ADOLFO. Es que todavía ocurre algo mucho más grave.

DON JULIÁN. A ver, a ver...

ADOLFO. Yo no sé si del Casino, o del estanco, o de la cerería, o de alguna casa particular, ha salido una especie relacionada con esa señorita y atribuída a mí, altamente ofensiva para ella.

DON JULIÁN. ¡Caramba! Esas ya son palabras mayores. Eso ya es una canalladita. ¿Qué milagro te cuelgan?

ADOLFO. Me repugna que usted lo oiga y repetirlo yo. Una infamia.

DON JULIÁN. Menos mal que ella no ha de enterarse.

ADOLFO. Sí, señor; se ha enterado, y ha creído, por lo visto, que es cosa mía.

DON JULIÁN. ¿Es posible?

ADOLFO. Me di cuenta de ello la otra noche en casa del registrador. Apenas llegué yo, Juanita y su tía, que estaban allí de tertulia, se levantaron como por resorte y se marcharon sin mirarme siquiera. Al día siguiente se repitió la escena en casa de Concha Puerto. Ayer, en misa, también esquivó mi saludo. Como usted comprende, me interese o no la muchacha, yo no puedo tolerar que me atribuya una invención a

todas luces indigna de un caballero. Cogí la pluma y le escribí dos letras sincerándome; diciéndole tan sólo que yo soy primero que nada un hombre de honor, incapaz de ofender jamás a una señorita. Pues bien: esa carta no ha llegado a sus manos.

DON JULIÁN. ¿Por dónde lo sabes?

ADOLFO. Por un anónimo que he recibido esta mañana.

DON JULIÁN. Y ¿vas a hacer caso de un anónimo?

ADOLFO. Sí, señor; desde el momento en que ella no me contesta ni varía de actitud, debo darle crédito al anónimo. La carta se conoce que la ha interceptado la tía, que, con permiso de usted, es un mamarracho.

DON JULIÁN. De acuerdo; es un mamarrachito.

ADOLFO. De manera, querido don Julián, que yo me atrevo a suplicarle a usted que, por mi buen nombre, se tome usted una molestia.

DON JULIÁN. Di lo que quieras y no vuelvas a hablarme de molestias.

ADOLFO. No deseo más sino que vaya usted a esa casa a justificarme; a dar por mí estas explicaciones que yo no puedo dar.

DON JULIÁN. Hoy mismo te dejaré como corresponde.

ADOLFO. Y yo se lo agradezco a usted en el alma. Ya que no es posible que yo hable con la muchacha cinco minutos...

DON JULIÁN. ¿Lo preferirías?

ADOLFO. Si hubiera modo de lograrlo, sin otro testigo que usted, desde luego.

DON JULIÁN. Bien, bien, hijito, bien; eso está muy bien. *Se levanta y se asoma a la puerta de la izquierda y a la del jardín.*

ADOLFO. ¿Qué hace usted, padre?

DON JULIÁN. Que a lo mejor Dieguilla se pone a escuchar detrás de las puertas... *Bajando la voz.* Y te voy a decir que te pintan las cosas al pelo.

ADOLFO. ¿Por qué?

DON JULIÁN. Porque no vamos a llamar la atención de nadie, y vas a realizar tu gusto: hablar con Juanita sin más testigos que este cura.

ADOLFO. ¿De veras, don Julián?

DON JULIÁN. Óyeme. Pilar, mi sobrinita, lleva dos o tres días malucha y no sale de su habitación.

ADOLFO. No sabía una palabra.

DON JULIÁN. No es nada de particular; un catarro. Pues bien: como ellas y Juanita son uña y carne, Juanita ha venido sola ayer y anteayer a acompañar a la enfermita. De modo que, si viene también hoy, como estos otros días ha venido, y tú estás aquí, cátate como traída por la mano la entrevista que quieres.

ADOLFO. Sí, señor; es cierto. Y ¿usted cree que vendrá?

DON JULIÁN. Lo creo; y si acertara a venir a es-

tas horas, como ayer, miel sobre las hojuelas. Santita y las muchachas rezan allá; a lo mejor empalman la siesta con el rezo... En estas horas de calor casi todo el mundo se echa un ratito... No hay temor de que llegue nadie... ¡Figúrate si la coyuntura es pintiparada!

ADOLFO. Verdaderamente, don Julián. ¡Haga Dios que se realice todo como usted lo pinta!

DON JULIÁN. Así será. Tú de aquí no te muevas. Yo me voy a cambiar la sotana por el terno de alpaca, que es más fresquito, y aquí estaré en seguida. Hasta ahora, ¿eh?

ADOLFO. Hasta ahora, don Julián; y Dios se lo pague.

DON JULIÁN. Hijito, ¿sabes una cosa?

ADOLFO. ¿Qué cosa, don Julián?

DON JULIÁN. Que te encuentro interesadito, interesadito...

ADOLFO. No... no, señor...

DON JULIÁN. Será que toco yo el violón, como siempre. Interesadito, interesadito...

Vase por la puerta de la izquierda. Pausa.

Adolfo está inquieto, aunque a sí mismo trata de ocultárselo. Se asoma al jardín, se asoma a la cancela y mira distraído las fotografías.

ADOLFO. *Consultando su reloj.* Las tres y cuarto ya, y a las cuatro me espera el registra-

dor... *Fijándose en uno de los retratos.* ¿Es ella ésta?... Sí; ella quiere ser. ¡No se parece nada! *Sigue examinando el retrato.*

En esto, y bien ajena a que ha de encontrarse allí al abogado de sus pensamientos, llega de la calle Juanita, vestida de claro, a cuerpo gentil, y con sombrilla y abanico.

JUANITA. *Deteniéndose muy sorprendida.* (¡Ay! ¡Adolfo!) *Da unos pasitos para ver lo que hace.* (¡Mirando mi retrato!) *Le entra mucha risa, que reprime, y se tapa la cara con el abanico.*

ADOLFO. *Volviéndose de pronto hacia ella.* ¿Eh? ¿Quién? ¡Juanita! ¡Dichosos los ojos! ¿Cómo está usted?

JUANITA. Yo bien... ¿y usted?

ADOLFO. Esperándola a usted estaba.

JUANITA. ¿Sí? Pero, ¿usted sabía que iba a venir yo?

ADOLFO. Alguna vez había de tocarme a mí saber algo que no supieran los demás.

JUANITA. Y ¿se entretenía usted en mirar ese mamarracho? Me han querido favorecer; pero no me parezco... ¿verdad?

ADOLFO. *Contemplándola.* No... no se parece.

JUANITA. *Después de haber dejado que la mire bien.* Bueno, pues... con su permiso... Yo estoy aquí volada... Me he quedado tonta de la sorpresa de encontrarlo a usted... Lo que menos podía yo imaginarme... Vamos, estoy volada... Con su permiso voy a ver cómo sigue Pilar.

ADOLFO. Un momento.

JUANITA. ¿Qué?

ADOLFO. Que me permita usted un momento; que yo deseo hablar con usted un momento.

JUANITA. ¿Le corre mucha prisa?

ADOLFO. Mucha.

JUANITA. En ese caso, llamaré a Santita o a don Julián... porque así, solos... Yo le aseguro a usted que estoy volada... Si llegara alguna persona de la calle...

ADOLFO. Ahora nadie viene, descuide usted. Es la hora de la siesta. Además, habla usted con un caballero, no obstante lo que en contra mía se miente por ahí. Yo le suplico a usted que me escuche un instante... *A una mirada de Juanita hacia la cancela.* No llega nadie, no. Óigame usted, que no la entretendré demasiado.

JUANITA. Ya oigo; ya oigo. No he de negarle a usted lo primerito que me pide. Al fin y al cabo es usted forastero, y debe tratársele con toda consideración.

ADOLFO. Siéntese usted.

JUANITA. Eso ya sería pasar de la raya.

ADOLFO. ¿Por qué? Siéntese usted, Juanita.

JUANITA. Bueno, me sentaré... Pasaré de la raya... Cuando le digo a usted que me he quedado tonta...

Se sienta.

Inmediatamente Adolfo se sienta a su lado.

ADOLFO. Juanita, esta amabilidad con que us-

ted me acoge, y que tanto contrasta con la esquivez y dureza de estos días, me tranquiliza enteramente. Yo, Juanita...

¡Lo que son las cosas de este mundo! La frase que va a comenzar el bueno de Adolfo, con tanta sinceridad y nobleza, queda interrumpida por la llegada de Concha Puerto, que aparece de improviso por la cancela. Trae varios paquetes de tiendas de comestibles y confiterías.

CONCHA. *Encantada al ver a la pareja.* ¡Ajajá!

ADOLFO. *Como si despertara de un sueño.* ¿Eh?

JUANITA. *Turbada.* Concha Puerto...

CONCHA. ¡Ajajá!

ADOLFO. ¿Qué quiere decir ¡ajajá! señora?

CONCHA. ¿No lo ha oído usted decir nunca? A todo esto, buenas tardes. Pues ¡ajajá! quiere decir que yo me alegro mucho, que esto ya se esperaba, que está muy bien .. Vamos, que ¡ajajá! Y que sigan ustedes hablando, que yo no estorbo.

ADOLFO. No, no, señora; un poco de calma. Yo le debo explicar a usted...

JUANITA. ¡Ah! sí; no se figure usted otra cosa.

CONCHA. Ni me figuro nada, ni necesito explicaciones. Repito que no estorbo. He venido a hacerle a Pilar el bizcocho borracho que dicen que cura los catarros. No los cura, pero lo dicen. Y me voy a la cocina al instante. No estorbo. Hasta luego. No estorbo. *Echa a andar hacia el jardín muy satisfecha.*

ADOLFO. Señora...

CONCHA. *Volviéndose.* No me diga usted una palabra, hombre. Ciertas cosas no necesitan comentarios. No estorbo, no estorbo... *Se va por el jardín hacia la izquierda.*

ADOLFO. ¡Pues, señor, bien! ¡Estamos frescos!

JUANITA. *Abanicándose.* Regular.

ADOLFO. ¡No puedo con las oficiosidades de esta señora! ¡Qué inoportuna es! ¿Por qué razón no hace el bizcocho ese para los catarros en la cocina de su casa? ¿Qué precisión tenía de venir aquí, con el calor que hace, y nosotros de verla, y de que imagine y propale lo que no es menester?

JUANITA. ¿No le dije yo a usted que estaba volada?... Ha sido una imprudencia. Y me voy, me voy allá dentro.

ADOLFO. Ya, ¿para qué? Quien fatalmente había de venir, ha venido... Le ruego a usted que no se vaya sin contestarme a esta pregunta: ¿ha recibido usted una carta mía?

JUANITA. Esta mañana tempranito; sí, señor. ¿Se le cayó a usted alguna cosa de la mano? Me la entregó mi tía, que me la había ocultado hasta entonces.

ADOLFO. Y ¿ha creído usted lo que le digo en ella?

JUANITA. No tenía usted necesidad de habérmelo dicho. Por las señas usted me merece a mí mejor opinión que yo a usted.

ADOLFO. Muchas gracias... Como había nota-

do en usted una seriedad, un aire tan esquivo...

JUANITA. La obligan a una a tantas cosas... Mi tía es tan exagerada y tan especial...

ADOLFO. ¿Luego usted no creyó ni un instante...?

JUANITA. Ni un instante, Adolfo.

ADOLFO. Así lo pensaba yo, y así lo deseaba; pero comprenda usted que era preciso que lo supiera por usted misma.

El catarro de Pilar trae a la casa, según se ve, extraño movimiento a desusadas horas. Llega don Cecilio a este punto, también por la cancela, y no puede contener una exclamación de extrañeza al encontrarse con aquel cuadro inesperado.

DON CECILIO. ¡Caracoles!

ADOLFO. *Poniéndose en pie de un brinco.* ¿Quién?

DON CECILIO. Yo. Gente de paz. No hay que alarmarse, amigo mío.

ADOLFO. ¿Qué tal, señor doctor?

DON CECILIO. No tan bien como usted, pero vamos viviendo. ¿Y tú, monona? Sigan, sigan ustedes arrullándose.

JUANITA. No nos arrullábamos, doctor; no somos tórtolos.

DON CECILIO. ¿No? Eso, allá ustedes, nena. *A Adolfo.* ¿Qué le dije yo a usted?

ADOLFO. ¿Cómo?

DON CECILIO. ¿Qué le dije yo a usted? ¿Usted se acuerda de lo que yo le dije?

ADOLFO. Me ha dicho usted tantas cosas, amigo...

DON CECILIO. Ya entiende usted a la que me refiero. ¿Qué le dije?

ADOLFO. La verdad; no recuerdo ahora.

DON CECILIO. No recuerda usted ahora, ¿eh? ¡Pues yo sí! Y no interrumpo más. Voy a ver a la enfermita esa. ¡Qué demonio! ¡La historia se repite! *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

JUANITA. Este buen señor, como le han dicho que tiene gracia, quiere tenerla en todas las ocasiones. Y lo que es ahora no la ha tenido.

ADOLFO. No la ha tenido, no.

JUANITA. Bien, Adolfo; yo estoy haciendo lo que no debo. Usted ya sabe de mí lo que deseaba, ¿no?

ADOLFO. Ya lo sé.

JUANITA. En ese caso...

ADOLFO. Sí; no debo yo tampoco detenerla más tiempo. ¿Hasta después?

JUANITA. No sé si nos veremos después.

ADOLFO. Pues hasta mañana.

JUANITA. Tampoco sé si nos veremos mañana.

ADOLFO. Entonces...

JUANITA. Sí; hasta que nos veamos.

ADOLFO. Hasta que nos veamos.

JUANITA. Causalmente...

ADOLFO. ¿Casualmente?

JUANITA. Como ahora... que nos hemos visto por casualidad...

ADOLFO. Sea como sea, yo quiero que sea pronto.

Se miran, retardando el momento de separarse. Llega a la cancela oportunamente el Sacristán de San Antonio, tipo relamido y dulzon. Trae un artefacto con un retrato del santo bastante parecido y cuya parte inferior es un cepillo para las limosnas.

SACRISTÁN. ¡San Antonio Bendito!

ADOLFO. ¿Eh?

JUANITA. ¿Qué?

SACRISTÁN. ¡Para el culto de San Antonio!

JUANITA. ¡El sacristán de San Antonio! ¿Qué le parece a usted?

ADOLFO. *Buscándose cuartos en el bolsillo del pantalón.* Tome, hermano. ¡Vaya! Ahora no traigo suelto. Es igual. *Saca de su portamonedas una de dos pesetas y la deposita en el cepillo. El Sacristán abre cada ojo como las dos pesetas.* Tome.

SACRISTÁN. *Destilando arrope por la boca.* ¡San Antonio bendito se lo pague! ¡Y le dé lo que necesite! ¡Y a la señorita también... y no digo más! ¡Muchas felicidades!

Se va. Adolfo y Juanita sueltan la carcajada.

JUANITA. ¡Bueno! Pues ahora es cuando va a saberse esto en todas las casas de Puebla. ¡Usted no se puede figurar lo que son dos pesetas en el cepillo de San Antonio!

ADOLFO. *A don Julián, que llega.* ¡Don Julián!

Vuelve don Julián por donde se marchó, de americana y gorra.

DON JULIÁN. ¡Hola! ¿Ya tenemos aquí a la madamita?

JUANITA. ¡Don Julián!

DON JULIÁN. ¿Has llegado ahora? ¿Cuándo ha venido?

ADOLFO. Momentos después de retirarse usted.

DON JULIÁN. ¡Ah, vamos! ¿Y según veo las caras, han hablado ustedes ya de lo que tú querías?

ADOLFO. Sí, señor.

DON JULIÁN. ¿Ves tú, hombre? Y nadie se ha enterado, y nadie los ha visto a ustedes, y no hay por qué darle un cuarto al pregonero.

ADOLFO. No; no nos ha visto nadie, esa es la verdad.

JUANITA. ¡Nadie!

Se ríen los dos.

DON JULIÁN. ¿De qué se ríen ustedes? ¿Ha venido alguien acaso?

JUANITA. ¡Cóncha Puerto!

DON JULIÁN. ¡Ave María Purísima!

JUANITA. A hacer un bizcocho para Pilar.

DON JULIÁN. ¡Es verdad, que lo dijo anoche! ¿Cómo se me ha ido a mí por alto?

ADOLFO. Y luego don Cecilio...

DON JULIÁN. ¿Cecilio también? ¡Claro! a ver a... ¡Válgate Dios, hombre, válgate Dios!

JUANITA. Y a última hora el sacristán de San Antonio.

DON JULIÁN. ¡Santa Bárbara bendita! ¡Pues

ese ya es peor que el extraordinario de un periódico! ¡Qué mala manita he tenido! ¡Quién sabe! Será que está escritito allá arriba; será que está escritito.

ADOLFO. Será eso.

DON JULIÁN. *Mirando a la cancela.* ¡Y anden los títeres! Aún nos queda el rabo por desollar.

JUANITA. ¿Quién?

DON JULIÁN. Tu tía, con cara de palo.

JUANITA. ¿Mi tía? *A Adolfo.* ¡Buena la ha hecho usted!

ADOLFO. ¿Yo?

JUANITA. Usted, usted.

En efecto, llega doña Belén. La amable sonrisa de su rostro ha desaparecido.

DOÑA BELÉN. Buenas tardes.

DON JULIÁN. Buenas tardes, hijita.

ADOLFO. Señora...

Doña Belén le baja la cabeza.

DON JULIÁN. ¿Qué? ¿Vienes a ver a Pilarcita, no?

DOÑA BELÉN. Sí. Pero antes quisiera hablar con usted. *A un movimiento de don Julián.* Reservadamente.

DON JULIÁN. ¡Ah! conforme. Nos iremos ahí a la sala.

ADOLFO. Yo me marcho.

DON JULIÁN. No es menester, hijito.

ADOLFO. Es que tengo un quehacer urgente. Me esperan.

DON JULIÁN. Ya eso es otra cosa.

JUANITA. Pues aquí estábamos entretenidos charlando los tres...

DOÑA BELÉN. Sí; acaba de decírmelo el sacristán de San Antonio.

La temperatura baja cinco grados.

JUANITA. El sacristán llegó en un momento..

DOÑA BELÉN. Silencio, niña. Y usted, señor mío, óigame cuatro palabras antes de marcharse.

ADOLFO. Con mil amores. Diga usted.

DOÑA BELÉN. Cuando un caballero...

JUANITA. Tía...

DOÑA BELÉN. Cuando un caballero...

DON JULIÁN. Belén...

DOÑA BELÉN. Cuando un caballero desea hablar con una señorita—le interese en cierto sentido o no; que no hemos de hacer caso del mentir de la gente—, lo primero de que debe curarse ese caballero es de contar con la voluntad de aquella o aquellas personas que representan al lado de la señorita la autoridad materna o paterna.

ADOLFO. Muy bien. ¿Será usted tan amable que me escuche a mí otras cuatro palabras?

DOÑA BELÉN. ¿Por qué no?

ADOLFO. Cuando un caballero desea sincerarse con una señorita, porque las personas que representan para ella la autoridad materna o paterna, por excepción, sin duda, han hecho caso del mentir de la gente en algo que ofende a ese ca-

ballero, ese caballero acude para aconsejarse a los amigos más bondadosos y prudentes; y cuando tiene la fortuna de hallarse en una casa a la cual llega la señorita con quien le importa hablar, habla con ella sin desdoro alguno para nadie, y sin faltar a la más escrupulosa cortesía, sobre todo si es en una casa tan digna y respetable como ésta. A los pies de usted. Don Julián, hasta luego. Juanita... *Se va por el jardín.*

Doña Belén sorbe como si ella acabara de hablar.

JUANITA. ¿Ves, tía, a lo que te has expuesto?

DOÑA BELÉN. ¿Cómo se entiende, niña? ¿A qué me he expuesto yo? Por consideración al padre no le he contestado lo que se merece. Éstos picapleitos tienen la lengua muy expedita; pero a mí no me ganan. Vete allá dentro con Pilar, ya que a lo que viniste fué a verla. ¿No es así?

JUANITA. Sí, señora, sí; a verla vine. *Éntrase por la puerta de la izquierda mirando al padre con el rabillo del ojo, como encomendándose a él.*

DOÑA BELÉN. *Volviendo a su habitual sonrisa rápidamente, una vez que Juanita se va.* Vamos a ver, padre: ¿qué ha pasado aquí?

DON JULIÁN. Hijita, pareces tonta algunas veces: ¿qué ha de haber pasado? Que Adolfo vino a saludarme, y mientras fuí yo a cambiar de ropa

llegó tu sobrina casualmente y pegaron la hebra. Adolfo es todo un caballero...

DOÑA BELÉN. Si ya lo sé, padre. Y hemos de tratar de él, porque sospecho que la madeja se va enredando.

DON JULIÁN. Se enreda, se enreda...

Sale muy presurosa y alterada Concha Puerto por entre las cortinas del foro. Viene con delantal blanco de peto. Trae un poco remangadas las mangas de la blusa.

CONCHA. ¿Qué es eso? ¿Ha habido algún disgusto? ¡Porque va Adolfo por el jardín como un cohete! Hola doña Belén.

Siguiendo a Concha Puerto acuden también sucesivamente Ángela y Santita, en muy parecida actitud.

ÁNGELA. ¿Qué ha sido, qué ha sido? Buenas tardes.

SANTITA. ¿Qué ha pasado? Dios te guarde, Belén. ¿Qué ha pasado?

DONA BELÉN. Nada, no ha pasado nada... Buenas tardes a todas. ¿Verdad, padre, que no ha pasado nada?

DON JULIÁN. Nada absolutamente. Lo que hay es que esta señora de la edad media trata a su sobrina con mucho rigor; con excesivo rigor en mi concepto.

SANTITA. ¿Eh? ¿Qué dice?

CONCHA. ¡Que doña Belén, a juicio del padre, trata con demasiado rigor a Juanita!

SANTITA. ¡Ah, ya! Pues ¿saben ustedes lo que yo les digo? ¡Que la trata con ese rigor para que ella y el abogado se metan más en la canasta!

Risas.

DOÑA BELÉN. *Haciéndose cruces.* ¡Ay, ay, ay!...

SANTITA. ¡Se lo digo a ustedes, y te lo digo a ti, y se lo voy a decir a ella ahora mismo para que se ahorre *llantinas!* ¡Se concluyó! *Vase por la puerta de la izquierda.*

DOÑA BELÉN. ¡Qué Santita ésta! ¡Qué cosas piensa a lo mejor! Padre, venga usted conmigo a ver a la enfermita, y hablaremos de nuestro pleito nosotros.

DON JULIÁN. Sí, hijita, sí; vamos.

DOÑA BELÉN. ¡Qué Santita! ¡qué Santita ésta!

DON JULIÁN. Notable, notable... No hay otra para soltar fresquitas...

Márchase por la puerta de la izquierda con doña Belén. Ambos se ríen del lance.

CONCHA. Ha tenido tu madre la mar de gracia.

ÁNGELA. ¡La mar de gracia! Voy a contárselo a Pilar. *Hace que se va y vuelve.*

CONCHA. Como que esta remilgada de doña Belén tiene más debajo de tierra que encima; tira la piedra y esconde la mano; nada y guarda la ropa. Así va el otro para la calle: que lleva las orejas como dos frailes convidados.

Aparece Pepe Lora por la cancela, sorprendiendo a los dos. Viene más torvo que de costumbre.

ANGELA. ¡Concha!

CONCHA. ¿Qué?

ÁNGELA. ¡Mire usted! ¡Pepe Lora!

CONCHA. *Recibiéndolo con amable extrañeza.* ¡Pepe Lora! ¿Tú por aquí?

PEPE. Yo por aquí, ¿no me está usté viendo? Dios te guarde, Angelita.

ÁNGELA. Ven con Dios, hombre. ¿Qué hay?

PEPE. Un día más que ayé.

CONCHA. Un día más que ayer, ya lo oyes. La respuesta es filosófica; pero Angelita te pregunta qué te trae por aquí.

PEPE. Los pies me han traío.

ÁNGELA. Viene profundo.

PEPE. ¿Y er *Diario,* no anda por ahí?

CONCHA. ¿Ya salimos con el achaque del *Diario?* Levanta los ojos del suelo y di qué mosca te picó y qué viento te ha echado para esta casa.

PEPE. Mosca, ninguna; zino que er zacristán de Zan Antonio me ha zoplao que estaban aquí pelando la pava Juanita y eze forastero, y quería yo verlos por miz ojos.

ÁNGELA. Pues ya ves que no están aquí.

PEPE. Pos le vi a partír la cara ar zacristán. Na más que ezo.

CONCHA. No; déjale la cara completa; porque no están; pero han estado.

PEPE. ¿Que han estao?

CONCHA. Y muy entretenidos, y muy a gusto... y sin echarte a ti de menos, ciertamente.

PEPE. Zí, ¿eh? Ya zé yo que eze poyo ze las

tira de qué zé yo qué, y que gasta mucha poezía cuando habla.

ÁNGELA. ¿Mucha poesía?

PEPE. Zí; mucha poezía. Eya también cojea der mismo pie. Pero ze les va a concluí la poezía al uno y a la otra.

CONCHA. ¿Qué dices?

PEPE. Que le vi a partí la cara al abogao. Na más.

ÁNGELA. ¡Jesús! Ya van dos caras rotas.

PEPE. ¿Tú zabes las tripas que tengo?

CONCHA. Ganas de tener tripas.

PEPE. No, zeñora, que no zon ganas. Porque yo fuí novio de Juanita, y Juanita me plantó a mí de mala manera, y de mí no ze *chuflea* Juanita; y eza me la paga a mí Juanita.

ÁNGELA. Pero, hombre, Pepe, si Juanita ya no te ilusiona...

PEPE. Déjate de iluziones; to ezo es poezía.

ÁNGELA. Si nunca fué tu tipo...

PEPE. Poezía, poezía.

ÁNGELA. Si en la calle Escobas hay otra muchacha que suspira por ti...

PEPE. Poezía, to ezo es poezía.

CONCHA. Déjalo, Ángela; no te canses en convencerlo. Para éste, lo que no sea partirle la cara al abogado, no es más que poesía.

ÁNGELA. Verdad que sí.

PEPE. Zi ustedes hubieran recibío el anónimo que yo recibí ayé de mañana...

ÁNGELA. ¿Un anónimo?

CONCHA. ¿Te han puesto un anónimo?

PEPE. Un anónimo que arde en un candí. Calentándome la cabeza. Yo, por mí, ya estaba rezuerto a hacé la vista gorda...

CONCHA. ¿Y el anónimo te ha revuelto la sangre?

PEPE. Zí, zeñora. No quiziera más que zabé de quién es pa partirle la cara.

CONCHA. ¡Ave María! De esta hecha el pueblo entero de perfil.

ÁNGELA. Pero, ¿qué te dicen en el anónimo?

PEPE. ¿Que qué me dicen? Vas a vé.

CONCHA. ¡Ah! ¿lo traes ahí?

PEPE. Aquí lo traigo. *Saca del bolsillo un pliego y lee con alguna dificultad.* «Buenos días, Pepe Lora.» Porque hasta la guaza de darme los buenos días...

ÁNGELA. Hombre, como te lo mandaron por la mañana...

PEPE. *Leyendo.* «¿No eras tú er que no iba a conzentí que Juanita La Roza tuviera novio? Pos ya lo tiene.»

ÁNGELA. También la gente es como Dios la ha hecho.

PEPE. Verás, verás. *Sigue la lectura.* «Por lo visto, va contigo aquer refrán de que perro que ladra no muerde.» ¡Je! «¡Nadie lo hubiera creído al oírte! Pos ten en cuenta, Pepe Lora, que

vas a dá que reí más de lo que ya has dao como zigas tan... tan i... tan i...»

CONCHA. Irresoluto.

PEPE. ¿Eh?

CONCHA. *Señalando en el papel la palabra para dar a entender que la ha leído.* Irresoluto; irresoluto dice.

Entre Ángela y Concha se cruza una mirada llena de malicia.

PEPE. Y ¿qué ez irrezoluto?

CONCHA. Irresoluto significa tanto como achicadillo en el caso presente.

PEPE. Achicaíyo, ¿eh? Miste cómo no da la cara er que me lo ha puesto.

CONCHA. Y ¿quién te da la cara a ti con las aficiones que tienes?

ÁNGELA. *Con intención, aludiendo a Concha.* Pues mi opinión, valga por lo que valga, Pepe Lora, es que eso está escrito con la sana idea de que tú provoques al abogado para que al abogado se le encienda más el cariño por Juanita La Rosa.

CONCHA. No tendría nada de particular.

PEPE. To ezo zigue ziendo poezía. Después de este anónimo, la primera vez que me tropiece yo al abogao, le zuerto dos guantás que le van a quitá la poezía a é y a toa zu casta. ¡A vé zi va conmigo er refrán de que perro que ladra no muerde! ¡A vé!

Llega oportunamente Adolfo por donde se marchó.

ADOLFO. Buenas tardes.

PEPE. Buenas tardes.

ÁNGELA. ¡Huy!

CONCHA. ¿Aquí otra vez, Adolfo?

ADOLFO. Sí... Dejé una situación tan violenta, que apenas he podido... *Observando la turbación de todos.* ¿Qué pasa?

PEPE. Paza er tren por la vía.

ADOLFO. No entiendo.

PEPE. Y la zaliva por la garganta paza también.

ADOLFO. Y usted, ¿quién es?

PEPE. Quizás le zuene a usté mi nombre. Yo zoy Pepe Lora.

ADOLFO. ¡Ah! vamos. Ahora me explico su actitud. Es usted Pepe Lora.

CONCHA. Sí; es Pepe Lora.

ÁNGELA. Pepe Lora.

ADOLFO. Pues yo soy Adolfo Adalid.

PEPE. Y yo quiero hablá con usté.

ADOLFO. Hablando estamos, creo.

PEPE. Aquí zobra gente.

ADOLFO. Aquí no sobra nadie más que usted, en todo caso.

CONCHA. Adolfo, por Dios...

PEPE. Er que zobra aquí no lo zabemos; pero yo quiero hablá con usté en un zitio zolo.

ADOLFO. Elíjalo usted a su gusto.

PEPE. Tiene que zé en un zitio zolo.

ADOLFO. Elíjalo usted.

PEPE. Er zalón de lertura der Cazino: ayí no entra nadie.

ADOLFO. Perfectamente.

PEPE. Y luego nos iremos adonde haga farta.

ADOLFO. Convenido.

PEPE. Pos pa ayá me voy yo.

ADOLFO. Y yo le seguiré a usted los pasos.

PEPE. Buenas tardes.

CONCHA. Buenas tardes.

PEPE. ¡Pa que te me vengas a mí con poezía! *Se marcha.*

ÁNGELA. ¡Ay, yo voy a contárselo a Pilar! *Vase corriendo por la puerta de la izquierda.*

ADOLFO. Pero ¿qué me querrá ese gaznápiro? ¿Usted lo sabe?

CONCHA. Sí, señor: que no le guste a usted Juanita.

ADOLFO. ¿Vuelta la burra al trigo? ¡Pretensión más ridícula y más desatinada! ¿Habrá zopenco? ¿Quiere usted decirme por qué anda ese pollino suelto por las calles?

CONCHA. Está usted alteradísimo, Adolfo.

ADOLFO. Lo estoy, sí. ¿Es pariente de usted, quizás?

CONCHA. ¡Dios me libre!

ADOLFO. ¡Como en estos pueblos resulta que no hay más que parientes! Perdóneme usted.

Por la puerta de la izquierda sale don Cecilio dispuesto a marcharse.

DON CECILIO. ¡Hola! ¡hola! ¿Sigue usted aquí?

ADOLFO. No, señor.

DON CECILIO. ¡Ah! ¿No sigue usted aquí?

ADOLFO. Quiero decir que me he ido y he vuelto.

DON CECILIO. Peor todavía.

ADOLFO. ¿Cómo peor?

DON CECILIO. Yo me entiendo, hombre.

ADOLFO. Usted se entenderá.

DON CECILIO. ¡Se enfada! ¡Malo!

ADOLFO. ¡No sé qué pueda haber de extraordinario en que yo vuelva a ver a don Julián para que usted lo tome de esa manera!

DON CECILIO. ¿A don Julián viene usted a ver?

ADOLFO. Sí; a don Julián.

DON CECILIO. Disimula; ya no tiene arreglo. Es usted una mosca cogida en la tela de araña. Sin solución. Va usted de cabeza a la becerrada. Hará usted lo que quieran las mujeres de Puebla.

CONCHA. ¡Mejor lo pasará que haciendo lo que quieran los hombres!

ADOLFO. ¡Se ha empeñado usted en que yo he de ser aquí juguete de las circunstancias, porque usted lo haya sido, y yo, en este pueblo, y en todas partes, conservo y conservaré mi libre albedrío como el más pintado!

DON CECILIO. Como el más pintado. No se inquiete usted, Concha, que ya me voy. Me voy, amigo Adolfo. Y me voy a ver a un enfermo que está muy grave. Junta de médicos tenemos. Pues bien: a ese enfermo puede que lo salvemos

entre todos: ¡a usted ya no lo salva ni la caridad! En sus manos de usted lo dejo, Concha. Felices.

CONCHA. Vaya usted con Dios.

ADOLFO. Vaya usted enhorabuena.

DON CECILIO. ¡Usted toreará! *Se va riéndose.*

CONCHA. *A Adolfo, desahogando su indignación contra el médico.* Todo lo que tiene este señor es que su casa es un titirimundi, ¿comprende usted? Los vecinos dicen que él hace las camas y repasa la ropa. La señora es fea como un demonio. Y las niñas no pueden con las cabezas de postizos que llevan. ¿Usted sabe cómo les llaman? «El saldo de *crepé.*» Porque en Puebla hay mucha gracia para poner motes. Y si yo le contara a usted...

ADOLFO. ¡No me cuente usted, por Dios, más chismes del pueblo! Lo que quiero saber cuanto antes...

CONCHA. *Mirando hacia la puerta de la izquierda.* Lo que usted quiere saber va a saberlo en seguida. Con permiso, que el almíbar se me estará pasando. Vuelvo, vuelvo. *Se va por el jardín.*

ADOLFO. ¿Eh?

Al propio tiempo, y por la puerta de la izquierda, llega Juanita.

JUANITA. ¡Concha!

ADOLFO. ¡Juanita!

JUANITA. ¡Adolfo! ¿Cómo está usted aquí? Me dijo Angelita que me llamaba Concha Puerto...

ADOLFO. Y yo celebro la casualidad o el engaño.

JUANITA. Usted no tiene nada que celebrar; usted se va ahora mismo, si no quiere dar lugar a que salga mi tía y me riña otra vez.

ADOLFO. Ahora mismo me voy; pierda usted cuidado.

JUANITA. Pues, ande usted; aquella es la cancela. No tengamos la de antes, que una palabra tiraba de la otra y hablamos los dos más de lo preciso.

ADOLFO. ¿Le ha pesado a usted?

JUANITA. Ni ha dejado de pesarme tampoco. Mi tía se ha puesto por las nubes.

ADOLFO. Pero, ¿usted ha sentido decirme algo de lo que me ha dicho, Juanita?

JUANITA. Como no se vaya usted inmediatamente voy a tener que arrepentirme de todo.

ADOLFO. No, no será. Y no será, porque ya la obedezco.

JUANITA. *Observando que Adolfo no se mueve.* No veo que me obedezca usted.

ADOLFO. La verdad; ya que nos hemos vuelto a ver: antes me fuí con una curiosidad muy grande, y ahora no quisiera irme también con ella.

JUANITA. ¿Una curiosidad?

ADOLFO. Muy grande.

JUANITA. ¿Se refiere a mí?

ADOLFO. ¡Claro!

JUANITA. Bueno, con tal de perderlo pronto de vista... ¿Qué es lo que quiere usted saber, *pedilón*?

ADOLFO. ¿Es verdad que escribe usted coplas?

JUANITA. ¡Mira por dónde sale! ¿Y para esto se ha entretenido?

ADOLFO. ¿Es verdad?

JUANITA. Y a usted ¿qué le importa, curioso?

ADOLFO. Me ha caído en gracia la afición.

JUANITA. ¿Sí?

ADOLFO. La encuentro original en una muchacha.

JUANITA. Pues es que yo sé muchas coplas, y algunas veces, cuando estoy alegre, o cuando estoy triste, o en otras ocasiones, me da la vena por hacerlas yo; pero sin pensar decírselas a nadie. Yo creo que imitando sin darme cuenta las que sé.

ADOLFO. Dígame usted a mí una.

JUANITA. Eso sí que no.

ADOLFO. ¿Por qué?

JUANITA. Porque son pamplinas de muchacha.

ADOLFO. No son pamplinas.

JUANITA. Sí lo son; ¿me lo va usted a contar a mí? Además, no me acuerdo.

ADOLFO. Haga usted memoria.

JUANITA. ¡Jesús! Acabará usted por abochornarme.

Quiero y no quiero decir,
y estoy sin decir diciendo;
quiero y no quiero querer,
y estoy sin querer queriendo.

ADOLFO. *Con cierta alarma, cuyo motivo en rigor no le pesa.* ¡Preciosa copla!

JUANITA. ¿Le gusta?

ADOLFO. Muchísimo.

JUANITA. Pues esa es popular; no es mía.

ADOLFO. ¡Ah, no! ¡Yo quiero una de usted!

JUANITA. He dicho esa primero para quitarme la vergüenza. A ver si me acuerdo de alguna mía que no sea muy feúcha.

ADOLFO. A ver.

JUANITA.

No pases más por mi casa,
que la gente es muy chismosa;
yo no paso por la tuya,
y estoy allí a todas horas.

ADOLFO. *Sintiendo el halago.* ¡Lindísima también! Más me gusta que la popular.

JUANITA. Muchas gracias. Eso ya lo sabía yo.

ADOLFO. ¿Que usted sabía eso?

JUANITA. Que iba usted a decírmelo es lo que sabía; porque es usted de lo más galante.

ADOLFO. Y...

JUANITA. Y nada más. *Tratando de irse.* Hasta el año que viene.

ADOLFO. Otro segundo.

JUANITA. Se acabaron los segundos, señor mío.

ADOLFO. ¿Recuerda usted cuándo escribió la copla esa?

JUANITA. ¿Cuándo escribí...? Es usted el único preguntando cosas difíciles de contestar. Ya se echa de ver que es usted abogado.

ADOLFO. ¿En qué?

JUANITA. En que busca bien las callejuelas para ir adonde le conviene.

ADOLFO. ¿Me contesta usted?

JUANITA. A eso, no. Lo que le ruego por última vez...

ADOLFO. Sí; ya me marcho. Perdóneme. Es que estoy saboreando a mis anchas el placer de hablarle sin testigos; de contemplarla a gusto de mis ojos. ¿Le sorprende a usted este tono en que ahora le hablo y el lenguaje que empleo? Pues para usted ya no tengo otro. Es verdad, sí; es verdad lo que todos dicen o lo que todos quieren, aunque no sea verdad porque ellos lo quieran o lo digan. Yo no sé cuándo ni dónde comenzó, pero me inspira usted esa simpatía que no se satisface sino al lado de la persona de donde viene.

JUANITA. Por Dios, Adolfo...

ADOLFO. Estas palabras, este sentimiento, ¿encuentran eco en su corazón, por ventura? Esa

copla que acaba usted de decirme, y por cuya fecha le he preguntado, ¿la pensó usted después de haberme conocido a mí?

JUANITA. Adolfo, yo no puedo hablar... yo no quiero hablar...

ADOLFO. Pues es preciso que hablemos mucho, mucho; pero no donde puedan estar veinte ojos curioseándonos, ni veinte oídos escuchando nuestras palabras; sino en un lugar apartado, solo, tranquilo... ¿Dónde podríamos hablar de esta manera usted y yo?

Concha Puerto, que momentos antes ha vuelto, considerando que haría falta, exclama con la mayor espontaneidad:

CONCHA. ¡Señor, en mi reja; que se la estoy ofreciendo a usted desde que vino al pueblo!

ADOLFO. *Un poco desconcertado al oírla y al verla.* ¿Cómo? ¿En su reja?

CONCHA. ¡Naturalmente! ¿No recuerda usted mis ofrecimientos, hombre de Dios?

ADOLFO. Sí, sí recuerdo... La luna, el surtidor, los jazmines... Recuerdo, recuerdo... Ahora, que yo no sé si Juanita...

JUANITA. Juanita está sin pulso. Créamelo usted. Eso de la reja es cosa admitida en el pueblo este... Y tocante a usted, a nada lo compromete el ir. Yo hablaré con mi tía...

ADOLFO. ¿Cuándo?

CONCHA. ¡Usted pase esta noche por mi calle a las diez, y no se meta en más!

ADOLFO. ¿Qué dice usted, Juanita?

JUANITA. ¿Qué he de decir yo? ¿Va usted a desatender a Concha Puerto, que es tan buena amiga?

ADOLFO. Gracias... Hasta la noche.

JUANITA. Hasta la noche.

CONCHA. ¡Quéjese usted de mí!

ADOLFO. *Estrechándole la mano.* Después de esto, nunca. Adiós.

CONCHA. Adiós.

JUANITA. Adiós.

Se marcha Adolfo, dispuesto a convidar a Pepe Lora a lo que le pida.

CONCHA. Se me han pasado unas ganas de preguntarle a este señorito: «¿Le gustaba a usted Juanita La Rosa, o eran cosas de Puebla de las Mujeres?» ¡Lo que tiene que se pasa una de discreta!

Vuelve Angelita.

ÁNGELA. ¡La gracia que le ha hecho a Pilar!... ¿Se fué el abogado?

CONCHA. Se fué, sí; pero mira qué carita tiene ésta.

ÁNGELA. Pues ¿qué hay?

JUANITA. Nada... que esta noche, si me lo permite mi tía...

ÁNGELA. ¡Te lo permitirá!

JUANITA. Iré a la reja de Concha Puerto a hablar con él.

ÁNGELA. ¡Que sea enhorabuena, hija de mi

alma! Me alegro y me alegro. Y ahora mismo voy a contárselo a Pilar, que también va a alegrarse. Porque nosotras no conocemos la envidia, como muchas del pueblo. Y, en último caso, sabemos que lo que está para una no está para otra.

JUANITA. Es claro. Yo te agradezco tu alegría. *Se abstrae, y pasea como embelesada.*

ÁNGELA. *Bajo a Concha Puerto.* Oiga usted, Concha.

CONCHA. Oigo.

ÁNGELA. El anónimo de Pepe Lora lo puso usted.

CONCHA. Yo misma. El abogado estaba muy sobre sí, y necesitaba banderillas de fuego. Y todo acabará en que se tomen juntos unas copas.

ÁNGELA. Voy a contárselo a Pilar.

CONCHA. ¿Qué le sucede a ésa?

ÁNGELA. ¿Qué te pasa, tú?

JUANITA. Callar.

CONCHA. ¿Eh?

JUANITA. Callar un momento, que se me ha ocurrido una copla.

ÁNGELA. Dila.

JUANITA. Espera. *Después de una pausa en que la llama de la inspiración asoma a sus ojos.* Ya está.

ÁNGELA. Dila.

CONCHA. Dila.

JUANITA.

Al hombre yo lo comparo
con un barquito de vela,
y a la mujer con el aire,
que adonde quiere lo lleva.

FIN DE LA COMEDIA

Fuenterrabía, agosto; Madrid, octubre, 1911.

LO QUE TÚ QUIERAS

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el Teatro de Lara el 3 de mayo de 1917.

A RAFAEL RAMÍREZ

Recuerdo de buena amistad de

SERAFÍN Y JOAQUÍN

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JOSEFINA.....	RAFAELA ABADÍA.
CLARA.....	CARMEN HERRERO.
RAMÓN.....	RAFAEL RAMÍREZ.

LO QUE TÚ QUIERAS

Gabinete elegante en casa de Ramón, en Madrid. Sendas puertas a derecha e izquierda. Sobre una mesita, un aparato de teléfono. Es de noche. Luces.

Suena insistentemente el timbre del teléfono. A poco sale por la puerta de la derecha Ramón en traje de casa. Es hombre de mediana edad, contento de la vida.

RAMÓN. *Hablando por el aparato.* ¿Quién? ¿Quién es? ¿Quién me llama?—¡Ah! ¡Federico!—Bien, gracias, ¿y tú?—¿Y Aurora?—No, no salimos esta noche; podéis venir. Quería Finita que fuéramos a la Princesa; pero nos quedamos en casa.—A pesar del abono. Ya te explicaré.—No, no; no es cosa de salud. Es que no quiero encontrarme allí con un sujeto... Telesforo, ¿sabes?...—¡Justamente! *Muy quedo.* Me espera con el sable afilado. ¡Y no tiene gracia! Bajo la voz para que no se entere la Central.—¡Ja, ja, ja! Así como así, yo celebro con este motivo acostarme temprano. Figúrate: como mañana tenemos que madrugar para la cacería...—¡Claro! Adiós. A los pies de Aurora. *Deja el aparato.* ¿Qué iba yo a

hacer cuando llamó éste? ¡Ah! sí. ¿Diego? *Se retira por donde vino.*

Un momento después sale por la puerta de la izquierda Josefina, la dulce esposa de Ramón, llamada comúnmente Finita. Viste un elegante traje de teatro.

JOSEFINA. ¿Con quién hablaría Ramón por teléfono? Esos amigotes de la Peña y del Club no lo dejan. ¡Dichosas cacerías! Tanta pena como me dan a mí los animalitos... Y lo nerviosa que me ponen los disparos de armas de fuego. *Estremeciéndose.* ¡Uf! Le avisaremos a Encarnita. *Toca el timbre del aparato telefónico y se dispone a hablar.* ¿Central? ¿Central? Salamanca, 96. Hágame el favor. *Deja el aparato y va indolentemente a la puerta de la derecha. Desde ella mira al interior y dice con malicia diabólica.* Me parece que Ramón se ha puesto el batín y las zapatillas. *Vuelve al aparato llamada por el timbre que suena.* ¿Es la casa de los señores de Garrido?—Bien; pues dígale usted a la señorita Encarna, de parte mía, de la señora de Suárez, que no deje de ir a la Princesa, que necesito verla allí esta noche.—Sí, sí; habrá recibido una esquela en que le digo que nos quedaremos en casa; pero luego he podido convencer al señor, y, por fin, vamos al teatro. Dígaselo así a la señorita; que no falte.—Adiós. *Deja el aparato y vuelve a pasear indolentemente, tarareando una cancioncilla cualquiera.*

Aparece en esto Ramón por la misma puerta que

antes, y, al ver a su esposa tan emperejilada, se queda de una pieza.

RAMÓN. ¡Chica!

JOSEFINA. ¿Qué? ¿Te parezco muy guapa?

RAMÓN. No...

JOSEFINA. ¿Cómo que no?

RAMÓN. Sí, muy guapa; pero no es eso.

JOSEFINA. Pues ¿qué es, que has puesto esa cara de asombro?

RAMÓN. Que me sorprende verte vestida.

JOSEFINA. ¿Iba a andar desnuda por la casa, Ramón?

RAMÓN. Medio desnuda vas, no te creas; porque el escotito...

JOSEFINA. ¡Ah! ¿lo encuentras exagerado? No... La moda pícara. Pero si quieres me pondré una flor aquí en medio.

RAMÓN. No discutamos el escote ahora. ¿Por qué te has vestido, si nos vamos a quedar aquí?

JOSEFINA. ¿Que nos vamos a quedar aquí?

RAMÓN. *Sulfurándose.* Pero ¿te haces de nuevas, y de sobremesa lo convinimos?

JOSEFINA. No te enfades, Moncito; no te enfades.

RAMÓN. ¡Adiós mi dinero!

JOSEFINA. ¿Qué?

RAMÓN. ¡Que me llamas Moncito!

JOSEFINA. ¿Y qué?

RAMÓN. ¡Que cuando me llamas Moncito y

no Ramón!... ¡Le temo más a un Moncito tuyo!... ¡Pobre Moncito! Yo me entiendo. *Pasea.*

JOSEFINA. ¡Ay, Moncito, qué pronto te enfurruñas! Y no estoy yo para desplantes esta noche. ¡Me ha puesto más nerviosa el café!...

RAMÓN. Y a mí va a ponerme, Finita.

JOSEFINA. ¿A ti? ¡Si tú no lo has tomado!

RAMÓN. ¡El que has tomado tú!

JOSEFINA. ¡Ah, ya!... ¡Qué manera más delicada de decirme que sientes conmigo!

RAMÓN. ¿Cómo no?

JOSEFINA. Ea, pues vamos a ver si nos explicamos. Empezando porque yo no he de hacer más que lo que tú quieras... *Ramón la mira.* Lo que tú quieras, lo que tú quieras. Yo entendí que tú, por no sé qué causa, preferías ir a otro teatro en vez de ir a la Princesa; pero que no saliéramos, no lo he entendido ni un instante. *Vuelve a mirarla él.* Nada, nada; ni un solo instante; no me eches esos ojos.

RAMÓN. Está bien, Finita, está bien; será que hablo yo en griego y que oigo en chino; porque tú, después de mis razones, me has dicho que lo que yo quisiera, y que no saldríamos, y que nos quedaríamos encantados los dos, y que tú te alegrabas porque yo tenía que madrugar...

JOSEFINA. ¿Sí, eh? ¿Yo he dicho todo eso? ¡Si seré distraída!... Y después de decir todo eso me he vestido para el teatro... ¡Si seré distraída!... ¡Lo que es la costumbre de los miércoles!

RAMÓN. No; no es la costumbre de los miércoles; porque la costumbre de los miércoles es que cenes ya vestida, pimpollo.

JOSEFINA. O que me vista luego; según. Decía yo lo de la costumbre de los miércoles, porque no sé qué le sucede a una que no piensa más que en el teatro cuando llega la hora, y parece como que todo la empuja al teatro. Pero, en fin, no hay que hablar más de ello. Yo no estaba en mí cuando te dije eso que tú dices que te dije de sobremesa...

RAMÓN. Eso que me dijiste.

JOSEFINA. Lo que tú quieras; eso que te dije y que yo no recuerdo. Yo no estaba en mí; pero no hay más que hablar del asunto; nos quedamos, ya que tu gusto es ese.

RAMÓN. Mi gusto, no, Finita.

JOSEFINA. Lo que sea, tonto.

RAMÓN. Lo que sea, no; lo que es.

JOSEFINA. ¡Pues lo que es! Y ¿se puede saber lo que es? No te sofoques, hombre. ¡Qué poquísimo aguante te ha dado Dios! Vamos a ver: ¿qué es? ¿Por qué no quieres llevarme a la Princesa esta noche, y prefieres que nos aburramos en casa? Entérame ya de una vez de ese tremendo obstáculo que impide (porque debe de ser tremendo) — no te rasques —, de ese tremendo obstáculo que impide, sin justificación ninguna — no te pasees —, de ese tremendo obstáculo que impide que esta noche vayamos

a la Princesa. No soples. *Ramón sopla más.* ¡No soples!

RAMÓN. Si no soplo, sorbo. ¡Algo necesito hacer con el aire!

JOSEFINA. ¡Jesús! ¿Me habré casado con Eolo y no lo sabía? ¡Ja, ja, ja!

RAMÓN. *Procurando reprimir sus nervios y hablar con calma.* Mira, Finita; te he repetido lo menos siete veces...

JOSEFINA. Y una más, ocho.

RAMÓN. No me interrumpas.

JOSEFINA. Perdona, Moncito.

RAMÓN. Ni me llames Moncito.

JOSEFINA. ¿No me llamas tú a mí Finita?

RAMÓN. ¡Bueno! Te he repetido siete veces...

JOSEFINA. Y ésta, ocho...

RAMÓN. Que un amigo mío, un buen amigo mío, que se juega hasta las pestañas, me aguarda esta noche en el teatro para darme un sablazo de cinco mil pesetas, con que salir de una deuda grave que tiene. Ya me ha dado varios, y no estoy por hacerle el juego más tiempo; pero me cuesta una violencia enorme decírselo a él cara a cara. Lo veo, se me aflige, se me echa a llorar, me invoca la amistad de nuestros padres, que fueron como hermanos, y me saca las cinco mil pesetas. ¡Y no quiero, hija mía! ¿Hay o no hay razón para que nos quedemos esta noche sin el teatro, aunque sea miércoles?

JOSEFINA. ¡Pschél...

RAMÓN. ¡Ah! ¿pschè?...

JOSEFINA. Sí... ¡Pschè!... En rigor, no la hay.

RAMÓN. ¿Que no la hay? Pero ¿tú te figuras que yo soy Rothschild?

JOSEFINA. No; pero te caes de bobo, *Ra*-moncito. ¿Has oído el *Ra*?

RAMÓN. Sí, sí; lo he oído todo, *Jo*-se-finita.

JOSEFINA. Te caes de bobo. ¿No comprendes tú que ese amigo, que te conoce el flaco, te perseguirá a todos lados hasta sacarte las cinco mil pesetas?

RAMÓN. ¡Quiá! Es un caso urgente. Buscará esta noche otra víctima. Y yo mañana por la mañana me voy de caza.

JOSEFINA. ¡Ay, los animalitos! No les hagas mucho daño, Ramón.

RAMÓN. Descuida. ¿Conque tengo o no tengo razón, amor mío!

JOSEFINA. Sí, sí; bien pensado... ahora que me entero... Porque lo que es antes no me enteré. Y que, aunque fuera un absurdo, un desatino, ¿qué importa? Es tu voluntad, es tu capricho, es tu mandato... ¿A qué estoy yo más que a hacer lo que quieras tú; lo que tú quieras?

RAMÓN. Me alegro de que seas tan razonable.

JOSEFINA. Ahora, que nos quedamos en casa con una condición.

RAMÓN. Tú dirás.

JOSEFINA. Ni gramófono, ni pianola.

RAMÓN. Bien.

JOSEFINA. Ni me has de leer los fondos de los periódicos.

RAMÓN. Conformes.

JOSEFINA. Estoy harta de frases: «¡Hacia la ruina!» «Inmoralidad y moralidad.» «¡Ellos y nosotros!» «¡El abismo a los pies!» Oye, qué feas son esas zapatillas.

RAMÓN. Tú me las compraste.

JOSEFINA. De día. Y con la luz artificial toman un color que subleva.

RAMÓN. ¡Ay, ay, ay!

JOSEFINA. ¿Qué hay?

RAMÓN. ¡Nada! ¡El abismo a los pies!

JOSEFINA. ¡Quítate ahora mismo esas zapatillas, por Dios!

RAMÓN. ¿Y tú, no te quitas ya el traje ése?

JOSEFINA. Primero tú las zapatillas.

RAMÓN. Anda, mujer, no seas machacona. Vístete de casa, y bajaremos un ratito al entresuelo.

JOSEFINA. *Como picada de una avispa.* ¿Al entresuelo?

RAMÓN. Sí.

JOSEFINA. ¿Al entresuelo? ¡No, Ramoncito, no! ¡Eso sí que no! ¡Llévame a cualquier parte, si te has arrepentido de dejarme aquí: pero no me lleves al entresuelo!

RAMÓN. Basta, Finita; se acabó. No he dicho nada del entresuelo.

JOSEFINA. No, no se acabó; no se acabó, porque te conozco.

RAMÓN. ¡Sí se acabó!

JOSEFINA. ¡No se acabó!

RAMÓN. ¡Pues no se acabó!

JOSEFINA. Me llevas a un *cine*, me llevas a un café, me llevas a cualquier teatrucho; me llevas a la Plaza de Oriente, a coger frío; al entresuelo, no.

RAMÓN. Pero si yo no tengo empeño, muchacha...

JOSEFINA. ¡Es que aunque lo tuvieras! ¡Qué familia! ¡Qué gente!

RAMÓN. ¡Dale, bola!

JOSEFINA. Me carga el padre, me carga la madre, me carga la suegra, me cargan las niñas, me cargan los muebles, me cargan los cuadros, me cargan los timbres... ¡No soples!

RAMÓN. ¿Te vas a acatarrar?

JOSEFINA. ¡No soples! Y, en fin, decidamos una cosa u otra. ¿Qué hacemos? Discurre algo, hombre de Dios. No te hagas la víctima inocente. Estás como un tomate; parece que te va a dar una congestión de un momento a otro...

RAMÓN. ¡Y no es lo malo que lo parezca, sino que me dé!

JOSEFINA. No me asustes, Moncito. Anda, no seas malo. Discurre algo para pasar la noche. Yo estoy dispuesta a hacer lo que tú quieras.

RAMÓN. ¿Lo que yo quiera?

JOSEFINA. Como siempre.

RAMÓN. Ya lo veo; sí. Pues si has de hacer lo que yo quiera, cámbiate de traje ahora mismo.

JOSEFINA. *Después de mirarle las zapatillas.* Lo que tú quieras. ¿Cuál me pongo?

RAMÓN. El que más te agrade.

JOSEFINA. No, no; el que tú quieras.

RAMÓN. Pues el azul con los botones encarnados.

JOSEFINA. Te has ido a estrellar en el azul, que está en el tinte.

RAMÓN. ¡Mire usted por dónde!... Pues ponte el otro: el verde con los botones negros.

JOSEFINA. También está en el tinte. ¿Es desgracia?

RAMÓN. ¡Caray! ¿Cuál no está en el tinte?

JOSEFINA. Ninguno más.

RAMÓN. Pues ponte uno cualquiera de los otros.

JOSEFINA. ¿Te gusta el morado?

RAMÓN. ¿El morado? Mira; es el que más me va esta noche. Póntelo.

JOSEFINA. Como tú quieras. Ahora mismo. Vendré con el traje morado, y luego haremos lo que tú quieras, lo que tú quieras y lo que tú quieras. *Desde la puerta de la izquierda le sopla un beso, y se va después.*

RAMÓN. ¡Ay, Moncito!... ¡Moncito!... ¡Moncito!...

Por la puerta frontera llega Clara con los periódicos de la noche.

CLARA. Señor: los periódicos.

RAMÓN. Déjelos ahí. Y vaya usted al tocador de la señora, que se va a mudar de vestido.

CLARA. ¿No van los señores al teatro?

RAMÓN. No.

CLARA. ¿Que no?

RAMÓN. ¡Que no!

CLARA. ¿Se ha puesto mala la señora?

RAMÓN. No.

CLARA. ¿Y el señor?

RAMÓN. No.

CLARA. ¿Que no?

RAMÓN. ¡Que no! Ande usted a lo que le he dicho. *A una mirada de ella a sus pies.* ¿Tampoco le gustan a usted las zapatillas?

CLARA. Yo no he abierto mis labios, señor; pero ya que el señor me lo pregunta, sepa el señor que todo lo contrario; que me tienen enamorada. ¡Como que le pienso comprar unas iguales a mi Saturnino!

RAMÓN. ¡Ah! ¿sí? ¡Pues yo le regalaré a usted éstas... y todos contentos!

CLARA. Muchísimas gracias.

RAMÓN. No hay de qué. Vaya usted, vaya usted ya con la señora.

CLARA. ¿Despido el coche, entonces?

RAMÓN. Sí.

CLARA. ¡Pobre señora! ¡Qué contrariedad!

RAMÓN. ¡No es cuenta de usted!

CLARA. Hablaba para mí, señor.

RAMÓN. Pues otra vez hable usted más bajo.

CLARA. Perdone el señor. *Vase por la puerta de la izquierda.*

RAMÓN. ¡Qué mujer más simple! Compadezco al heredero de mis zapatillas. ¡Y Finita hechizada con sus simplezas! *Coge los periódicos y ojea los fondos.* «¡Pobre España!» «¡Prevaricación e hipocresía!» No soples, Moncito. «El cráter del volcán.» ¡Vaya! Que no los vea siquiera, porque volveremos a empezar, y ya parece que ha pasado la nube. *Los oculta.*

Vuelve Josefina. Trae puesto el traje que se llevó, un abrigo adecuado y un adorno en el pelo.

JOSEFINA. Chico, no me decido a desnudarme; me voy a enfriar.

RAMÓN. *Desesperado, considerando perdida la batalla.* ¡Oh!

JOSEFINA. La dichosa calefacción de mi departamento no existe. O está descompuesta.

RAMÓN. ¡Y te has puesto eso en la cabeza para abrigarte!

JOSEFINA. ¡Ah! ¿me he puesto...? ¡Pero qué distraída soy!... Chico, allí dentro no se puede parar... Mi tocador es una nevera.

RAMÓN. Sí; pero supongo que hará menos frío que en la Plaza de Oriente, adonde querías que te llevase...

JOSEFINA. Que me llevases a dar un paseo; no a mudarme de ropa. Cuando te pones así no sabes lo que dices.

RAMÓN. ¡No!

JOSEFINA. ¿Te has incomodado?

RAMÓN. ¡Quiá!

JOSEFINA. Pues tienes la orejas rojas como pimientos.

RAMÓN. ¡Las mandaré al tinte también!

JOSEFINA. ¡Ay, qué chusco! Ahora me has hecho gracia, Moncito.

RAMÓN. ¡Como que yo los miércoles tengo mucha gracia!

JOSEFINA. ¡Los miércoles, dice! ¡Pues sí que tienes gracia!

RAMÓN. ¡A raudales!

Pausa. Se sientan los dos rumiando cada cual su monólogo. Se miran luego. Atraviesa la escena Clara, contemplándolos. Muy sonriente, se atreve al cabo a preguntar:

CLARA. ¿Despido o no despido el coche?

JOSEFINA. ¡Claro que sí! ¿No le ha mandado a usted el señor despedirlo? ¡Aquí no se hace más que lo que el señor manda!

CLARA. Está bien. *Vase por la puerta de la derecha.*

JOSEFINA. ¿Hay mujer más entrometida? Si no

me la hubiese recomendado tu hermana Gloria, ya la habría plantado en la calle.

RAMÓN. ¡Ah! pues si no es más que por eso, plántala. Yo hablaré con Gloria.

JOSEFINA. Sí; con el genio que tiene... ¡En seguida me busco yo un disgusto de familia por una cosa así!

RAMÓN. Tú eres muy sensata.

Pausa. Cada uno tararea una musiquilla.

JOSEFINA. Taratarí, taratarí...

RAMÓN. Taratará, taratará...

JOSEFINA. ¿Te aburres?

RAMÓN. No.

JOSEFINA. Yo, sí.

RAMÓN. Lo siento. Ya no te distraes a mi lado.

JOSEFINA. No creo que estés haciendo juegos malabares para distraerme.

RAMÓN. No.

JOSEFINA. Nos acostaremos tempranito, como en los pueblos.

RAMÓN. Sí.

JOSEFINA. ¿Sí?

RAMÓN. Sí. ¿Qué hora será?

JOSEFINA. La que tú quieras.

RAMÓN. Muy amable.

Nueva pausa.

JOSEFINA. La verdad es que por aburrida que sea la obra de la Princesa... ¿Tú tienes la seguridad de que va ese amigo tuyo esta noche?

RAMÓN. ¡Absoluta!

JOSEFINA. ¿Quién te lo ha dicho?

RAMÓN. ¡El bolsillo, en primer lugar! Sobre que es abonado, nena.

JOSEFINA. ¿No lo eres tú y no vas, nene? Yo creo que ese hombre, en todo caso, al llegar al teatro a primera hora y no verte allí, se ha marchado a ver si da contigo en otra parte. O es una urgencia, o no. Como que estoy tentada de pensar que a estas horas en ningún sitio puedes estar tú más seguro de que no te encuentre que en la Princesa. *Ramón se levanta de un salto.* ¿Adónde vas? Ya te he dicho que discos, no.

RAMÓN. ¡Pues aplícate el cuento, mi vida! *Pasea muy nervioso.*

JOSEFINA. ¡Qué bien te sacó el sastre el último frac! Te favorece mucho al cuerpo... ¿Qué haces con los brazos?

RAMÓN. ¡Gimnasia sueca!

JOSEFINA. ¡Ja, ja, ja! *Como reflexionando.* Verdaderamente que es una lástima. Porque la comedia que nos dan esta noche dicen que es preciosa. ¡Y que está puesta con un lujo!... ¡Unos trajes, unas decoraciones!... ¿Has leído en el periódico que hoy van los reyes? Y la piececilla del final creo que es para morirse de risa...

RAMÓN. En casa, ¿hay sinapismos?

JOSEFINA. ¿Lo preguntas por mí?

RAMÓN. ¡Lo pregunto porque los voy a necesitar!

JOSEFINA. ¡Ay, qué gracia! Sí que tienes gracia los miércoles, Moncito.

RAMÓN. ¡Hoy debe de ser martes, 13!

JOSEFINA. Por cierto que estoy en Belén. Tengo que telefonearle a Encarnita que no me espere; que no vamos a la Princesa.

RAMÓN. Ya ella lo habrá advertido.

JOSEFINA. ¡Es verdad! ¿Cómo es posible que esté a estas horas en su casa? Pues esto sí que es grave: ¡el susto que se va a llevar, habiéndole yo dicho que iré sin falta, cuando se encuentre nuestro palco vacío! ¡Jesús, Jesús! ¡No quiero ni pensarlo! ¡Con la imaginación que tiene esa criatura! Lo menos que piensa es que hemos chocado en el automóvil y que nos hemos hecho astillas. ¡Jesús, Jesús! ¡Tan delicada de los nervios como está la pobre!... ¡Jesús, Jesús! ¡Qué responsabilidad para nosotros!

RAMÓN. *Estallando.* ¡Basta, Finita; basta ya!

JOSEFINA. ¿Qué?

RAMÓN. ¡Basta ya! *Se acerca a la puerta de la derecha y llama con voz estentórea.* ¡Diego!

JOSEFINA. ¿Eh?

RAMÓN. ¡Diego!

JOSEFINA. No des voces, hombre.

RAMÓN. *Más fuerte aún.* ¡Diego! ¡Sácame el frac, y la camisa, y los calcetines, y los zapatos!

JOSEFINA. Pero, ¿te vas a vestir, Moncito?

RAMÓN. ¡Naturalmente!

JOSEFINA. ¿Para qué?

RAMÓN. ¡Para ir a la Princesa contigo, paloma!

JOSEFINA. ¿Vamos a ir, por fin, a la Princesa? ¿Ya no le temes a tu amigo?

RAMÓN. ¡Te temo mucho más a ti! ¿No comprendes, Finita, que si nos quedamos en casa voy a tener el recuerdito de esta escena adorable hasta el día de mi muerte, que será algunos años antes que la tuya?

JOSEFINA. Poco a poco, Moncito; poco a poco. Alharacas y supercherías, no. Yo soy muy pacífica y muy clara. Si me llevas a la Princesa es por tu gusto; porque quieres tú.

RAMÓN. Pero, ¿cómo ha de discutirse eso? ¿Hay más que haber oído nuestra conversación? Vamos a la Princesa porque yo quiero, nada más: ¡nada más que porque yo quiero!

JOSEFINA. Cabalito.

RAMÓN. Tengo ahora mismo una viva satisfacción en ponerme ese frac que me hace tan buen cuerpo; y como ya se habrá ido nuestro coche, es para mí un placer indefinible tomar un *pesetero,* donde podemos coger, desde una pulga, hasta las viruelas. Además, llegar tarde al teatro y enterarme a medias, me colma las medidas del gusto; y si en el teatro me pesca el amigo de marras, que me pescará, y tengo que darle las cinco mil pesetas, mi placer tocará en lo voluptuoso. ¿Puede dudar nadie de que vamos a la Princesa porque quiero yo? Voy a vestirme sin perder un minuto. ¿Qué botonadura me pongo?

JOSEFINA. ¡La que tú quieras!

RAMÓN. ¡Encantado! *Vase por la puerta de la derecha, por no ahogar a Finita.*

JOSEFINA. ¡Ay!... Durillo de pelar estaba... Pero lo pelé. *Por la misma puerta de la derecha vuelve Clara, con cara de satisfacción. Se queda mirando a Josefina.* ¿Qué? ¿Por fin no despidió usted el coche? *Clara niega con la cabeza, sin dejar de sonreírse.* Ha hecho usted muy bien.

CLARA. ¿No ve la señora que una ya conoce la casa? Desde el primer momento comprendí yo que el señor había de empeñarse en llevar a la señora al teatro.

JOSEFINA. ¡Y lo ha conseguido! Tráigame usted mi bolso.

CLARA. Al instante. *Vase por la puerta de la izquierda, saboreando su triunfo.*

JOSEFINA. ¡Ay!...

Los hombres, ya corderos o ya fieras,
harán siempre, mujer, lo que tú quieras.

FIN

Madrid, marzo, 1917.

one of their most serious.
His women inspire sympathy.

Malvaloca—courage to face life.

M A L V A L O C A

DRAMA EN TRES ACTOS

LAUREADO POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
CON EL PREMIO DE ESPINOSA Y CORTINA

Estrenado en el TEATRO DE LA PRINCESA el 6 de abril de 1912.

Meresía esta serrana
que la fundieran de nuevo
como funden las campanas.

(COPLA POPULAR.)

A DON MARCELINO
MENÉNDEZ Y PELAYO

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MALVALOCA.....	María Guerrero.
JUANELA.....	Conchita Ruiz.
MARIQUITA.....	Josefina Blanco.
HERMANA PIEDAD....	Carmen Jiménez.
TERESONA.....	María Cancio.
ALFONSA.....	María Valentín.
DOÑA ENRIQUETA....	Elena Salvador.
DIONISIA.....	Aurora Le-Bret.
HERMANA CONSUELO.	Luisa García.
HERMANA DOLORES..	Consuelo León.
HERMANA CARMEN...	Enriqueta Liquiñano.
LEONARDO.....	Fernando Díaz de Mendoza.
SALVADOR.....	Emilio Thuillier.
MARTÍN EL CIEGO....	Emilio Mesejo.
BARRABÁS.....	Felipe Carsí.
EL TÍO JEROMO.....	Manuel Díaz.
LOBITO.....	Fernando Montenegro.
UN OPERARIO.....	Salvador Covisa.

una de las mejores comedias

M A L V A L O C A

ACTO PRIMERO

En Las Canteras, pueblo andaluz, hay un convento de fecha remota, conocido por el Convento del Carmen. Al pasar a mejor vida, de puro vieja ya, la última de las madres allí consagradas al amor divino, vinieron a heredar la vetusta Casa las Hermanitas del Amor de Dios, congregación semejante a la de las Hermanas de los Pobres.—Hay en el convento, al comenzar la acción de esta obra, hasta seis ancianos recogidos, de quienes cuidan las hermanas con solicitud y bondad extremas.—Este primer acto pasa en uno de los corredores o galerías del claustro, por cuyos altos arcos se ve, al fondo, toda la extensión de lo que fué jardín, hoy convertido casi completamente en huerta, ya que, más que flores, da frutos. Cierra el corredor, por la derecha del actor, un muro, donde hay una gran puerta, denominada de la Cruz, porque sobre ella, en el muro, está incrustada una de palo. En el propio muro, a la altura de la mano, y encima de una repisa tosca, se ve una imagen de San Antonio pequeñita, ante la cual hay un bote lleno de garbanzos. Uno de los arcos centrales da paso al jardín. En el corredor hay dos o tres sillas y algún banco.—Es por la mañana en un día de sol del mes de abril.

Barrabás, viejecillo asilado, de buen humor y malas pulgas, que hace en el convento de jardinero y de hortelano, trajina en sus dominios. Al fondo, allá lejos, a la sombra de un arbolillo, la hermana Carmen, abstraída y silenciosa, cose sin dar paz a la mano. Alguna vez, las escenas que pasan a su alrededor la distraen un momento de su tarea; pero en seguida vuelve a fijar la vista y la atención en lo que está haciendo.

Por la izquierda del jardín salen la hermana Dolores y la hermana Consuelo, con sendos bolsos de pedir limosna. Pasan al corredor por el arco central y desaparecen por la puerta de la Cruz.

Barrabás dice en su picaresco monólogo.

BARRABÁS. Dos en dos,
por la sombra y no por er só:
Hermanitas del amor de Dios.

¡Je! ¡Versos míos!

Pedimos pa los pobres;
denos usté lo que sobre,
y si pué sé plata mejó que cobre.

¡Je!

Por la puerta de la Cruz sale Martín el Ciego, que, para ayudarse a caminar, lleva un palo en la mano. Es más viejo y está más destruído que Barrabás. Marcha, callado, a lo largo del corredor. Barrabás, que lo ve, lo detiene, hablándole.

¡Se dise güenos días!

MARTÍN. Güenos días. No sabía que estaba usté ahí, señó Barrabás.

BARRABÁS. De más lo sabía usté, señó Martín.

MARTÍN. Como usté quiera.

BARRABÁS. Porque usté no ve, pero güele.

MARTÍN. Como usté quiera. Güenos días.

BARRABÁS. ¿Se va usté a tomá er só?

MARTÍN. Con permiso de la hermana Piedá.

BARRABÁS. No hay como andá siempre bailando el agua pa conseguí favores. Pero ese no es mi genio.

MARTÍN. Ni er mío tampoco. Ni quieo discusiones con usté. Y hase usté malamente en criticá las cosas de esta Casa, donde está usté recogío por caridá, lo mismo que yo.

BARRABÁS. Hay arguna diferensia, compadre. Yo no soy ningún trasto inúti como usté; yo soy aquí un hombre que trabaja en la güerta y en er jardín. Y gano er pan que como. ¡Y er que se come usté también!

MARTÍN. A usté no le debo yo na. Yo también trabajo.

BARRABÁS. ¡Usté me dirá lo que hase! ¡Va pa pa dos años que no sube a la torre!...

MARTÍN. Hago lo que las hermanas me mandan.

BARRABÁS. Sólo que como no le mandan a usté na, se da usté la vía de un canónigo.

MARTÍN. Le digo a usté que no quieo discusiones. Quéese usté con Dios.

BARRABÁS. ¿Qué le ha paresío a usté hase poco

er repique que ha dao la *Golondrina*? ¡Vaya una campana, compadre!

MARTÍN. To se le güerve a usté veneno en er cuerpo, señó Barrabás.

BARRABÁS. Por eso me conviene sortarlo.

MARTÍN. *Yendo un poco hacia él, con sincera y honda emoción.* La *Golondrina* de esta santa Casa es una campana que ar presente está rota y no suena como sonaba, porque Dios lo ha querío; pero cuando la vorteaban estas manos, la *Golondrina* sonaba como no han sonao campanas en er mundo desde que hay cruses en los campanarios. Y usté lo sabe tan bien como yo, sino que se gosa en oírme.

BARRABÁS. ¿Ni la *Sonora* de la Iglesia Mayó ha tenío tampoco mejores voses?

MARTÍN. ¡Ya está con la *Sonora!* ¡La manía de tos los de aquer barrio! ¡Compará a la *Sonora* con la *Golondrina* der Carmen! Es mesté sé sordo pa eso.

BARRABÁS. ¿Ahora también, señó Martín?

MARTÍN. De ahora no se trata. Si está rota desde hase ya tres años cumplíos, ¿cómo quié usté que suene? ¡Que se alegren, que se alegren los de la *Sonora,* que bastante tiempo han vivío con la pesaíya de la *Golondrina!*

BARRABÁS. Pa mí que lo que ha pasao ha sío que er Padre Eterno, paseándose por las nubes una tarde...

MARTÍN. Deje usté en paz las cosas santas, señó,

BARRABÁS. Lo oyó a usté tocá la campana. ¡Tin... tan!... ¡Tin... tan!... Y se conose que, pa sus barbas, fué y se dijo: «Hombre, hombre, esa campana suena demasiado bien pa está en Las Canteras, que ar fin y ar cabo no es más que un pueblo.» Y a un angelito que andaba de viaje por Andalusía, le mandó que la cascara de un martiyaso. ¡Je! ¿No le paese a usté? ¡Envidia que tuvo Dios en er sielo!

MARTÍN. ¡La envidia er que la tiene es usté en la tierra, peaso e poyino, sayón, herejel A la Superiora vi a desirle que le prohiban a usté hablá conmigo. Na más que eso.

En esto aparece por la puerta de la Cruz la hermana Piedad y corta la disputa. Esta hermana es joven y bella, humilde y suave. Su habla es ingenua y reposada. No es andaluza.

HERMANA PIEDAD. ¿Ya estamos como de costumbre? Temprano empieza el día.

MARTÍN. Este hombre, que no hase más que buscarme las purgas.

BARRABÁS. ¿Yo? ¡No tendría mar trabajo!

HERMANA PIEDAD. Pero, usted también, Martín, ¿por qué no sigue su camino?

MARTÍN. ¡Porque no me deja!

HERMANA PIEDAD. ¿Le pone a usted redes como a los pájaros?

MARTÍN. Me dise unas cosas que no hay manera de seguí adelante sin responderle.

HERMANA PIEDAD. A palabras necias...

BARRABÁS. ¿Eso de nesias va conmigo?

HERMANA PIEDAD. Precisamente.

BARRABÁS. Pos lo que toca hoy, no he hecho más que darle los güenos días. Más vale caé en grasia que sé grasioso.

HERMANA PIEDAD. Aquí no hay preferencias para nadie, Barrabás. Ni nos curamos de las gracias. Los bufones ya no los paga el rey. De memoria me sé sus mañas, y de memoria también cuál era la disputa. ¡Todos los días la misma!

MARTÍN. ¡La misma tos los días, hermana Piedá! Dígaselo usté a la Superiora.

HERMANA PIEDAD. Pues quién sabe si Dios va a castigarlo a usted —a usted, Barrabás, a usted le hablo—y le va a mandar una rabieta. Como el milagro que yo espero llegue a obrarse...

BARRABÁS. ¡Los milagros no son de estos tiempos!

HERMANA PIEDAD. ¡Silencio, Barrabás! ¿Cómo se entiende? Ande, ande a su trabajo. Y usted, Martín, a su camino.

MARTÍN. Dios la guarde.

Barrabás se interna hacia la derecha del jardín sin replicar palabra. Martín desaparece por el corredor.

Viene Leonardo por la izquierda del jardín. Es hombre como de treinta años y de apariencia modesta y sencilla. Su fisonomía es adusta, y curiosa y penetrante su mirada. Trae el sombrero en la mano, dejando al descubierto la cabeza, poblada de

fuerte y abundante cabello. Tiene toda su persona un aire de energía varonil que la hace simpática. La hermana Piedad lo ve venir y lo espera sonriéndole con dulzura.

HERMANA PIEDAD. Santos y buenos días, caballero.

LEONARDO. Buenos días, hermana.

HERMANA PIEDAD. ¿A ver a su amigo, verdad?

LEONARDO. A acompañarlo un rato. Ahora no tengo cosa mayor que hacer allá.

HERMANA PIEDAD. Aquí estaba hace media hora. Andará por ahí de conversación con los ancianos. Tiene tan buen ángel... Y le gusta mucho charlar con ellos.

LEONARDO. Con ellos y con todo el mundo. Le da palique al primero que pasa. No sabe callar. Eso sí: su conversación tiene miel. Y de usted y de toda esta Casa empieza a hablar y no concluye.

HERMANA PIEDAD. *Bromeando* ¡Ah! ¿sí? Pues le advierto a usted que somos muy interesadas. Es posible que pidamos algo por cuenta de esa gratitud.

LEONARDO. Lo que yo pueda dar... Y de él no se diga.

HERMANA PIEDAD. Hablaremos los tres. Voy por allá dentro a buscarlo. Tal vez esté con don Jacinto.

LEONARDO. ¿El cura?

HERMANA PIEDAD. No, señor: un asilado que

también se llama don Jacinto. ¿No se ha fijado usted en un viejecito muy pulcro, casi siempre solo...?

LEONARDO. Ya sé, ya sé quién dice.

HERMANA PIEDAD. Pertenece a una gran familia sevillana que ha venido a morir aquí. Finales de vidas que nadie puede adivinar... A todos, es claro, los tratamos con bondad y cariño. Para con él hay que añadir la cortesía. Todo le humilla y lo desconsuela. En su amigo de usted ha encontrado un buen camarada.

LEONARDO. Es doloroso el caso. ¿Se da con frecuencia?

HERMANA PIEDAD. En asilos más numerosos que éste, sí, señor. Aquí casi todos son de familias pobres. Algunas tanto, que hay asilado que guarda algo de lo que se habría de comer para regalárselo luego a los parientes que vienen a visitarlo.

LEONARDO. Es interesante.

HERMANA PIEDAD. Avisaré a su amigo.

LEONARDO. Deje usted, hermana; iré yo.

HERMANA PIEDAD. ¡No faltaría otra cosa! Siéntese usted, que en seguida viene. *Se va por el jardín, hacia la derecha.*

Leonardo pasea un momento en silencio, y de pronto se fija en la repisa de San Antonio. Barrabás, que ha vuelto a aparecer, acecha el instante de pegar la hebra con el recién llegado.

LEONARDO. ¡Qué niñería! ¡Hoy tiene garban-

zos el santo! Y anteayer, aceite o vinagre. Yo no entiendo esto.

BARRABÁS. ¿Está usté reparando en er bote de San Antonio?

LEONARDO. ¿Eh? Sí, señor.

BARRABÁS. ¿Na sabe usté lo que sirnifica?

LEONARDO. No, señor. Y desde que frecuento esta Casa me llama la atención un poco; pero no gusto de preguntar.

BARRABÁS. Pos yo se lo vi a esplicá a usté sin que me lo pregunte. ¡Je!

LEONARDO. Bueno.

BARRABÁS. Como esta Casa se sostiene de la caridá, en cuanto la hermana despensera ve que hase farta arguna cosa, pone un puñaíto de lo que hase farta en er bote de San Antonio. Yega una persona caritativa, derrama la vista pa er santo, repara en los garbansos o en lo que sea, y ya sabe de lo que tiene que mandá. Y manda una boteya o un saquito. Y las hermanas disen luego que San Antonio es er que lo manda.

LEONARDO. Ya.

BARRABÁS. Y San Antonio está tan ajeno a los garbansos o al aseite como usté y como yo.

LEONARDO. ¡Es claro!

BARRABÁS. Así son los milagros der día. Si yo le contara a usté más e cuatro cosas...

LEONARDO. No, no quiero saber más.

BARRABÁS. Es que en este asilo...

LEONARDO. Bien está, bien está, señor.

BARRABÁS. Usté disimule. *Leonardo se sienta a fumar. Barrabás vuelve a acercársele sonriente.* ¿Y un sigarrito, me da usté, cabayero?

LEONARDO. *Con muy buen agrado.* Sí, hombre; eso sí. Tome usted un par de ellos, si quiere.

BARRABÁS. Sí quiero. Y mu agradesío. Er tabaquiyo es lo único que le quea a uno de otros tiempos. Y es lo único también que nunca manda San Antonio. Se conose que er santo no fuma. Tenemos que contentarnos con los pitiyos anémicos que nos hasen la madres. *Leonardo sonríe.* La primera vez en mi vía que lo veo a usté risueño. ¿Está usté malo del estómago, por casualidá?

LEONARDO. No, señor.

BARRABÁS. Son dos carárteres mu distintos usté y don Sarvadó.

LEONARDO. Bien está, bien está.

BARRABÁS. Usté disimule. *Vuélvese al jardín reliando el cigarrillo que va a fumarse. A poco exclama, echando la mirada hacia la izquierda.* ¿Quién es aqueya paloma que viene aquí? ¡Cosa más rara en esta Casa!...

Llega Malvaloca. Se detiene un punto en medio del jardín, mirando a todos lados, como quien duda adonde dirigirse, y al ver a Leonardo en el corredor vuela hacia él. Malvaloca es bella: su cara, risueña y comunicativa; su cuerpo, gentil y ligero;

su traza, popular. Sus cabellos negros, rizados y cortos, parece que los sacude el aire, según se agitan a impulsos de la nerviosa actividad de la cabeza, llena de fantasías y disparates, que se mueve como la de un pájaro. Viste falda lisa de un solo color, blusa blanca, zapato de charol con hebilla, y mantoncillo de seda negro puesto a modo de chal. Trae ricos pendientes, sortijas y pulseras, que contrastan con la sencillez del vestido. Leonardo, al verla aparecer, se levanta un poco sorprendido. Barrabás se acerca a la hermana Carmen como para comentar la visita. Luego se aleja.

MALVALOCA. Buenos días.

LEONARDO. Buenos días.

MALVALOCA. ¿Este es el Asilo de las Hermanitas del Amor de Dios?

LEONARDO. Este mismo.

MALVALOCA. Grasias. Yo vi er postiguiyo abierto, y me entré; pero en mitá'er jardín temí haberme metío en otra parte.

LEONARDO. Pues éste es el asilo.

MALVALOCA. Sí; ya veo ayí una monja. Y... ¿usté podrá desirme...?

LEONARDO. ¿Qué?

MALVALOCA. ¿Es aquí donde están curando a un herido...?

LEONARDO. Aquí es.

MALVALOCA. ¿Usté sabe ya por quién pregunto?

LEONARDO. Por Salvador García, ¿no?

MALVALOCA. Cabalito: por Sarvadó Garsía. ¿Cómo está?

LEONARDO. Ya está casi bueno.

MALVALOCA. ¿Sí? Pero ¿ha estao grave?

LEONARDO. Grave no diré yo. Ha sufrido bastante. Las quemaduras fueron horribles, y las curas muy dolorosas.

MALVALOCA. En Seviya corrió que se había achicharrao en una fragua.

LEONARDO. ¡Ave María Purísima!

MALVALOCA. Cosas de la gente, ¿verdá? Me lo dijo... ¿Quién me lo dijo a mí? ¡Ah! Matirde la Chata, que nunca lo ha mirao con buenos ojos.

LEONARDO. ¿Usted viene ahora de Sevilla?

MALVALOCA. Ahora mismo. No he hecho más que arreglarme un poco y buscá er convento. Y he venío por enterarme de la verdá; por salí de dudas; por verlo a é.

LEONARDO. Es usted buena amiga suya, según parece.

MALVALOCA. ¡Uh! *Este ¡uh! de Malvaloca es como un trino. Lo emplea siempre con inflexión ponderativa y gracioso ademán cuando no acierta a encerrar en palabras todo lo que quiere decir. Detrás de cada ¡uh! su imaginación pone un mundo.*

LEONARDO. Mucho, ¿eh?

MALVALOCA. Ya me quedé en amiga; pero he sío una mijiya más. Er tiempo to lo acaba.

LEONARDO. Menos las amistades, por lo visto.

MALVALOCA. Donde candelita hubo... ¿Usté también es amigo de Sarvadó?

LEONARDO. Amigo y algo más.

MALVALOCA. ¿Cómo es eso?

LEONARDO. Porque somos compañeros en el negocio de la fundición.

MALVALOCA. ¿De qué fundisión?

LEONARDO. De la fundición de metales en que ha pasado la desgracia. ¿Es que no tiene usted noticias de la fundición?

MALVALOCA. ¡Si yo hase más e dos años que no lo veo! Pero ahora estoy pensando... ¿Quién me dijo a mí que Sarvadoriyo se había metío a hasé carderas?

LEONARDO. *Sonriendo.* Probablemente esos informes saldrían de la misma fuente que los otros.

MALVALOCA. No, la Chata no fué. ¿Qué más da quien fuera? ¿De manera que usté y Sarvadó...?

LEONARDO. Sí; somos socios.

MALVALOCA. ¿Desde cuándo?

LEONARDO. Desde hace poco tiempo. Nuestra amistad, que es muy reciente, es ya muy estrecha.

MALVALOCA. Es que Sarvadó es mu simpático.

LEONARDO. Muy simpático es.

MALVALOCA. Se yeva a la gente de caye, ¿verdá?

LEONARDO. A mí se me ha llevado, a lo menos.

MALVALOCA. Y a to er que lo trata. En este mundo lo que manda es la simpatía.

LEONARDO. ¿Usted cree?

MALVALOCA. Estoy segura. Er cariño mayó no es otra cosa que una simpatía. Una simpatía tan grande, tan grande, que no sabe usté viví sin aqueya persona.

LEONARDO. Quizás.

MALVALOCA. Déle usté er nombre que usté quiera: amó, amistá, cariño... lo que a usté se le antoje. Escarba usté... y simpatía. ¿Usté no ve que a los piyos se les quiere más que a los tontos? Y eso ¿por qué es? Porque los piyos son siempre más simpáticos. No le dé usté vuertas.

LEONARDO. Puede que tenga usted razón.

MALVALOCA. Y ¿cómo fué el reunirse usté con ese tunante?

LEONARDO. Usted misma acaba de decirlo: por simpatía. Viajábamos juntos, encontramos estos talleres de fundición abandonados en este pueblo, y nos aventuramos a probar fortuna. Los dos tenemos aficiones análogas... La fundición se llamaba antes de los Sucesores de no sé quién; pero Salvador la ha bautizado con el pomposo título de *La Niña de Bronce*.

MALVALOCA. ¡Ah! ¡*La Niña de Bronse!*... Ya sé yo por la que va eso.

LEONARDO. ¿Por usted?

MALVALOCA. No, señó; por otra. ¡Granuja! Pero ¿dónde está? que yo sí que voy a bronsearlo.

LEONARDO. Ahora vendrá aquí.

MALVALOCA. ¿Aquí va a vení?

LEONARDO. Sí; ha ido una de las hermanas a avisarle que he llegado yo.

MALVALOCA. Tengo ganas de darle un abraso. ¡Pobresiyo! Porque es mu charrán, ¿sabe usté? pero es mu cabayero. Conmigo siempre se ha portao mu bien. Ni una sola vez he yamao a su puerta que ér no haya respondío. Segura estoy yo de que no me muero en un hospitá mientras viva ese hombre. ¿Este es San Antonio? Tiene toa la cara de un músico. ¿Qué vende? ¿garbansos? Diga usté: ¿usté estaba en la fundisión cuando ocurrió er percanse?

LEONARDO. Sí, por cierto.

MALVALOCA. Y ¿cómo fué? ¿cómo fué? ¿Quié usté contármelo?

LEONARDO. ¡Ya lo creo! Íbamos a fundir una figura para una fuente nueva de Los Alcázares, este pueblo inmediato.

MALVALOCA. Lo conozco. ¡No yueve en Los Arcásares! ¡Josú!

LEONARDO. El molde de la figura que se ha de fundir está en el suelo, bajo tierra; y por un agujero que se deja en la superficie, se vierte en él luego el bronce líquido que va en los crisoles.

MALVALOCA. ¿En los qué?

LEONARDO. En los crisoles. Los crisoles son unos grandes vasos que sin saltar ni romperse resisten las temperaturas más elevadas. Dentro

de ellos, en los hornos, se deshace el bronce más duro hasta convertirse en fuego líquido.

MALVALOCA. ¡Pa meté un deo!

LEONARDO. Y entonces, como le decía, pasa de los hornos a la tierra en que está sepultado el molde de lo que se haya de fundir. En este paso ocurrió la desgracia de Salvador.

MALVALOCA. ¿Sí?

LEONARDO. Sí. Se conduce el crisol desde el horno sujeto por lo que nosotros llamamos armas de mano. Para sostenerlo y fundir, si el crisol es grande, se necesitan a veces cuatro o seis hombres. Uno de ellos era Salvador. Pues bien: al ir a volcar el líquido en el molde por el bebedero, le faltó el pie a uno de los otros, y con la sacudida violenta saltó fuego al suelo y le salpicó a Salvador en el pecho, en un brazo y en una pierna.

MALVALOCA. ¡Josú!

LEONARDO. Si vencido por el dolor suelta el arma y se derrama y se esparce todo el fuego, tal vez se hubiera abrasado algún hombre. Salvador hizo un esfuerzo supremo y gritó: «¡A fundir!» Y los demás obedecieron y entró el fuego en la tierra. Cuando ya no quedaba ni una sola gota en el crisol, soltaron sus manos la barra y cayó en mis brazos sin sentido.

MALVALOCA. ¡Pobresito!

LEONARDO. Dos hermanas de este asilo, que llegaron entonces al taller pidiendo una limosna, sobrecogidas e impresionadas por la escena, se

obstinaron en que había de traérsele aquí, por estar a un paso de la fundición; y aquí lo trajimos, y aquí se le ha asistido, y aquí sigue.

MALVALOCA. Pos sí que habrá pasao las negras. Porque no es mu duro de carnes. Un peyizco es, y le hase daño. Pero, ¿en qué piensa ya que no viene?

LEONARDO. No sé... Sí que tarda. Acaso haya llegado el médico.

MALVALOCA. Oiga usté, ¿es buen médico? Miste que en estos pueblos hay a lo mejó ca veterinario...

LEONARDO. Bueno debe de ser. A Salvador lo ha sacado adelante. Es el forense. Iré a ver qué pasa y a decirle que está usted aquí.

MALVALOCA. Si me hase usté er favó...

LEONARDO. Con muchísimo gusto. *Va a marcharse y vuelve.* Y ¿quién le digo que lo espera? Porque no sé cómo...

MALVALOCA. ¡Ah! sí. Dígale usté... Dígale usté que está aquí Marvaloca.

LEONARDO. ¿Malvaloca?

MALVALOCA. ¿Le suena?

LEONARDO. No; me sorprende.

MALVALOCA. Así me yaman desde los trese años. Mi nombre es Rosa, pa servir a usté.

LEONARDO. Muchas gracias.

MALVALOCA. Pero a Sarvadó dígale usté que Marvaloca. ¿A que no sabe usté por qué me yaman Marvaloca?

LEONARDO. ¿Por qué?

MALVALOCA. Yo nasí en Málaga en una casita que tenía en la puerta un arriate, y en el arriate, una marvaloca. La gente conosía mi casa por la casa de la marvaloca. Pos bueno: se secó la marvaloca, pero en lugá de la marvaloca quedé yo, que ya prinsipiaba a espigá. Y como mi casa era pa to er mundo la casa de la marvaloca, y ayí no había quedao marvaloca ninguna, pos la marvaloca fuí yo. Totá: que en vé de sé una fló y de está a la puerta e la caye, fué una mosita que estaba dentro. Ya ve usté qué cosa más sensiya. Pero hay que esplicarla.

LEONARDO. *En un especial estado de ánimo, que en parte confirma las teorías de la simpatía expuestas por la simpática Malvaloca.* Voy a avisarle a Salvador. *Se va por el jardín hacia la derecha.*

MALVALOCA. *Cuando se queda sola.* También es simpático este hombre. *Mirando hacia la puerta.* ¿Y esta viejesita que viene aquí? Se conose que estará recogía... Pero, ¡qué chiquitita es! ¡Si es un embuste! Paese una majita de armiré.

Sale Mariquita, en dirección al lado opuesto del corredor. Malvaloca la contempla encantada. Es una viejecita que cabe dentro del bote de los garbanzos de San Antonio.

MARIQUITA. *Al pasar ante Malvaloca.* Dios guarde a usté, hermana.

MALVALOCA. Vaya usté con Dios, hermanita.

MARIQUITA. Que usté siga güena.

MALVALOCA. ¿Está usté recogía en el asilo?

MARIQUITA. *Deteniéndose.* Sí, señora.

MALVALOCA. ¿Hase mucho?

MARIQUITA. Cuatro años. Desde que me fartó mi hijo, que me lo mataron en er Moro.

MALVALOCA. ¿Le mataron a usté un hijo en la guerra?

MARIQUITA. Er que tenía.

MALVALOCA. ¡Vaya por Dios! *Mariquita hace un gesto de resignación y dolor.* ¿Son ustedes muchos los viejesitos asilaos?

MARIQUITA. Ar presente, seis: dos mujeres y cuatro hombres.

MALVALOCA. Esto era un convento, ¿verdá?

MARIQUITA. Sí, señora: er Convento der Carmen. Y cuando se murió la úrtima de las madres, se vinieron aquí las Hermanitas del Amor de Dios.

MALVALOCA. Ya. Diga usté, hermanita: y ¿se armiten limosnas?

MARIQUITA. Hágase usté er cargo: de la caridá viven eyas... y de la caridá de eyas, nosotros...

MALVALOCA. Tome usté. *Saca de su bolso una moneda de cinco pesetas y se la da.*

MARIQUITA. *Atónita.* ¿Qué es esto?

MALVALOCA. Un duro.

MARIQUITA. No tengo pa darle la güerta.

MALVALOCA. Si es pa usté, hermanita.

MARIQUITA. ¿Pa mí?

MALVALOCA. *En broma.* ¡Pa que se compre usté un sombrero!

MARIQUITA. *Sonriendo entre lágrimas.* ¿Un sombrero... yo?

MALVALOCA. ¡O lo que le haga farta!

MARIQUITA. Un sagalejito.

MALVALOCA. Ayá usté, hermana.

MARIQUITA. ¿Es usté rica?

MALVALOCA. ¡Uh!

MARIQUITA. Por la caye no suelen dá limosnas tan grandes. De aquí tos los días salen dos hermanas a pedí, y ¡si viera usté qué poquito recogen! Y escuche usté una cosa: er sábado pasao le pegaron a la hermana Piedá.

MALVALOCA. ¿Quién?

MARIQUITA. Un borrachote, ¿quién había de sé? Entró en una casa que tenía la cansela abierta, creyendo que era una casa particulá, y era una tabernucha. Pero eya, que es mu tranquila y mu resuerta, no se cortó ni na, y pidió su limosna pa los pobres. Y aquer tío, borracho como estaba, empesó a sortá palabrotas y le dió un gofetón.

MALVALOCA. Y ¿qué hiso la hermana?

MARIQUITA. Pos la hermana entonses fué y le dijo: «Güeno, esto es pa mí. Ahora sigo pidiendo pa mis pobres.»

MALVALOCA. *Admirada.* ¡Ah!

MARIQUITA. Conque fué el amo de la taberna, al oírla, y echó a la caye ar borrachote, y a eya le dió una limosna mu güena. Y ar día siguiente vino el hombre ya fresco aquí a pedirle perdón. Y hubo que oí a la hermana Piedá; porque sabe mucho.

MALVALOCA. ¿Es aqueya que cose?

MARIQUITA. No, señora. La hermana Piedá es mu guapita. Es de Madrí. Se casó mu joven, se le murió er marío der pecho, y entonses entró en esta Casa, porque dijo que ya no tenía que queré a nadie en er mundo. Si sale, yo le diré cuál es.

En el corredor, por la izquierda, aparece en esto Salvador, el compañero de Leonardo. Es hombre de su edad, poco más o menos, y de fisonomía inteligente y despierta. Trae el brazo izquierdo descansando en un pañuelo de seda anudado al cuello. Al ver a Malvaloca allí se sorprende vivamente y se alegra.

SALVADOR. Pero, ¿es verdá lo que ven mis ojos?

MALVALOCA. ¡Chiquiyo!

SALVADOR. ¡Marvaloca! ¿Tú por aquí? ¿Qué es esto?

MALVALOCA. ¡Que vengo a verte!

SALVADOR. Dios te lo pague, mujé, Dios te lo pague.

MALVALOCA. ¿Cómo van esas quemaúras?

SALVADOR. Ya pasaron.

MALVALOCA. Más vale así. Te he traío la buena.

SALVADOR. Tú a mí, siempre. Siéntate un ratito.

MALVALOCA. ¡Pos no que no!

MARIQUITA. ¿Es tu novia?

SALVADOR. Lo fué. Me dejó por otro.

MALVALOCA. Diga usté que es un embustero.

SALVADOR. ¿Le gusta a usté?

MARIQUITA. Es guapa. Y mira. *Le enseña la moneda.*

SALVADOR. ¡Espantárame a mí!

MARIQUITA. *Riéndose.* ¡Dise que pa un sombrero! Que Dios la bendiga.

MALVALOCA. Vaya usté con Dios.

Sigue su camino Mariquita, «reinando» en el zagalejo que se va a comprar.

SALVADOR. *Con satisfacción, a Malvaloca.* ¿Qué hay?

MALVALOCA. Que me alegro de verte, hombre.

SALVADOR. Y yo a ti.

MALVALOCA. ¡Mía que vení a tus años a pará en un asilo e viejos!

SALVADOR. Las vuertas que da er mundo. En cambio, por ti no pasan días; sigues tan guapa.

MALVALOCA. Tus ojos. Y er cuartito de hora después de lavarme. Ya me han contao cómo te portaste er día de la desgrasia... Vamos, que estuviste hecho un valiente,

SALVADOR. ¿Quién te lo ha contao?

MALVALOCA. Tu amigo.

SALVADOR. ¿Qué amigo?

MALVALOCA. Er sosio.

SALVADOR. ¿Está aquí?

MALVALOCA. ¡Toma! Y se ha ido a buscarte ayá dentro. Y antes una monja. ¿Dónde estabas metío?

SALVADOR. En la torre estaba.

MALVALOCA. ¿Te da por las sigüeñas ahora?

SALVADOR. No.

MALVALOCA. ¡Pos arguna conozco yo que paese una sigüeña! ¡Mar tiro le peguen! ¡Cómo se te va estropeando er gusto con la edá!

SALVADOR. *Riéndose*. Mientras no dejes de gustarme tú...

MALVALOCA. Aquí ya no hay candela; a la otra escuela.

SALVADOR. ¿Has hablao mucho con Leonardo?

MALVALOCA. ¿Con quién?

SALVADOR. Con mi compañero; con Leonardo.

MALVALOCA. ¡Ah! ¿se yama Leonardo? Pos Leonardo la mira a una que paese que va a retratarla. Es mu serio, ¿no?

SALVADOR. Muy serio. Y una gran persona, además.

MALVALOCA. Entonses, ¿cómo es amigo tuyo?

SALVADOR. Porque los estremos se tocan.

MALVALOCA. ¿Los estremos?

SALVADOR. Sí. Leonardo tiene lo que yo más

envidio: voluntá. Es rarito, rarito... Pero va adonde quiere. Hay que sabé yevarle er genio, eso sí. A lo mejó se arranca... En fin, este es el hombre: podía en su tierra, con su padre, que también tiene una fundisión, viví tranquilamente y a gusto; pero er padre enviudó, quiso casarse por segunda vez, y Leonardo le dijo, cogiendo a una hermanita que tiene: «Ni mi hermana ni yo queremos otra madre que aquéya.» Y anochesió en la casa y no amanesió. Yevó a la hermana con unos tíos que suspiraban por tené hijos, y ér se echó a volá por er mundo, buscando aventuras.

MALVALOCA. Pos mira: eso prueba que es un hombre de corasón.

SALVADOR. Y lo es. Aunque se las echa de inflexible y de hombre de asero.

MALVALOCA. ¿Vive ya la hermana con é?

SALVADOR. No; sigue viviendo con los tíos. Pero ahora va a vení a pasá unos días con Leonardo.

MALVALOCA. ¿Ér no es andaluz, por supuesto?

SALVADOR. No; es de Asturias.

MALVALOCA. Y ¿pa qué se fué a nasé tan lejos?

SALVADOR. ¡Qué se yo! ¡Chiquiya, lo que te agradezco esta visita!

MALVALOCA. ¿Quiés cayarte? ¿Tú no hubieras hecho lo mismo? Ya sabes cómo soy. Me dijo una amiga: «¿Te has enterao de que Sarvaó está en parriyas, como San Lorenso?» Y lié er

petate. Tú me conoses: tengo er corasón en la cabesa.

SALVADOR. ¡Er corasón en la cabesa!...

MALVALOCA. ¿No es verdá?

SALVADOR. Sí es verdá, sí; porque la cabesa no la tienes en ninguna parte.

MALVALOCA. Así no padezco jaquecas.

SALVADOR. Y en er sitio der corasón, ¿qué tienes ahora?

MALVALOCA. Er solá, con una vaya y un perro pa que no entre nadie.

SALVADOR. Pos a mí me han dicho que un alemán...

MALVALOCA. ¡Vamos, quita! Ni en verano bebo yo servesa.

SALVADOR. ¿Sigues en Seviya?

MALVALOCA. Por lo pronto, sí.

SALVADOR. ¿Y tu madre?

MALVALOCA. En Sestona.

SALVADOR. *Riéndose.* ¿En Sestona?

MALVALOCA. No te rías; en Sestona, o en Fitero, o en Vichy. Ayá eya. Es la misma de siempre. Que tengo dinero: «¡Hija de mi arma, sentrañas, corasón, alegría de su vieja!...» To er surtío. Que me ve con la noche y er día y que er sielo se nubla: me agarra dos mantones, los empeña y toma er tren pa un barneario. ¡Yo no he visto una mujé que beba más agua de toas clases! *Salvador suelta la carcajada.* Así está eya: hinchá.

SALVADOR. ¿Y tu padre?

MALVALOCA. Mi padre es otro estilo; ése no es agua lo que bebe. Es un toné. En fin, no quieo acordarme de mi gente. ¡Josú! Si como me sacaron bonita me sacan fea, te los mando a un crisó de esos de tu fábrica.

SALVADOR. Siempre estás a tiempo.

MALVALOCA. Déjalos; pobresiyos. ¿Y tu viejo? En er pueblo?

SALVADOR. Sí; en er pueblo sigue.

MALVALOCA. ¿Con la fotografía?

SALVADOR. Y con una tiendesita e morduras que ha puesto hase un año. Se defiende el hombre. Pienso yegarme a verlo cuando me den de arta, pa que se convensa de que esto de las quemaúras no ha sío na.

MALVALOCA. Pero ha podío sé, Sarvadó.

SALVADOR. Lanses del ofisio.

MALVALOCA. Es verdá. ¿Cómo te ha dao er venate de meterte a húngaro?

SALVADOR. ¿A húngaro?

MALVALOCA. A fundidó: es iguá.

SALVADOR. Siempre pité un poco por ese lao: acuérdate. Conosí a este amigo, nos caímos en grasia el uno al otro y no hiso farta más. Ér tiene muchas ilusiones; yo no tengo tantas, pero me gusta que ér las tenga. Conque ahí está mi fundisión pa lo que tú quieras mandarme. ¿Se te ofrese argo?

MALVALOCA. Hombre, sí; vas a haserme dos grifos.

SALVADOR. ¿Dos grifos?

MALVALOCA. Sí; uno pa mi padre y otro pa mi madre.

Se ríen los dos.

SALVADOR. En cuantito que vuerva ar tayé será lo primero que haga.

MALVALOCA. ¿Te quedan aquí muchos días?

SALVADOR. Ya no; ya estaré pocos.

MALVALOCA. Pos mira, por si vengo otra vez a verte, no digas quién soy.

SALVADOR. ¿Por qué no, mujé? Una amiga mía.

MALVALOCA. Como quieras.

SALVADOR. ¿Qué quieres que diga, si no?

MALVALOCA. Di mejó que soy una inglesa. Ya tienes ahí ar sosio.

En efecto, llegan Leonardo y la hermana Piedad, por donde se fueron.

LEONARDO. ¡Si está aquí, hermana!

HERMANA PIEDAD. ¿Está aquí?

SALVADOR. Sí; aquí estoy.

MALVALOCA. Buenos días.

HERMANA PIEDAD. Buenos días. Toda la casa hemos andado detrás de usted.

SALVADOR. Me subí a la torre.

LEONARDO. ¡Ya decía yo! ¡En la torre era muy difícil que lo encontráramos!

MALVALOCA. Hermana; con permiso.

HERMANA PIEDAD. Mande usted.

MALVALOCA. ¿Quiere usté desirme en dónde está la iglesia?

HERMANA PIEDAD. Yo iré con usted.

MALVALOCA. No; no se moleste.

HERMANA PIEDAD. No es molestia ninguna.

MALVALOCA. ¿Es usté la hermana Piedá?

HERMANA PIEDAD. Servidora. ¿Vamos?

MALVALOCA. Vamos. Ahora vuervo.

SALVADOR. La que tiene que vorvé también es usté, hermana Piedá.

HERMANA PIEDAD. ¿Yo?

SALVADOR. Sí; pa hablá de aquéyo, antes que se marche Leonardo.

HERMANA PIEDAD. ¡Ah! sí. En seguida vengo. *A Malvaloca.* Por aquí.

Se alejan juntas por el corredor la santita y la pecadora.

LEONARDO. ¿Quién es esta mujer?

SALVADOR. La hermana Piedá, ¿no has oído?

LEONARDO. Déjate de burlas; la otra.

SALVADOR. ¡Ah! ¡La otra es esensia de canela!

LEONARDO. Ya, ya.

SALVADOR. Marvaloca le yaman.

LEONARDO. Ya lo sé.

SALVADOR. Entonses ¿qué es lo que me preguntas?

LEONARDO. Algo más que el nombre. Lo que sepas de ella más que yo.

SALVADOR. Su historia es una novela muy larga. Pués imaginártela tú. No se parese a ninguna

y se parese a muchas. Una cosa bonita y una cabesa loca en una casa en donde hay hambre. Este es er prinsipio de la novela. De argunos capítulos sé argo más.

LEONARDO. ¿Ha sido cosa tuya?

SALVADOR. Sí; pero ya hase tiempo.

LEONARDO. Pues ella te conserva una gratitud...

SALVADOR. ¡Como que me porté muy bien con eya!

LEONARDO. ¿Sí?

SALVADOR. ¡Sí! La yevé a armosá a una venta en Córdoba, le dije que me esperara un segundo, que iba por tabaco, y vorví a los dos años a vé si estaba ayí toavía.

LEONARDO. ¿Eso hiciste?

SALVADOR. Por vé si era de ley.

LEONARDO. ¡Bah! Tú no hiciste eso.

SALVADOR. Sí lo hise, sí. No tenía otra salida. *Calla un instante, mientras pasa la hermana Dolores por el corredor, de derecha a izquierda.* Malvaloca es mujé que se mete mucho en er corasón; nos íbamos tomando cariño; me había yorao ya dos o tres veses... Y eso de que me yore una mujé no es pa mi genio. Hasen las lágrimas una cadenita que sujeta más que toas las que podamos forjá nosotros en la fundisión.

LEONARDO. No entiendo que la dejaras si la querías. Y todavía entiendo menos que esa mujer te mire a la cara.

SALVADOR. Te diré; corrió er tiempo, a los dos nos pasaron cosas... y cuando se le murió la chiquiya, a su lao estuve yo primero que nadie.

LEONARDO. ¡Ah! ¿se le murió una chiquilla?

SALVADOR. Bonita como un sueño. Cuatro años tenía. Esa ha sío la mayó desgrasia de Marvaloca. La chiquiya era como un refugio pa toas sus penas.

LEONARDO. ¡Qué lástima!

SALVADOR. Porque tiene muchas. Y es buena como pocas mujeres he visto.

LEONARDO. Así me ha parecido a mí. Tiene mirar de buena. Detrás de aquellos ojos, la primera luz que se advierte es de bondad.

SALVADOR. ¿Sabes que...?

LEONARDO. ¿Qué?

SALVADOR. No; na... Malos pensamientos que tiene uno.

LEONARDO. Pues ¿de qué te ríes?

SALVADOR. De ti probablemente.

LEONARDO. ¿De mí? ¿Por qué?

SALVADOR. ¿Conque la primera luz que se arvierte es de bondá? ¡Te veo y no te veo, fundidó!

LEONARDO. No seas majadero. *Cambiando de conversación bruscamente.* ¿Qué nos quiere la hermana Piedad?

SALVADOR. Ahora nos lo dirá eya misma. ¡Cayó trabajo en *La Niña de Bronse*, amigo!

LEONARDO. Me alegro, compañero, me alegro.

Llega en esto oportunamente la hermana Piedad.

HERMANA PIEDAD. Aquí me tienen.

SALVADOR. Ea, pos vamos a hablá de la *Golondrina.*

LEONARDO. ¿De la *Golondrina*?

HERMANA PIEDAD. La *Golondrina*, como la llama el pueblo, aunque su nombre es *Santa Teresa*, es la campana de este convento, que está rota.

LEONARDO. Cierto; rota está. No puede ser de otra manera. Desde la fundición la oigo todas las mañanas y todas las tardes, y me crispa los nervios. ¡Suena a diablos!

HERMANA PIEDAD. ¿A diablos?

LEONARDO. Perdone usted, hermana. Quiero decir que no puede sonar peor.

HERMANA PIEDAD. Y ¿cómo quiere usted que suene, si está rota hace cuatro años?

LEONARDO. ¡Pues hay que componerla! ¡Todo tuviera tan fácil arreglo en el mundo!

SALVADOR. ¿Ve usté, hermana, cómo Leonardo era nuestro hombre?

LEONARDO. ¡Ah! sí. ¡Una campana rota en una Casa como ésta, a dos pasos de una fundición, es una vergüenza para los fundidores!

SALVADOR. Sin contá con que de arguna manera hay que pagarles a las hermanitas er trato que me han dao.

HERMANA PIEDAD. No diga bobadas, hermano, que no hemos hecho sino cumplir con Dios.

Y si ustedes, por gracia suya, consiguen que la *Santa Teresa* de esta torre, la *Golondrina,* cante como cantaba, elevando su voz a los cielos, entonces, desde la Superiora a la hermanita más humilde, que es una servidora de ustedes, no tendremos palabras ni acciones con que pagarles.

LEONARDO. Pues cuente usted con que ello será. ¿Tú has visto la campana?

SALVADOR. Sí. Está partida de arriba abajo.

LEONARDO. No es extraño, si sonaba tan bien.

HERMANA PIEDAD. ¿Y eso?

LEONARDO. Las campanas, cuanto más sonoras y bien timbradas, más frágiles. La que más nos encanta oír es la que con mayor facilidad puede romperse.

SALVADOR. A las mujeres se paresen en eso.

HERMANA PIEDAD. Calle usted, hombre, calle usted; que en todo asunto ha de acordarse de las faldas.

SALVADOR. Es que las campanas las tienen. Por eso me he acordao.

HERMANA PIEDAD. Bueno, déjese usted de cuchufletas.

LEONARDO. En resolución, hermana Piedad, porque este tiene el vicio de hablar en broma cuando se habla en serio: fundiremos en *La Niña de Bronce* la *Golondrina*, y quedará tal cual estaba.

HERMANA PIEDAD. Dios se lo pague a ustedes. Y eso precisamente quería yo saber: si quedará

tal cual estaba; si después de arreglada será la misma.

LEONARDO. La misma; de la misma hechura que hoy tiene; fundida con el mismo bronce.

HERMANA PIEDAD. Bien, bien; si ha de ser así, bien. Es campana esa llena de tradiciones y de recuerdos muy queridos.

LEONARDO. Pues usted ha de ver cómo seguirá siendo la misma. La *Golondrina* levantará el vuelo, dejará la torre, entrará por la puerta de nuestros talleres, vivirá unos días con nosotros, el fuego la consumirá para darle después nueva vida, y volverá a su nido cantando mejor que cantaba.

SALVADOR. O comparando de otra manera: la *Golondrina* es una morena que está ronca, que va en consurta a un par de dortores, y que cuando después de la visita entra en su casa, yega con una voz que se paran los pájaros pa oírla.

HERMANA PIEDAD. ¿No digo yo? Siempre había usted de ir a parar a los mismos trigos. *A Martín, que vuelve por donde se fué.* Martín, ¿usted oye esto?

MARTÍN. ¿Qué, hermana?

HERMANA PIEDAD. ¡Que va a hacerse el milagro de que hablaba yo antes!

MARTÍN. ¿Qué milagro?

HERMANA PIEDAD. El milagro de la *Golondrina,* que por gracia de Dios, que pone hombres buenos e inteligentes en la tierra, va a sonar como en otros tiempos.

MARTÍN. *Temblando de júbilo.* ¿Es posible, hermana?

HERMANA PIEDAD. Es posible, sí. Don Leonardo y su compañero van a llevársela a su fundición, y nos la van a devolver como si nunca se hubiera roto. ¿Verdad?

LEONARDO. Verdad.

MARTÍN. ¿En dónde están esos cabayeros, que quieo yo besarles las manos?

HERMANA PIEDAD. Lo que ha de hacer usted es darle gracias al Señor.

MARTÍN. ¡Y besarles las manos a eyos!

LEONARDO. ¿Es el campanero, quizás?

MARTÍN. Er campanero soy, señó; pa servirle. ¿No me ve usté temblando?

SALVADOR. Martín quiere a la *Golondrina* como a cosa suya.

MARTÍN. Como a cosa de mis entrañas, señó.

HERMANA PIEDAD. El primer vuelo que dió la *Golondrina* en la torre lo dió con él.

MARTÍN. Conmigo. Era yo una criatura. Y desde entonses no nos separamos. Eya ha sío en este mundo mi niña, y mi novia, y mi compañera, y mi madre. Tos mis cariños juntos, porque con eya he desahogao siempre mi pecho.

LEONARDO. Pues ahora celebro yo más todavía lo que vamos a hacer.

MARTÍN. ¡Lo que eso vale pa mí, señores, no pué representárselo nadie! ¿Ustés no oyeron nunca a la *Golondrina* antes e la desgrasia?

LEONARDO. Yo, no.

SALVADOR. Ni yo.

HERMANA PIEDAD. Yo, sí.

MARTÍN. Pos que diga la hermana: paresía una voz de los sielos. Dispertaba a los pueblos con sus sones; alegraba los campos ar sé de día; yamaba a resá a la gente cristiana; yoraba por los muertos... Cuando murió mi compañera, yo doblé por eya con la *Golondrina* y no tuve mejó consuelo que sus tañíos... ¡Con qué doló sonaba!

HERMANA PIEDAD. No se excite demasiado, Martín, que luego le hace mal.

SALVADOR. Déjelo usté que hable.

MARTÍN. Con la notisia que me han dao no pueo yo cayarme en dos días. ¿Ustés no ven que me estoy cayendo de viejo? ¡Pos hasta que la *Golondrina* se partió no me di yo cuenta de mis años! ¡Por eya er tiempo no pasaba, y yo vivía como si eya fuera mi corasón! Hermanita.

HERMANA PIEDAD. ¿Qué quiere, hermano?

MARTÍN. ¿Me deja usté que vaya a contarle a Barrabás estas novedaes?

HERMANA PIEDAD. ¿Nada más que a contárselas?

MARTÍN. Na más, na más. Ér tampoco querrá disputas ahora. Ya lo verá usté.

HERMANA PIEDAD. Pues vaya, entonces; pero cuidado con lo que se habla.

MARTÍN. Descuide usté, hermanita. Señores, si mis bendisiones yegan ar sielo, a ustés ya no

van a fartarles nunca en la tierra. La vía que me quede doy yo, después que mis manos hayan vorteao una vez, como antes de romperse, a la *Golondrina.*

HERMANA PIEDAD. Ande, hermano, ande.

SALVADOR. Adiós, Martín.

LEONARDO. Adiós.

MARTÍN. *Yéndose hacia la derecha de la huerta en busca de su implacable enemigo.* ¡Barrabás! ¡Señó Barrabás! ¡Escuche usté lo güeno, compadre!

SALVADOR. ¡Pobre viejo! *A Leonardo, que se enjuga una lágrima.* ¿Qué es eso? ¿Yoras tú también?

LEONARDO. ¡Psché!

SALVADOR. ¡Pero, hombre!

LEONARDO. Niñerías.

HERMANA PIEDAD. Se lo contará a Barrabás y a todo el asilo. Va loco el bueno de Martín.

LEONARDO. Y ¿por qué quiere contárselo a Barrabás?

HERMANA PIEDAD. Porque Barrabás está bautizado en la otra iglesia, y es del otro bando. En Las Canteras nada apasiona tanto como la lucha campanil. Los unos con la *Golondrina* y los otros con la *Sonora*, el día que no hay cabezas rotas es milagro de Dios.

LEONARDO. Tiene gracia.

Sale por la puerta de la Cruz la hermana Consuelo. En la mano trae una botellita de vino.

HERMANA CONSUELO. Don Sarvadó, ahí está ya er médico.

SALVADOR. ¿Arriba?

HERMANA CONSUELO. Sí; en su arcoba está. Y me ha dicho que viene de prisa.

SALVADOR. Voy a verlo al instante.

La hermana Consuelo quita el bote de garbanzos de la repisita de San Antonio, pone la botellita de vino y se va por donde salió.

LEONARDO. Pues anda con Dios, que yo me marcho.

Vuelve Malvaloca a tiempo que Salvador va a irse dentro, sin acordarse de ella.

MALVALOCA. ¿Te vas?

SALVADOR. ¡Ah! Marvaloca. Sí; voy arriba, que ha yegao er médico. ¿Me aguardas?

MALVALOCA. No; vorveré a la tarde.

SALVADOR. Mejor es. Pos hasta luego, entonses.

MALVALOCA. Hasta luego.

SALVADOR. Que te espero ¿eh? que me he alegrao mucho de esta visita.

MALVALOCA. Y yo de verte ya fuera de peligro. Adiós.

SALVADOR. Adiós. *Éntrase por la puerta de la Cruz.*

Por la izquierda, como Malvaloca, aparece la hermana Dolores, un poco turbada, y habla aparte con la hermana Piedad, mostrándole una joya. Entretanto, Leonardo y Malvaloca se despiden.

MALVALOCA. Bueno, he tenido mucho gusto en conoserlo a usté.

LEONARDO. ¿Más que yo en conocerla a usted?

MALVALOCA. Vaya que sea lo mismo.

LEONARDO. No puede serlo. Fíjese usted en la diferencia que va de usted a mí.

MALVALOCA. ¡Carambol Se le va a usté pegando el aire de los andaluses.

LEONARDO. Es difícil.

MALVALOCA. Difisi no hay cosa ninguna. Ya nos veremos. Porque usté supongo que vorverá por aquí a visitá a su amigo.

LEONARDO. ¿Cómo no?

MALVALOCA. Pos ya nos veremos.

LEONARDO. Nos veremos, sí.

HERMANA PIEDAD. *Acercándose a Malvaloca.* Hermana.

MALVALOCA. Mande usté.

HERMANA PIEDAD. ¿Es usted por ventura...—sí; usted es—es usted la que ha puesto esta joya en el altarcito de la Virgen?

MALVALOCA. Sí; yo. Pa los pobres.

La hermana Dolores se va a contarle el hecho a la hermana Carmen. Leonardo sigue el incidente con gran interés y emoción.

HERMANA PIEDAD. ¿Para los pobres?

MALVALOCA. Sí.

HERMANA PIEDAD. *Anonadada.* Pero, hermana, una limosna en esta forma... y de este precio...

MALVALOCA. ¿Es quisás que porque viene de mis manos...?

HERMANA PIEDAD. ¡No!... Yo, hermana, no la conozco a usted... De usted no sé más sino que ha llegado aquí con el interés de ver a un enfermo; que ha entrado a rezarle a la Virgen, y que ha dejado en su altar esta joya para los pobres. ¿Por qué había yo de rechazar lo que de sus manos viniera? Y que la limosna, hermana mía, venga de donde venga, lleva consigo un resplandor que oculta la mano que la da.

MALVALOCA. *En súbito arranque al oírla, y con esa íntima naturalidad y graciosa sencillez con que lo hace ella todo.* Pos si no se ve la mano que la da, tome usté también esto. *Se quita una cadena de oro que trae al cuello, y se la entrega.*

HERMANA PIEDAD. ¡Hermana!

MALVALOCA. Pa los pobres.

HERMANA PIEDAD. Pero...

MALVALOCA. ¡Si ya sólo así puedo sé buena! Pa los pobres. *Mira las caras de los dos y sonríe.* Vaya, hasta luego. *Sale presurosa al jardín.*

HERMANA PIEDAD. ¿Qué mujer es ésta?

LEONARDO. Yo también la he conocido hace un rato, hermana. Hasta la tarde.

HERMANA PIEDAD. Vaya usted con Dios.

LEONARDO. Adiós, hermana.

Malvaloca que, como al llegar, se ha detenido en medio del jardín, orientándose como una paloma, se va al cabo resueltamente por la izquierda del

fondo. Leonardo la sigue, disimulando que la sigue; acaso prendida ya su alma fuerte en los finos flecos del mantón de la pecadora. La hermana Piedad, conmovida, contemplando las joyas, con lágrimas en los hermosos ojos, recuerda las palabras de Malvaloca.

HERMANA PIEDAD ¡Ya sólo así puede ser buena!

En el fondo, la hermana Dolores comenta lo sucedido con la hermana Carmen, quien, merced a lo extraordinario del caso, suspende un buen rato su labor constante y tranquila.

FIN DEL ACTO PRIMERO

Fend.

La fundición

ACTO SEGUNDO

Amplio, desigual y luminoso patinillo entre la casa habitación de Leonardo y los talleres de «La Niña de Bronce». A la izquierda del actor está la entrada de la casa; a la derecha, la de la fundición. Al fondo hay una tapia, y en ella un postiguillo que da a un corral, por el que se sale a la calle. Ante la puerta de la casa, un cobertizo de verdinegras tejas y blanqueadas pilastras, que descansan en sendos poyetes de ladrillo, también blanqueados. Al amparo de él, una mesa de trabajo de Leonardo. Varios arriates con geranios y rosas, adornan el recinto. En un rincón, a la derecha, amontonados y revueltos, hay algunos materiales viejos de la fundición. Es por la mañana en el mes de mayo.

Salvador sale de los talleres con un rollo de papeles en la mano. Viste de blusa larga y gorra. Se acerca a la mesa de Leonardo, deja sobre ella el rollo de papeles y examina con interés algunos. Por el postiguillo del corral llega Teresona, guardesa un tiempo de la finca y hoy criada de Leonardo. Viene de la plaza de abastos, y trae un gran canasto al brazo con las provisiones para el día. Al ir a entrar en la casa se detiene saludando a Salvador.

TERESONA. Güenos días tenga usté, cabayero. Sea usté bien venío.

SALVADOR. ¡Hola, Teresona!

TERESONA. Ya sé que yegó usté anoche de su viaje y que vino usté a vé ar señorito. Pero yo estaba en siete sueños.

SALVADOR. Sí; ya pregunté por ti cuando vine.

TERESONA. También la hermanita de don Leonardo yegó ayer de mañana.

SALVADOR. Ya la vi anoche, ya.

TERESONA. ¡Qué bonita es! ¡Qué carita más durse tiene! ¿Y usté, cómo ha dejao a su papá?

SALVADOR. Tan fuerte y tan bueno.

TERESONA. Dios se lo conserve a usté muchos años. De las novedaes de acá, en los veinte días que usté ha estao fuera, ya tendrá usté también notisias.

SALVADOR. De esas novedaes me iré enterando poquito a poco.

TERESONA. Don Sarvadó, en siertos particulares, haga ca uno de su cuerpo tiras. Er que se mete por medio es er que pierde. Yo, como y cayo. Si las comadres der pueblo quién murmurá, ayá eyas. *Mostrándole unos pendientes de corales que lleva puestos.* Miste. Me los ha regalao su mersé. Yo, punto en boca. ¿Usté me manda argo?

SALVADOR. Anda con Dios.

TERESONA. Hasta luego. *Éntrase en la casa.*

SALVADOR. ¡Bah! Sabía yo que había de susederle.

Continúa examinando papeles y libros. De su ocupación lo distrae la inesperada presencia del tío Jeromo, que llega también por el postiguillo. Es tío de Malvaloca, aunque por el parecido no se le conoce, y hombre de unos cincuenta años. Viene de gorra, como va a todas partes, y trae un canastito con el almuerzo. Se encamina hacia los talleres.

TÍO JEROMO. *Alegremente sorprendido al ver a Salvador.* ¡Sarvaoriyo! ¿Eres tú? ¿Ya estamos de güerta?

SALVADOR. *Atónito.* ¿Eh?

TÍO JEROMO. ¡No te había conosío ar pronto con ese balandrán! ¿Cómo se ha hecho er viaje?

SALVADOR. ¡Pero, yo no sé lo que veo! ¿Usté aquí? ¿A qué viene usté aquí?

TÍO JEROMO. ¡Ah! ¿no te ha dicho na er sosio? ¡Si soy operario de los tayeres hase ya una semana!

SALVADOR. ¿Usté?

TÍO JEROMO. ¡Yo! Me enteré de lo de mi sobrina con tu compañero, y me agarré a sus naguas. Ya tú sabes que Marvaloca ha sío siempre la providensia e la familia.

SALVADOR. ¡Bien!... ¡bien!

TÍO JEROMO. ¿Te parese bien, Sarvaoriyo?

SALVADOR. ¡Me parese muy bien!

TÍO JEROMO. ¡A vé si ahora que has yegao tú lo conozco yo en argo!...

SALVADOR. ¡Es posible!

TÍO JEROMO. *Dándole un cogotazo con familiaridad.* ¡Qué punto eres!

SALVADOR. Pero, vamos a vé, amigo, ¿qué confiansas son éstas? ¿En qué bodegón hemos comido juntos?

TÍO JEROMO. *Desconcertado y entre burlas y veras.* Don Sarvaó... usté me dispense.

SALVADOR. Así. Y la goıra en la mano. Así.

TÍO JEROMO. Yo creía que la vía de otros tiempos...

SALVADOR. Aqueyo pasó. Ar trabajo ahora. ¿En qué trabaja usté?

TÍO JEROMO. ¡Según lo que sale! ¡De to *chanelo* un pòco!

SALVADOR. ¡Me lo figuro! Y ¿tiene usté bula pa vení más tarde que los demás?

TÍO JEROMO. ¡Tengo la sobrina arcardesa, qué demonio! Sobre que he pasao una noche, Sarvaoriyo, que Dios te libre de na semejante. ¡Que Dios lo libre a usté! Me he equivocao por la costumbre. El hígado, que no quié sé güeno.

SALVADOR. Pos ahí dentro se cura.

TÍO JEROMO. Pos vamos ayá. Me alegro de verlo a usté tan guapo, don Sarvaó.

SALVADOR. Grasias.

TÍO JEROMO. Y usté dispense si he fartao.

SALVADOR. No hay de qué.

TÍO JEROMO. Miste que si a arguna persona quieo yo darle gusto en la casa, es a don Sarvaó.

SALVADOR. Adentro, hombre.

TÍO JEROMO. *Conmoviéndose.* ¡Don Sarvaó de mi arma, no se ponga usté así conmigo!

SALVADOR. Adentro, adentro; que le teme usté ar trabajo más que a un miura. To esto es entretenerse pa no hasé na.

TÍO JEROMO. *Cambiando de nota, y riéndose.* ¡Me esbarata usté con sus salías! Hasta luego. *Se entra riendo en los talleres. Lleva en el corazón la duda de la inamovilidad de su puesto.*

SALVADOR. Pos, señó, no creía yo que iban a í las cosas tan aprisa. Ya está aquí la langosta. Y esto sí que hay que cortarlo de raíz. Vamos a vé, hombre, vamos a vé. *Acercándose a la puerta de los talleres y llamando.* ¡Lobito! ¡Lobito!

Sale Lobito a poco. Es un operario mozalbete, vivo y dicharachero. Viene en mangas de camisa, de gorra, pantalón muy viejo y alpargatas, y con un mandil de cañamazo tosco y sucio, atado con una guita a la cintura. En la mano trae una lima grande.

LOBITO. Padrino, ¿qué me manda usté?

SALVADOR. Ven acá. Suerta la lima y vamos a fumarnos un pitiyo.

LOBITO. Muchas grasias. Toavía no se me había calentao en la mano. Usté yegó anoche, ¿verdá?

SALVADOR. Anoche.

LOBITO. ¡Y hoy se funde la *Golondrina!*

SALVADOR. Hoy se funde. Ya he visto er materiá en los crisoles... Y don Leonardo me ha dicho que er morde es primoroso.

LOBITO. Sí, señó. Se ha hecho con mucho esmero. ¡Hasta coscorrones ha habío en er tayé a cuenta e la *Golondrina!* Como aquí habemos de los dos bandos...

SALVADOR. ¿Tú eres...?

LOBITO. Yo soy de eya: yo soy *volandero,* como nos yaman. Pero Manué Martínez, y Bartolo, y er Jorobao, y tres o cuatro más, son *señorones,* de los de la Iglesia Mayó.

SALVADOR. ¿Y ese operario nuevo que ahora entraba, sabes tú dónde está bautisao?

LOBITO. ¿Ése? ¡En la cárse de Utrera, hasiéndole mucho favó!

SALVADOR. ¿A la cárse?

LOBITO. No, señó; a é; ya que me tira usté de la lengua.

SALVADOR. ¿Y... trabaja, trabaja?

LOBITO. ¿Qué va a trabajá, si no sirve pa yevá una esportiya e tierra de un lao pa otro? *Don Jeromo* le yaman los aprendises.

SALVADOR. *Riéndose.* ¿Entonses habrá entrao aquí por recomendasiones?

LOBITO. ¿Se está usté divirtiendo conmigo? ¡Pos si yo pensaba que era usté er que lo había recomendao, según las ausensias que le hase!

SALVADOR. ¿Habla bien de mí ese sinvergüensa?

LOBITO. ¡No para su boca! No lo toma a usté en lengua una vé, que no sea pa alabarlo.

SALVADOR. ¡Vaya por Dios! ¡Qué mal le vi a pagá a *don Jeromo!*

LOBITO. No se meta usté en eso, padrino.

SALVADOR. ¿Por qué?

LOBITO. ¿Por qué va a sé? Porque es tío de eya... y ha venío aquí por eya... y no es mesté hablá más.

SALVADOR. ¿Por eya? Y ¿quién es eya?

LOBITO. ¡Ay qué grasia! Está la mañana de carnavales.

SALVADOR. ¿Es quisá Marvaloca?

LOBITO. ¡Naturarmente! No se haga usté er tonto, padrino.

SALVADOR. Me lo había figurao; pero no sabía una palabra. Cuenta, cuenta. ¿Se ha quedao en Las Canteras esa mujé?

LOBITO. ¡En Las Canteras... y en los sesos de don Leonardo! De ayí sí que no sale. Eya vive en una de las casitas nuevas de la Resolana. Pos güeno: cuando don Leonardo no está ayí, eya está aquí. No se puén separá.

SALVADOR. ¿Viene aquí Marvaloca?

LOBITO. Cuasi tos los días ha venío. Y a los primeros entraba en los tayeres. ¡Lo que nos reíamos con sus cosas! Porque, eso sí; tiene grasia pa una sementera. Pero se conose que le han dicho

que nos distrae der trabajo, y ahora entra mucho menos. Cosa de sentí; porque, fuera parte la simpatía, es dadivosa como pocas personas he visto.

SALVADOR. Tiene un agujero en la mano; la conozco.

LOBITO. ¿Un agujero? ¡Una canasta de colál

SALVADOR. ¿De manera que don Leonardo...?

LOBITO. Está sorbío. Cuando viene de ayí es inuti preguntarle cosa ninguna: no se entera. No hase más que hablá solo pa su interió y reírse. ¡Como si siguiera a la vera suya! Y cuando por casolidá la está esperando aquí y se tarda eya, hay que juirle. Miste que don Leonardo es fino y bien educao; po se pone más áspero y más duro que er sepiyo de alambre.

SALVADOR. Mal anda ese hombre, Lobito. Mal anda.

LOBITO. *Intencionadamente.* Eya lo vale, ¿no, padrino?

SALVADOR. Lo vale, lo vale; pero hay que sabé manejarla. Y este amigo toma las cosas de la vía demasiao a pechos.

LOBITO. *Pichichi* el ofisiá me ha dicho a mí que esa mujé es un libro que usté se sabe de memoria.

SALVADOR. Pos dile a *Pichichi* de mi parte que se caye er pico.

LOBITO. Ahí tenemos a don Leonardo.

SALVADOR. Y a éste voy yo a nesesitá ponerle botones de fuego.

Llega Leonardo por el postiguillo que da al corral. Viene de la calle.

LEONARDO. ¡Hola, viajero; buenos días!

SALVADOR. Ven con Dios.

LEONARDO. ¿Descansaste?

SALVADOR. De sobra.

LOBITO. Padrino, ¿me manda usté argo más?

SALVADOR. No. Sigue tu faena.

LOBITO. Vamos ar torno. *Se entra en los talleres.*

SALVADOR. ¿Y tu hermana?

LEONARDO. *Señalando a la casa.* Mírala; aquí llega. Yo salí sin verla esta mañana tempranito. Madrugo mucho en este tiempo.

SALVADOR. ¿Sí, eh?

LEONARDO. Sí. Me gusta ver levantarse el sol por detrás del castillo. ¿No lo has visto nunca?

SALVADOR. *Maliciosamente.* ¿Er só por detrás der castiyo? ¡Sí, hombre! Antes que tú.

LEONARDO. ¿Cómo?

Sale de los talleres un operario.

OPERARIO. Don Sarvadó, er modelista quiere haserle a usté una pregunta.

SALVADOR. Voy ayá en seguida.

LEONARDO. ¿Qué es ello?

SALVADOR. Na de particulá: que le he dicho que le dé un poco de más movimiento ar modelo de la verja esa.

LEONARDO Ya.

El operario entra en el corral, y a poco vuelve

a pasar para los talleres con un arma de mano.

Sale de la casa Juanela, y Salvador se detiene un punto a saludarla. Juanela acredita la observación que acerca de ella ha hecho Teresona.

SALVADOR. Buenos días, poyita.

JUANELA. Buenos días. Felices, Leonardo. Te he visto venir desde el balcón.

LEONARDO. ¡Ah! ¿sí?

JUANELA. ¡Cómo madrugas! ¡Qué temprano sales!

SALVADOR. *Con socarronería.* En los pueblos... ¿verdá, Leonardo? empiesa la noche tan pronto...

LEONARDO. *Turbado.* Claro... sí.

SALVADOR. Hasta luego.

JUANELA. Hasta luego.

SALVADOR. Si éste le habla a usté mar de mí, no le haga usté caso. *Se entra en los talleres.*

JUANELA. Váyase usted tranquilo. Me parece tu compañero un burlón muy grande. *Leonardo está ensimismado. Juanela lo observa unos instantes en silencio.* ¿En qué piensas?

LEONARDO. ¿Eh?

JUANELA. ¿En qué piensas? ¿Estás aquí o en otra parte?

LEONARDO. No, que estoy aquí. Sólo que me había distraído. ¿Qué quieres?

JUANELA. Nada, hombre; que te des cuenta de que estás aquí y de que yo también lo estoy.

LEONARDO. Ya, ya me doy cuenta.

JUANELA. Ahora voy a salir con Teresona a dar una vuelta por el pueblo, ¿no?

LEONARDO. Sí. Con Teresona; sí. Teresona es muy buena mujer. Era la guardesa de esta casa antes de tomarla nosotros, y la he conservado a mi servicio.

JUANELA. Parece que te quiere mucho.

LEONARDO. Sí.

JUANELA. ¿Qué te pasa, Leonardo? A ti te pasa algo. Desde anoche lo noto.

LEONARDO. No, tonta; ¿qué me ha de pasar? Lo que hay es que hace tiempo que no vives conmigo y ya te has olvidado de mi genio. Anda, vete a pasear con Teresona. Te gustará el pueblo; te gustará.

JUANELA. La parte que vi ayer, bien que me ha gustado. ¡Qué luz tiene! Y ¡qué blancura todas las casas! Cuando les da el sol lastiman los ojos. ¿Te acuerdas tú cómo soñábamos allá en nuestra aldea con esta tierra de Andalucía? A mí me parecía tierra que nunca había de ver; tierra de fábula.

LEONARDO. *Distraído.* Pues ya estás en ella.

JUANELA. Yo, sí; pero tú estás ahora lo menos en Asturias; insisto.

LEONARDO. No, pequeña; no.

JUANELA. ¡Vaya! ¡Ni que fuera yo simple! ¿A que va a ser verdad lo que me han contado?

LEONARDO. *Rápidamente.* ¿Qué te han contado?

JUANELA. Es verdad.

LEONARDO. ¿Qué es ello?

JUANELA. Que tienes novia.

LEONARDO. ¿Que tengo novia? ¿Quién te ha contado eso?

JUANELA. Una vecina que ayer tarde me vió esperándote al balcón. Y trabó conversación conmigo. Porque la gente de aquí se toma mucha confianza. Lo que se les ocurre, lo que sueltan. Piensan en voz alta, ¿verdad?

LEONARDO. Algo hay de eso que dices. Exceso de imaginación es todo. De ahí que se equivoquen muchas veces en lo que hablan.

JUANELA. Y esta vez, ¿se han equivocado?

LEONARDO. *Después de mirarla.* ¿Lo sentirías tú?

JUANELA. Todo lo contrario. Deseo que te cases, para que dejes de rodar por el mundo... y para venirme a vivir contigo.

LEONARDO. ¿No vives contenta con los tíos?

JUANELA. Sí... Me miman mucho. Pero es diferente. No es mi casa aquélla, como sería la tuya... como era la de nuestro padre.

LEONARDO. *Suspirando.* Es cierto. Anoche me dijiste que estuviste a verlo antes de venir.

JUANELA. Estuve, sí. Me entristeció la visita, en lugar de alegrarme. No es dichoso.

LEONARDO. No podía serlo.

JUANELA. Y ¡qué pena da que sea una mujer la que desbarate una casa!

Callan los dos. De la suya sale Teresona, con un mantón que no es el de antes.

TERESONA. ¿Nos vamos, niña?

JUANELA. ¡Ah, Teresona! Sí, nos vamos.

TERESONA. Ea, pos anda; que yo no pueo dejá mucho tiempo la cosina sola.

JUANELA. Vamos.

TERESONA. Ahora vi a yevarla a la Iglesia Mayó. Y luego ar Molino, pa que vea los campos desde la asoteíya.

LEONARDO. Bien, bien.

JUANELA. Hasta después, hermano.

LEONARDO. Id con Dios.

TERESONA. *A Leonardo, con misteriosa picardía, así que Juanela ha entrado en la casa, y refiriéndose al mantón que trae puesto.* De su mersé. ¿Usté lo conosía?

LEONARDO. Calle usted ahora.

TERESONA. No tenga usté cuidao. Yo no me pierdo por la boca. Quéese usté con Dios. *Vase tras de Juanela.*

LEONARDO. *Recriminándose enérgicamente.* ¡Bah! Cobarde aquí, cobarde allí... ¿Qué es esto? ¿Qué me pasa? No me conozco.

Salvador ha salido de los talleres a tiempo de oírlo y de verlo.

SALVADOR. Pa hablá solo me parese muy pronto, compañero.

LEONARDO. ¿Qué?

SALVADOR. De eso a tirá piedras por las cayes no hay más que un paso.

LEONARDO. ¡Qué buen humor el tuyo siempre!

SALVADOR. ¿Y er tuyo, no? ¿No lo tienes hoy?

LEONARDO. Casi nunca, ya sabes. Y hoy, desde luego, no.

SALVADOR. Pos ¿qué te ocurre?

LEONARDO. Cosas.

SALVADOR. Cosas de eyas, ¿verdá?

LEONARDO. ¿Eh?

SALVADOR. Er cariño tiene esos disparates: a lo mejó empiesa a yové con er só fuera. Pero pasa pronto er chubasco.

LEONARDO. ¿Qué es lo que te figuras?

SALVADOR. No son figurasiones. Es que sé que a la fieresita que presumes que hay dentro de ti, la está domesticando la música de una farda bajera.

LEONARDO. ¡De qué modo dices las cosas! Y ¿por dónde sabes tú eso?

SALVADOR. Por ti mismo.

LEONARDO. ¿Por mí?

SALVADOR. ¡Por ti!

LEONARDO. ¿Desde cuándo?

SALVADOR. Desde er día en que Marvaloca yegó a Las Canteras. En la primera conversasión caíste como un recluta. Niégalo.

LEONARDO. Si a enamorarse llamas tú caer...

SALVADOR. ¿Lo estás viendo? Yo no tuve más

que oírte primero y que mirarte después delante de eya. Los días siguientes ya no fuiste al Asilo por verme a mí, sino por encontrá a Marvaloca. Y como te conozco y la conozco, pa mis adentros pronostiqué que ibas a durá menos que el estaño en er fuego.

LEONARDO. Y así ha sido. Debo confesártelo a ti, que eres un amigo leal y del alma. Yo no he estado nunca delante de una mujer que más me cautive y me interese.

SALVADOR. Sí, sí; yeva consigo la fló de la simpatía.

LEONARDO. No es bastante decir simpatía para explicar la atracción que ella ejerce. Es que no tiene palabra ni movimiento que no enamore. A mí me emboba. No sé si por contraste de mi condición y la suya, pero me emboba.

SALVADOR. Tiene, tiene grasia.

LEONARDO. Es algo más que gracia. Es luz en la boca, luz en la frente, luz en las manos, luz en los cabellos...

SALVADOR. Eso pué que sea briyantina.

LEONARDO. ¿Te burlas?

SALVADOR. ¿No lo ves?

LEONARDO. ¿Es ridículo acaso lo que estoy diciendo?

SALVADOR. ¡Qué disparate! Mi burla es un poco de envidia de verte tan enamorao. Yo me quiero enamorá de esa manera, y no me sale nunca. O casi nunca.

LEONARDO. Nunca. Pero no te importe; quizás así vivas más tranquilo. Más dichoso no diré yo. Malvaloca se ha entrado por mi alma, despertando en ella sentimientos dormidos o nuevos. ¿Creerás que hasta el sufrir a su lado me alegra íntimamente? Pues sufro y lloro, lo mismo que río y me divierto. Vivo, vivo; y vivir por una mujer, ya es algo.

SALVADOR. *Un poco grave.* Pero, hombre...

LEONARDO. Yo te juro por nuestra amistad que no me fascina de Malvaloca solamente el hechizo de su persona; la pasión de sus ojos; la gracia de su aire y de sus palabras...

SALVADOR. ¿Qué más?

LEONARDO. Tanto como todo ello junto, más que ello, si cabe, me seduce, y me conmueve, y me hace temblar la ingénita bondad de su corazón; aquella generosidad loca; aquella honda tristeza de su desgracia, de la que más que sus palabras me hablan a mí sus lágrimas; lágrimas inesperadas que asoman siempre en momentos de dicha. ¿Comprendes esto?

SALVADOR. Sí lo comprendo, sí. Y también comprendo que estás pa' que te aten.

LEONARDO. ¿Qué dices?

SALVADOR. Pero ya pasará, ya pasará ese fuego.

LEONARDO. *Como preguntándose a sí mismo.* ¿Pasará?

SALVADOR. ¡Claro, hombre! ¡Ahora estás enmelao! Ya sé, ya sé también lo de la casita en la

Resolana; las veses que tú vas ayí; lo que a ti te encanta vé levantarse er só por detrás der castiyo...

LEONARDO. *Riendo.* ¡Qué bellaco eres!

SALVADOR. Las visititas de eya a la fundisión...

LEONARDO. No...

SALVADOR. Sí.

LEONARDO. Algunas veces ha venido: lo declaro.

SALVADOR. No, hombre, no; viene tos los días, ¡qué pamema de argunas veses!

LEONARDO. Contigo hay que reír. Luego vendrá un ratillo.

SALVADOR. ¿Qué? ¿Que va a vení luego?

LEONARDO. Sí; si no ha venido hoy.

SALVADOR. ¿Que va a vení luego, Leonardo?

LEONARDO. Pues ya ¿qué te sorprende?

SALVADOR. ¡Veo que estás más loco de lo que yo creía!

LEONARDO. ¿Eh?

SALVADOR. ¿Y tu hermana?

LEONARDO. *Turbado.* Mi hermana... Es verdad, sí... A ti te parece mal que estando aquí mi hermana...

SALVADOR. ¡Claro!

LEONARDO. Pues no me supongas tan loco. Yo he pensado eso mismo antes que tú. Ayer fuí a decirle que no viniera, y no tuve necesidad de ello, porque ella se me anticipó advirtiéndome que no saldría.

SALVADOR. ¿Y hoy?

LEONARDO. Hoy he ido a lo mismo...

SALVADOR. ¿Y no se lo has dicho tampoco?

LEONARDO. No.

SALVADOR. ¿Por qué?

LEONARDO. Porque... ¡Vaya! ¡porque es cosa que pugna con mis sentimientos, y no se lo digo!

SALVADOR. Hases mal, Leonardo.

LEONARDO. Pues haré mal, pero cumplo con mi conciencia. Yo no le digo a una mujer que es buena, que quiere ser honrada, que deje de venir a mi casa. Eso es tanto como empezar a impedir que lo sea.

SALVADOR. Pero, vamos a vé: no te arborotes: ¿Marvaloca se ha enterao de que está aquí tu hermana?

LEONARDO. Creo que no.

SALVADOR. Pos sin que tú le prohibas que venga, en cuanto se entere de que está, no vuerve.

LEONARDO. ¿Que no vuelve?

SALVADOR. Sabe bien er terreno que pisa... y tiene más sentido común que tú.

LEONARDO. Lo que sabrá será resignarse.

SALVADOR. Vístelo como quieras. ¡Ni que fueras tú el responsable de la vida de Marvaloca!

LEONARDO. ¿Qué egoísmo es ese, Salvador?

SALVADOR. ¡El egoísmo de viví en la tierra y no en la luna!

LEONARDO. El egoísmo de... Mejor es que no

hablemos más de este particular. Hablaríamos hasta cansarnos, y tal vez no llegarías a comprenderme. Hay cosas que no entran en la inteligencia si antes no pasan por el sentimiento.

SALVADOR. Como te dé la gana. ¿A qué vamos a discutí? De memoria sé yo que cuando está un hombre con esa calentura, no escucha más que lo que ér se dise. Punto y aparte.

Sale de los talleres el tío Jeromo y se marcha por el postiguillo al corral. Viene ya en traje de faena, por el estilo del de Lobito, y trae un mazo sujeto a la cintura, una sierra en la mano izquierda y en la diestra un formón. Al pasar saluda a Leonardo.

TÍO JEROMO. Don Leonardo, mu güenos días.

LEONARDO. Buenos días, Jeromo.

TÍO JEROMO. Se le felisita a usté por la yegá de don Sarvaó.

LEONARDO. Muchas gracias.

TÍO JEROMO. ¡Ya estamos trajinando! *Vase.*

SALVADOR. De este operario tan bien educao sí que tenemos que tratá. ¿Cómo no me habías escrito una palabra de semejante arquisisión?

LEONARDO. Discúlpame. Ha sido una inadvertencia o un descuido. No tiene importancia ninguna. No creí que fuera necesario.

SALVADOR. Y no lo era. Lo nesesario, lo impresindible es plantarlo en la caye.

LEONARDO. ¿Al tío de Malvaloca?

SALVADOR. Justo: a *don Jeromo.*

LEONARDO. Hasta ahora ha cumplido con su deber.

SALVADOR. ¿Ése? Ese no ha dao un gorpe en su vía. Además, es un charrán de siete suelas y de mala sangre. Y un peligro en la casa. Ya he visto una barajiya por los tayeres; y la boteyiya e vino no tardará en vení.

LEONARDO. ¿Y a ti te consta que él haya traído la baraja?

SALVADOR. Estoy seguro. Y les sacará los cuartos a cuatro infelises. Más te digo: las herramientas y las dos badilas que se han echao de menos, ér se las ha yevao.

LEONARDO. ¡Ah! no; pues eso, no. Hay que imponerle un correctivo eficaz.

SALVADOR. Lo que hay es que pegarle un puntapié y echarlo a la caye. Porque si te blandeas y lo consientes, vas a tené, sobre er daño que ér solo te haga, la reata de toa la familia y sus conosimientos. El hermanito de Marvaloca, la madre, er padre, er compadre, la comadre, er tito, la tita... Conozco la casa.

LEONARDO. Todo eso huelga.

SALVADOR. Yo creo que no.

LEONARDO. Pues yo creo que sí. Aquí no hay más que un operario que puede ser perturbador, y a quien despediremos hoy mismo. ¿O es que me crees tan débil que por complacencias ajenas a nuestros intereses he de pasar por algo que dueda ser un daño para ellos y una desmorali-

zación en la casa? Pues te equivocas. Hoy mismo quedará despedido ese hombre.

SALVADOR. No es pa tanto.

LEONARDO. Sí lo es, Salvador. *Viendo aparecer al tío Jeromo, que vuelve del corral con todas las herramientas en la misma forma que antes.* Y aun hoy mismo es tarde: ahora mismo.

SALVADOR. ¡Lo has tomao con prisa!

LEONARDO. Para hacer lo que debo hacer siempre tengo prisa. Escuche usted, Jeromo. De usted hablábamos precisamente.

TÍO JEROMO. ¿De mí?

LEONARDO. De usted.

TÍO JEROMO. ¿Bien o má?

SALVADOR. Don Leonardo, bien. Y yo le yevava la contraria.

TÍO JEROMO. ¡Je! *Leonardo va a su mesa y hojea el libro de jornales. El tío Jeromo se huele la partida y echa mano de la adulación, para quebrantar al enemigo.* Güeno, yo estoy como los chiquiyos der tayé bautisaos en esta parroquia: soñando con la fundisión de la *Golondrina.* ¡Qué rajo, don Sarvaó, qué rajo! ¡Pa escribirlo en la Historia'España! ¡Vayan con Dios los rajos!

LEONARDO. Bien está.

TÍO JEROMO. ¿Cómo dise?

SALVADOR. Otro *rajo* que vamos a tené ahora mismo.

LEONARDO. Desde este momento queda usted despedido de la fundición.

El gesto de estupor del tío Jeromo al oír a Leonardo, es indescriptible. Mira luego alternativamente al uno y al otro, siempre mudo, y al cabo rompe a hablar diciendo:

TÍO JEROMO. ¿Querrán ustés creé que no me salen las palabras?

LEONARDO. Ni falta que hace. He dicho yo las que había que decir.

TÍO JEROMO. ¡Un rayo cayéndome a los pies no me deja más muerto! ¡A mí me han calurniao! *Altanero.* ¿Qué mentira se ha inventao contra mí?

LEONARDO. Está de más toda explicación.

TÍO JEROMO. Don Leonardo, a un griyo es, y se le escucha. ¡Y vale dos cuartos!

SALVADOR. ¡Es que usté no vale los dos cuartos!

LEONARDO. Puede usted retirarse.

TÍO JEROMO. ¡Eso es! ¡Como un perro! ¡A la caye un obrero honrao! ¡Luego disen que hay güergas!

SALVADOR. Usté se declaró en huerga er día que nasió.

TÍO JEROMO. *Patético.* ¡Sarvaó!... ¡Sarvaoriyo!... Yo no esperaba esto de ti!

LEONARDO. ¿Qué es eso?

TÍO JEROMO. ¡Mía que eya va a sentirlo mucho!

LEONARDO. *Molesto.* ¿Eh?

TÍO JEROMO. ¡Don Leonardo, siquiea por eya, que es toa corasón, y que me quiere a mí más que a su padre!

LEONARDO. ¡Silencio! Es inútil que se obstine usted.

SALVADOR. ¿Se le debe argo?

LEONARDO. Al revés. Hace dos días le anticipé cinco jornales. Pero estamos en paz.

TÍO JEROMO. ¡No; si toavía vi a tené que darle a usté las grasias! *Mordiéndose un puño.* ¡Mardita sea! *A Salvador, con arranque de cólera.* ¡En tus tiempos no habría pasao una cosa así!

SALVADOR. ¡Ya se está usté cayando!

TÍO JEROMO. ¡Tú la querías más que éste!

LEONARDO. *Agarrando violentamente un martillo que hay sobre la mesa.* ¡O desaparece usted de mi vista ahora mismo, o le abro la cabeza en dos partes!

TÍO JEROMO. Güeno, hombre, güeno... Arrieros somos y er camino andamos... *Principia a dejar con mal modo las herramientas en un rincón.*

LEONARDO. *A Salvador.* ¿Era esto lo que había que hacer?

SALVADOR. Ya has visto que sí; que esto era.

LEONARDO. Pues ya está hecho. *Se entra en la casa.*

TÍO JEROMO. ¿Luego, por lo que oigo, Sarvaó, has sío tú er que ha presipitao a este hombre a dejarme sin pan?

SALVADOR. ¡Largo, largo!...

TÍO JEROMO. ¡Pos el hambre es mu mala consejera!

SALVADOR. ¡Largo le digo!

Tío JEROMO. ¡Te acordarás de mí! ¡Y ese *panolil* ¡Y Marvaloca! ¡Va a tardá mucho en sabé to esto la niña que ha venío de fuera! ¡Mucho va a tardá!

SALVADOR. ¡A la caye!

Tío JEROMO. ¡Que toavía tengo un maso en la mano!

SALVADOR. ¡Pero además der maso hay que tené coraje pa manejarlo! ¡Qué bravatas!

El tío Jeromo tira el mazo al suelo con rabia, se muerde nuevamente el puño, y se entra airado en los talleres.

Tío JEROMO. ¡Mardito sea!

SALVADOR. Ya salimos de é. Era una ersena inevitable. *Llamando.* ¡Lobito! ¡Lobito! Tarde o temprano era inevitable. Y ese infeliz se ha tomao un torosón. *A Lobito, que sale a la puerta de los talleres.* Oye, Lobito: no quitarle ojo ar tío Jeromo hasta que se vaya.

LOBITO. Ya estamos en eyo, padrino.

SALVADOR. Es capaz de cuarquier disparate.

LOBITO. ¡Menúa risa hemos tenío ahí dentro! ¡Habemos escuchao toa la bronca!

SALVADOR. Anda, anda.

LOBITO. No pase usté cuidao. *Se retira.*

SALVADOR. *Yendo hacia la casa.* Carmaremos ar compañero un poco.

Oportunamente aparece por el postiguillo del corral Malvaloca. Viene de mantón, sencillamente vestida, y sin más alhajas que unos pendientes muy modestos.

MALVALOCA. ¿Quién vive?

SALVADOR. ¿Eh? ¡Malvaloca!

MALVALOCA. Adiós, hombre. ¿Paresiste ya? ¿Cuándo has venío?

SALVADOR. Anoche.

MALVALOCA. De tu pueblo te fuiste a Málaga a vé a las amigas, ¿no?

SALVADOR. Cabalito.

MALVALOCA. ¿Me habrás traío pasas?

SALVADOR. ¿Pa refrescarte la memoria?

MALVALOCA. ¡Pa ponerlas en aguardiente!

SALVADOR. Yo no sabía que estabas aquí.

MALVALOCA. ¡Carambo!

SALVADOR. Yo te hasía en Seviya.

MALVALOCA. Y yo a ti en Roma, besándole ar Papa la babucha.

SALVADOR. Pos yo me fuí de Las Canteras, y he vuerto.

MALVALOCA. Pos yo ni he vuerto, ni me fuí. ¡Ni me voy!

SALVADOR. ¿Tanto te gusta er pueblo?

MALVALOCA. ¡Como que he fincao!

SALVADOR. ¿Con vistas ar campo o ar río?

MALVALOCA. Con vistas ar reló del Ayuntamiento. ¡Échate ya pa un lao, fogonero, que tiznas!

SALVADOR. ¡Camará, lo que cambian los tiempos!

MALVALOCA. Pa mejorá siempre. ¿Y ese hombre? ¿Se ha escondío?

SALVADOR. Arriba lo tienes. Hasiendo números por ti.

MALVALOCA. Y va en serio. Y yo por é.

SALVADOR. Quita números.

MALVALOCA. No quito na. Más verdá es que er só que alumbra.

SALVADOR. ¿Así andamos?

MALVALOCA. ¡Uh! Tú no sabes de eso. Somos dos amantes pa una lámina.

SALVADOR. Como los de Teruél.

MALVALOCA. ¡En Teruél hase frío!

SALVADOR. Pero ¿a tanto yega la fiebre?

MALVALOCA. Cuarenta y ocho y désimas. ¿Dónde dises que está?

SALVADOR. Estará con su hermana.

MALVALOCA. *Sorprendida.* ¿Ha venío la hermanita por fin?

SALVADOR. Ayé vino.

MALVALOCA. Entonses yo me voy. ¿No te parese a ti que debo irme?

SALVADOR. A mí, sí.

MALVALOCA. Y a mí también. Las cosas son las cosas. ¿Cómo no me lo ha dicho Leonardo?

SALVADOR. ¡Porque Leonardo lo ha tomao en redentó!

MALVALOCA. No lo digas en chufla. ¡Es más

romántico! ¡Más romántico es! ¡Uh! To lo adorna; to lo ve con estreyas.

SALVADOR. Y a ti te sienta bien er romantisismo: estás más guapa; tienes buenos colores.

MALVALOCA. La tranquilidá, hijo, que hase milagros.

SALVADOR. Esos pendientes no son de mis tiempos.

MALVALOCA. Ni de los de nadie: son cosa de é. Me ha hecho estrená hasta las horquiyas. ¡Mía que las horquiyas! Pos hasta eso. Y de toas mis alhajas he tenío que despedirme pa un rato.

SALVADOR. ¿Y mi reló?

MALVALOCA. Le ha dao un calambre ar minutero. A buena parte vas. No es que é me haya hablao una palabra, ni que tenga selos de ti, ¿lo oyes? pero te nombro y se pone verde. Más daño le hases tú que ninguno.

SALVADOR. *Con gesto y acento de pesadumbre.* ¡Vaya por Dios!

MALVALOCA. Me quiere con seguera.

SALVADOR. Eso veo.

MALVALOCA. Como ningún hombre en er mundo.

SALVADOR. ¿Metiéndome a mí?

MALVALOCA. ¿Quiés cayarte? ¿Vas a compará er cañamaso con la sea? Me quiere más que nadie... y de otro modo.

SALVADOR. ¿De otro modo que yo también?

MALVALOCA. De otro modo; sí.

SALVADOR. Y ¿en qué consiste la diferensia?

MALVALOCA. ¡Hasta en la manera de cogerme las manos! ¡Hasta en la manera de respirá a la vera mía! No me trata como a una mujé, sino ¡como una cosa!... A vé si yo me sé esplicá: si er primer hombre que a mí me pretendió de mosita hubieras sío tú—es un poné—, con to y con sé tú un hombre bueno, a estas horas sería yo lo mismo que soy: una desgrasiá. Si er primer hombre que da conmigo es ese hombre... ¡otra sería mi suerte!... Ahora no tendría yo que irme porque hubiera yegao su hermanita. ¿Me esplico?

SALVADOR. Sí.

MALVALOCA. ¿Y pondero?

SALVADOR. No.

MALVALOCA. No te piques tú, Sarvadoriyo. A ti yo tengo mucho que agradeserte; pero eso no tiene na que vé con este cariño, que nunca había probao Marvaloca. Tú eres bueno... porque no eres malo. Y él es bueno... por eso, porque es bueno. Pa que tú lo entiendas: tú eres bueno por la mañana y él es bueno to er día. Una cosa así.

SALVADOR. Es bueno, es bueno.

MALVALOCA. ¡Más bueno que un cura der teatro! Como que a mí, cuando sueño con é, siempre se me representa con er pelito blanco y er baculito, y casando a to er mundo.

SALVADOR. ¡Ja, ja, ja!

MALVALOCA. Y me voy sin verlo, que no quiero que me piye aquí la hermanita.

SALVADOR. ¿Le digo que has estao?

MALVALOCA. Sí; díselo. No; no se lo digas.

SALVADOR. Como quieras.

MALVALOCA. Díselo, sí. ¿Pa qué hemos de andá con misterios? Adiós.

SALVADOR. Espérate un instante, que ahora nos vamos a reí.

MALVALOCA. ¿De qué?

SALVADOR. Der tío Jeromo. Lo hemos tenío que plantá en la caye.

MALVALOCA. Era naturá. Y me alegro, no te figures tú. Me han contao ya dos o tres hasañas suyas en los tayeres, y renegaba de la hora eu que le pedí a Leonardo que lo metiera aquí. ¡Ay qué gente esta mía!

El tío Jeromo sale del templo del trabajo en dirección a la inhospitalaria calle, torvo y mohino. Va tal cual lo vimos aparecer al principio de la jornada.

TÍO JEROMO. ¡A la caye, a morirme si es menesté en er poyete de una puerta, pero con la frente en las nubes!

SALVADOR. ¡Vaya usté con Dios!

MALVALOCA. ¡Vaya usté en hora buena!

El tío Jeromo los mira desdeñosamente, y se va por el postiguillo. Malvaloca y Salvador sueltan la carcajada.

SALVADOR. ¡Qué mamarracho es!

MALVALOCA. ¡Me ha hecho grasia la manera como ha salío! *Sigue la risa, que sorprende Leonardo, que vuelve. ¿Habrá que decir que le contraría?* ¡Hola!

LEONARDO. ¡Hola!

MALVALOCA. Nos reímos de que ha pasao pa la caye er tío Jeromo, con toa la cara de un traidó.

LEONARDO. *Disculpándose.* No ha habido más remedio que despedirlo.

MALVALOCA. Y yo soy lo primerita que se alegra. Pero, cuidao con é, que tiene malas purgas. Es mu vengativo, y capaz de inventá cuarquier cosa.

LEONARDO. No sé qué ha de inventar.

MALVALOCA. ¡Ni vayas tú ahora tampoco a ponerte a sacarle los sesos a lo que yo he dicho! No he querío más que prevenirte. ¿Verdá que es mu vengativo, Sarvadó?

SALVADOR. Sí; pero ¿qué caso ha de haserle nadie? Vamos a vé si fundimos pronto. *Se entra en los talleres.*

MALVALOCA. ¿Tú qué tienes, Leonardo?

LEONARDO. Nada, mujer.

MALVALOCA. No me digas que na, porque te yegan las ojeras ar pescueso. Y que ya te tengo estudiao, como los astrónomos las nubes. Se

revuercan los perros, señá de agua. Vengo yo, no me resibes tú con la cara alegre, temporá tenemos.

LEONARDO. No.

MALVALOCA. ¡Sí! ¿Te ha molestao quisás que me estuviera riendo con Sarvadó? ¡Era der tío Jeromo!

LEONARDO. No seas niña. ¿Cómo ha de molestarme una cosa así? Verás lo que hay. Tengo que anunciarte una novedad...

MALVALOCA. Mía tú cómo se revorcaban los perros. No mienten las señales. ¿Te ríes?

LEONARDO. Sí. Óyeme.

MALVALOCA. Acaba ya, que me estás poniendo en cuidao.

LEONARDO. Mi hermanita ha venido.

MALVALOCA. Ya lo sé. Me lo ha dicho ése.

LEONARDO. ¡Eh! ¿te lo ha dicho ése?

MALVALOCA. Sí. ¿No es más que eso to? Pos no te violentes ni te apures, que mientras esté aquí tu hermanita yo no pongo los pies en tu casa.

LEONARDO. ¿Por qué?

MALVALOCA. Porque se me va a torsé un tobiyo ar pasá la puerta. Sin broma: porque no está bien que yo venga, Leonardo.

LEONARDO. ¿También te lo ha dicho...?

MALVALOCA. No; se lo he dicho yo a é. Sarvadó lo que me ha dicho es que a ti no te paresía mar que yo viniera.

LEONARDO. ¿Ah, sí?... Es cierto... ¿sabes?... pero luego lo he pensado mejor. No debo ser intransigente. Te agradezco mucho tu resolución, Malvaloca. No vengas; yo iré allá.

MALVALOCA. Ea, pos se acabó er martirio. Alegra esa cara, que no me gusta verte triste.

LEONARDO. Y ¿cómo he de estar, si te quiero lo que te quiero, y tengo que esconderte como una vergüenza?

MALVALOCA. ¡Vaya!

Ya está yoviendo,
los pájaros corriendo,
la caye en bote en bote
y Periquiyo sin capote.

Periquiyo soy yo. ¿Cuándo te vas a convensé de que remové la tierra es marsano?

LEONARDO. *Con dolor.* ¡Según qué tierra!

MALVALOCA. *Con amargura.* ¡Pos por eso lo digo! ¡Si ya sabes tú qué tierra soy... y en qué tierra has sembrao!

LEONARDO. Perdóname. ¡Quisiera ahogar en mi alma este sentimiento siempre que estoy contigo; pero no puedo, porque a tu lado pierdo la voluntad!

Se miran.

MALVALOCA. *Resueltamente.* Hasta luego. Me marcho.

LEONARDO. ¿Te vas?

MALVALOCA. Sí; no sarga la niña.

LEONARDO. No temas; no está aquí. La ha llevado Teresona a ver algunos sitios del pueblo.

MALVALOCA. Entonses...

LEONARDO. ¿Qué?

MALVALOCA. ¿Vais a fundí la *Golondrina*?

LEONARDO. Sí; dentro de poco.

MALVALOCA. ¿Dará tiempo a que yo lo vea?

LEONARDO. ¿A... que tú lo veas? Te diré...

MALVALOCA. No; no me digas na. Aunque dé tiempo no lo veo. Te choca que entre en los tayeres.

LEONARDO. Aparte de eso; es que la campana se funde como todo; como tantas cosas que tú has visto fundir. Ya está el molde en la tierra ..

MALVALOCA. Y que es igualito a la campana rota. Ése sí que lo he visto yo.

LEONARDO. Más te hubiera interesado ver cómo deshicimos la campana rota.

MALVALOCA. Es verdá. ¿Por qué no me avisaste?

LEONARDO. No caí.

MALVALOCA. Pos dime cómo fué.

LEONARDO. Sencillamente caldeándola sobre una hoguera, y a golpe de martillo.

MALVALOCA. ¿Y se hiso peasos?

LEONARDO. Justo.

MALVALOCA. Como si fuera de cristá.

LEONARDO. Lo mismo.

MALVALOCA. Y los peasos ya están derritiéndose en los crisoles.

LEONARDO. Eso es.

MALVALOCA. Y ahora de los crisoles van a la tierra por er bebeero.

LEONARDO. Cabal. Ya sabes de esto más que yo.

MALVALOCA. De manera que la campana es la misma.

LEONARDO. La misma... y otra.

MALVALOCA. Me acuerdo de que er primer día que nos hablamos me esplicaste tú mu bien esta faena. Se me quedó impreso to lo que me dijiste.

LEONARDO. ¡Buena memoria!

MALVALOCA. Más buena es la tuya, arrastrao.

LEONARDO. ¿La mía? ¿Por qué?

MALVALOCA. Por na.

LEONARDO. No; por algo lo has dicho.

MALVALOCA. ¡Ea! ¡Otra cavilasión! Me he enamorao der tío Cavila; un chochero que había en mi tierra, que se vorvió loco cavilando.

LEONARDO. Bueno; dime por qué me has dicho eso de la memoria.

MALVALOCA. ¿Por qué va a sé, silisio? ¡Porque no te cuento una cosa mía que no se te quee en la cabesa como fundía en bronse!

LEONARDO. ¡Ay! ¡es verdad!

MALVALOCA. Pero, ven acá, mala persona, ¿te pesa haberme conosío?

LEONARDO. ¡Nunca!

MALVALOCA. ¿Me quieres tú?

LEONARDO. ¿Y tú me lo preguntas?

MALVALOCA. Entonses, ¿qué importa lo que fué?

LEONARDO. Importa, importa... Tanto me importa a mí, que solamente cuando lo olvido soy dichoso.

MALVALOCA. Pos mira: se me ocurre una solusión.

LEONARDO. ¡Si la hubiera!...

MALVALOCA. ¡Fúndeme como a la *Golondrina!*

LEONARDO. *Perplejo.* ¿Como a la *Golondrina?*

MALVALOCA. Ya hay una copla que habla de eso.

Meresía esta serrana
que la fundieran de nuevo
como funden las campanas.

¿Nunca la has oído?

LEONARDO. Nunca, hasta ahora.

MALVALOCA. Se conose que la ideó argún caviloso de tu linaje; de estos que quién componé la justisia der mundo. A la cuenta se enamoró de una mujé que quisá tuviera derecho a otra suerte más buena, y sacó esa copla.

LEONARDO. ¿Cómo es?

MALVALOCA. *Repitiéndola con todo sentimiento.*

Meresía esta serrana
que la fundieran de nuevo
como funden las campanas.

LEONARDO. *Atrayéndola hacia sí con pasión.* Ven acá.

MALVALOCA. ¿Qué quieres?

LEONARDO. Mírame.

MALVALOCA. Ahora con las lágrimas no te veo.

LEONARDO. Ni yo a ti.

MALVALOCA. Suerta. *Se separa de él.* Me voy. Hasta luego.

LEONARDO. Adiós.

Al abrir Malvaloca el postiguillo del foro para marcharse, aparecen la hermana Piedad y Mariquita. Mariquita viene de gala. La presencia de ambas sorprende por igual a los dos amantes, y alegra a Malvaloca.

HERMANA PIEDAD. Buenos días.

MALVALOCA. ¡Mira qué visita, Leonardo!

MARIQUITA. Güenos días.

LEONARDO. Adelante, hermana.

MARIQUITA. ¿Tú por aquí, mujé?

MALVALOCA. Sí; pero ya me voy.

MARIQUITA. ¿Te vas? No te vayas. Verás a lo que vengo. No te vayas.

LEONARDO. *Respondiendo a una mirada de Malvaloca.* Quédate.

HERMANA PIEDAD. Mariquita trae una pretensión que no la ha dejado dormir en toda la noche.

MARIQUITA. En toa la noche; porque lo pensé al acostarme y temí que se me fuera de la cabesa. *Con cansancio.* ¡Ay!...

MALVALOCA. Siéntese usté aquí, Mariquita.

MARIQUITA. Muchas grasias, hija de mi arma.

LEONARDO. Y usted, hermana, siéntese también.

HERMANA PIEDAD. Gracias; no es preciso. La visita será muy corta. ¿Es hoy cuando se va a fundir nuestra *Golondrina*?

LEONARDO. Hoy. Dentro de un rato. Podrán verla fundir, si quieren.

HERMANA PIEDAD. No haremos sino irnos a nuestra Casa a rezar por que el Señor proteja la buena obra. Y ya veo que el deseo de nuestra Superiora es fácil que se logre.

LEONARDO. ¿Cuál es ese deseo?

HERMANA PIEDAD. Que la campana vuelva a sonar por primera vez el día de la procesión de Nuestro Señor de las Espinas, que sale del Carmen, y que es muy venerado en el pueblo. Es día de fiesta en Las Canteras; se adornan ventanas, balcones y portales; la carrera por donde va el Señor se alfombra enteramente de romero y mastranzo; las muchachas estrenan sus vestidos, reservados para ese día... Ya verá, ya verá.

LEONARDO. Y ¿cuándo es?

HERMANA PIEDAD. El catorce del mes que viene.

LEONARDO. ¡Pues sobra tiempo!

HERMANA PIEDAD. Tanto mejor. Mucho se alegrará la Superiora.

MALVALOCA. Diga usté, hermana: ¿y podré yo í detrás de la prosesión ese día con los pies descarsos?

HERMANA PIEDAD. ¿Por qué no?

LEONARDO. ¿Con los pies descalzos?

MALVALOCA. Sí, hombre. Es una promesa.

LEONARDO. ¿Cuándo la has hecho?

MALVALOCA. Ahora.

HERMANA PIEDAD. *Sonriendo bondadosamente.* De aquí allá puede meditarla.

MALVALOCA. ¿Pa qué? ¿Tú te estrañas? No es la primera vez que voy detrás de una prosesión de esa manera. Cuando estuvo mala mi niña... Pero, bueno, esto a nadie le importa. ¿Qué trae Mariquita por aquí?

HERMANA PIEDAD. Ella lo dirá.

MARIQUITA. *Se levanta.* Pos yo traigo esto. *Del seno saca un envoltorio pequeñito, y lo muestra.*

LEONARDO. Y eso ¿qué es?

MARIQUITA. Las cruses y las medayas del hijo que me mataron en la guerra.

LEONARDO. Y ¿para qué las trae?

MARIQUITA. Como é, desde que se lo yevaron, no tenía más pío que gorvé a escuchá er toque de la *Golondrina* ar lao de su madre, yo quiero que estas medayas y estas cruses que ér se ganó, se junten con er metá de la campana. ¿Puede sé?

LEONARDO. ¡Ya lo creo! Basta echarlas en un crisol.

MALVALOCA. Y que va a sé ahora mismo, y por mi mano.

MARIQUITA. ¿Por tu mano?

MALVALOCA. Sí. Béselas usté la úrtima vez.

MARIQUITA. *Después de besarlas.* Toma, hija mía, toma.

MALVALOCA. Traiga usté. Y venga usté conmigo pa verlo. ¿Has visto tú, Leonardo? ¿No hay que sé madre pa tené esta idea?

LEONARDO. Sí. Anda.

MALVALOCA. Voy. Venga usté, Mariquita, venga usté.

MARIQUITA. Vamos, hija, vamos.

Sugestionada Malvaloca, mirando las medallas y cruces, como quien lleva en la mano un tesoro, éntrase en los talleres con Mariquita.

HERMANA PIEDAD. Ciertamente es buena esta mujer. Es buena, es buena...

LEONARDO. ¿Verdad? ¡Cuando una desgracia irremediable cae sobre una criatura así, se rebela uno contra todo!

HERMANA PIEDAD. ¿Contra todo, hermano?

LEONARDO. Hermana, hay que ser santo para resignarse. Siendo hombre, no hay resignación para esto.

HERMANA PIEDAD. Flores tiene el arrepentimiento; flores la piedad y el perdón.

LEONARDO. ¡El amor es pasión egoísta!

HERMANA PIEDAD. Cuando es grande amor, es pasión generosa también.

Vuelven Malvaloca y Mariquita.

MALVALOCA. Ya está. Cayeron en er fuego, y se las sorbió. Paresía que las estaba esperando.

MARIQUITA. ¡Pobresito mío!

HERMANA PIEDAD. Se cumplió su voluntad, Mariquita.

MARIQUITA. ¿Vive tu madre, Marvaloca?

MALVALOCA. ¿Mi madre? Vamos a no hablá de eso.

MARIQUITA. ¿Por qué? ¿No te quiere?

MALVALOCA. Vamos a no hablá de eso. Sí vive mi madre, Mariquita; sí vive, y viva mucho; pero no es como usté, por desgrasia. A mí me gusta verla con los gemelos der revés: to lo lejos que pueo.

MARIQUITA. ¡Ay qué grasiosa!

MALVALOCA. ¡Miste que tené yo que hablá así de mi madre! ¡Yo, que siempre he sentío lástima de Adán, porque no lo cogieron en brasos!... En fin, será mi sino.

HERMANA PIEDAD. ¿Vámonos, Mariquita?

MARIQUITA. Vámonos. Dios les pague er gusto que me han dao.

MALVALOCA. ¡Cuando suene la *Golondrina* va a pareserle a usté que la yama su hijo! Usté lo verá.

HERMANA PIEDAD. Don Leonardo, quédese con Dios.

LEONARDO. Adiós, hermana. Adiós, Mariquita.

MARIQUITA. Güenos días.

HERMANA PIEDAD. Buenos días.

MALVALOCA. Vayan ustés con Dios.

Les abre el postiguillo y las deja pasar. Una y otra se marchan sonriéndole.

LEONARDO. *Con explosión de amor desbordado en vehementes palabras.* ¡Ven acá tú, Malvaloca; ven acá tú; que cada momento que pasa te quiero más! ¡Ven acá; no te vayas ahora de aquí, ni te vayas nunca de mi lado!

MALVALOCA. Quita, loco.

LEONARDO. ¡Te quiero por buena; te quiero por hermosa; te quiero por desventurada! ¡Míra-me a los ojos y que yo te mire y me recree, única mujer a quien he querido!

MALVALOCA. ¿Yo?

LEONARDO. ¡Tú! ¡Nunca te he dicho esto; pero es hora ya de que lo sepas!

MALVALOCA. ¡Leonardo!

LEONARDO. ¡A ti, a ti sola he querido y querré! ¡Ya no sé vivir si no es porque sé que tú vives! ¿Me quieres tú también de este modo?

MALVALOCA. ¡Te quiero más toavía! ¿Quién me ha hablao nunca como tú?

Por la puerta de la casa aparece en esto Juanela, inquieta y turbada. Los amantes, que tanto la adivinan como la ven, se separan instintivamente.

LEONARDO. ¿Eh?

MALVALOCA. ¿Qué?

JUANELA. ¡Ah! ¡Es ella!

LEONARDO. ¡Juanela! ¡Hermana! ¡Ven aquí!

JUANELA. No; déjame... No sabía...

LEONARDO. ¡Sí sabías! ¡Tú has dicho que es ella! ¿Qué has querido decir con eso?

Malvaloca está sobrecogida y temerosa. Leonardo, excitándose a cada palabra, trata de detener a su hermana y de hacerle respetar y comprender su vivo sentimiento.

JUANELA. Nada; no... Déjame, déjame...

LEONARDO. ¡No; no quiero que te vayas así!... ¿Por qué tiemblas ante esta mujer? ¿Qué te han dicho? ¿Quién te ha engañado?

MALVALOCA. ¡Er tío Jeromo!

JUANELA. Nada, nada me han dicho.

LEONARDO. ¡Sí! ¡Y en lo que te han dicho mintieron! ¡Quién es esta mujer, sólo yo he de decírtelo, y a mí sólo tienes que creerme! Los demás, ¡qué saben! ¡No te dirán sino que es mala, que es mala y que es mala!... ¡Ah! ¡Si fuese maldad la desventura, no habría nacido una mujer más mala que ésta!

JUANELA. Cálmate, Leonardo.

LEONARDO. ¡Pero yo conozco su vida, y su alma, y sus dolores!... ¡Ella no tuvo como tú quien velara por su pudor, sino quien por desconocerlo lo profanara y lo vendiera!... ¡Por aquella casa de donde salimos juntos los dos, yo

te juro...! Perdóname... Me exalto hasta no ser dueño de mis palabras... Temo herirte también... Déjame, déjame. Ya te hablaré tranquilo. Ahora déjame.

JUANELA. Sí, sí; te dejo, hermano. Ahora es mejor... Te dejo... *Angustiada, llorosa.* ¡Jesús, Dios mío! *Vuélvese a la casa sin poder dejar de mirarlo.*

LEONARDO. *Acercándose otra vez a Malvaloca.* ¡Te perdonarán todos! ¡Te respetarán todos! ¡Es ya loco empeño de mi vida! ¡Todos olvidarán lo que fuiste!

La voz de Salvador llamándolo desde el interior de los talleres, lo hiere y lo estremece súbitamente.

SALVADOR. ¡Leonardo!

LEONARDO. ¡Ay! ¡Todos... menos yo!

SALVADOR. *Asomándose.* Leonardo.

LEONARDO. *Con brusca sacudida; como si despertara de un sueño.* ¡Qué!

SALVADOR. Ya estamos listos. ¿Vamos a fundí la *Golondrina*?

LEONARDO. Vamos, sí. *A Malvaloca.* ¿Vienes tú?

MALVALOCA. No. Hasta luego.

LEONARDO. Hasta luego. *Entrándose con Salvador en los talleres.* Vamos a fundir la *Golondrina.*

MALVALOCA. *Con íntimo dolor, que se deshace en copioso llanto.* ¡Quién fuera bronse como eya!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala baja, de blancas paredes y techo de bovedillas azules, en casa de Leonardo. Al foro, una gran puerta, por la que se ve el patio, destartalado y viejo. A la derecha del actor, otra puerta, que conduce a las habitaciones interiores. A la izquierda, una ancha ventana enrejada, que da a la calle, y cuyo alféizar viene a estar a un metro del suelo Al pie de él hay un amplio escalón. El marco de la ventana aparece adornado, por la festividad del día, con cortinas de encajes blancos y lazos de colores. Enredadas en el herraje, hasta lo alto, ramas de lentisco y romero. Sobre el alféizar, y también en aros sujetos a los hierros horizontales, macetas con flores. Suelo de losetas. Pocos muebles. Una mesa de pino, cerca de la ventana, espera las flores que han de arrojarse luego al paso de la procesión. Es por la mañana en el mes de junio.

Juanela, Teresona y Alfonsa, vestidas como de día de fiesta, terminan el adorno de la ventana. Con ellas están doña Enriqueta y Dionisia, que para ataviarse han sacado también el fondo del baúl. Alfonsa es una sobrinilla de Teresona, de traza lugareña, que ha venido de su pueblo natal a la fiesta de Las Canteras en aquel día, y en quien el sentimiento de la admiración es cosa esencial. Doña Enriqueta y Dionisia, en cambio, no

parecen admirarse de nada. Son esposa e hija del dueño de un famoso refino del pueblo, y hablan con cierta afectación de finura, a la que no cuadra muy bien su casi total desconocimiento de la ele.

ALFONSA. *En lo alto de una silla.* ¿Ha quedao con gracia este moño, tía Terezona?

TERESONA. Ha quedao, ha quedao con grasia. Bájate ya, y vamos a dejá el adorno de la ventana, que ya no nesesita más na.

JUANELA. Sí que está bonita de veras.

ALFONSA. *Alejándose un poco de la ventana para verla mejor.* ¡Ay qué preciozа! ¡Ay qué precioza está! ¿No es verdá que está mu precioza?

Dionisia y doña Enriqueta se ríen del candoroso entusiasmo de Alfonsa.

DIONISIA. ¡Qué chiquiya esta! Se armira de todo.

DOÑA ENRIQUETA. A nosotras no nos gustan estas fiestas der pueblo. ¡Son más *cúrsiles!*

TERESONA. ¿Que son *cúrsiles?* Pos yo las encuentro mu naturales.

JUANELA. ¿De verdad no les gustan?

DIONISIA. A mí, no.

DOÑA ENRIQUETA. Ni a mí.

DIONISIA. Ni a papá.

JUANELA. Quizás la costumbre de verlas todos los años... Yo, como forastera, les confieso a ustedes que no he visto nunca nada más pintoresco ni más lleno de simpatía que el adorno de

todas las calles por donde va a pasar la procesión.

DOÑA ENRIQUETA. Usté ¿qué ha de desirnos a nosotras?

JUANELA. Lo que siento; la pura verdad.

ALFONSA. No lo nieguen ustés, zeñoritas; zi hay argunos zanguanes que son artares; ¡con tanto encaje blanco y tanta maceta de arbahaca!... Poz ¿y las cayes, que paecen arfombrás de ramas verdes? ¡Miste, miste qué oló entra por la ventana! ¡Ay! ¡ay! ¡Ze esmaya una!

DOÑA ENRIQUETA. Olores der campo.

DIONISIA. Mejorana y tomiyo. ¡Si vamos a armirarnos de eso!

TERESONA. Es que mi sobrina también es forastera.

ALFONSA. ¡Y me alegro de habé venío der pueblo a vé este día! ¡Ay! ¡ay! ¡Cómo están ezas cayes! ¡cómo están ezas cayes!

DOÑA ENRIQUETA. Cáyate de las cayes, por Dios, que se ve cada irrisión de barcón adornado...

DIONISIA. ¡Cada mamarracho se ve!

TERESONA. ¿En las cayes?

DOÑA ENRIQUETA. En las cayes, sí. *Saludando por la ventana a unas amiguitas que pasan.* Adiós, Matirde.

DIONISIA. Adiós, Ervira.

JUANELA. Vayan con Dios. ¿No quieren entrar un ratito? ¡Hasta luego entonces!

ALFONSA. ¡Ay qué bien vestías que van! ¡Ay qué de moños yevan! ¡Ay qué alegantes!

DOÑA ENRIQUETA. ¡Er cormo, hija, er cormo!

DIONISIA. ¡Er cormo, mamá!

Se presenta en la puerta del foro Lobito, que viene de la calle y a quien es difícil reconocer. No es el operario tiznado y roto de la fundición; es un galán de pueblo de lo más lucido. A la oreja trae un clavel, y otro en el sombrero, probablemente para ofrecérselo a alguien.

LOBITO. *Antes de que nadie lo vea.* (¡La pringamos! ¡Las tontas der refino aquí!) ¡Güenas tardes!

JUANELA. Buenas tardes.

TERESONA. Ven con Dios, Lobito.

ALFONSA. ¡Hola, Inacio!

DOÑA ENRIQUETA. Buenas tardes.

DIONISIA. Buenas tardes.

ALFONSA. ¡Mía qué alegante tú también!

LOBITO. Mujé, la fiesta lo píe. Er día e la prosesión, y er día en que va a soná otra vez la *Golondrina*, ¿no se va uno a poné lo mejó que tenga?

ALFONSA. ¡Y trae cadena, tía! ¿Lo ha reparao usté?

LOBITO. Sí que traigo cadena.

JUANELA. Y muy vistosa.

LOBITO. Reló es lo que no traigo.

ALFONSA. ¿No traes reló?

TERESONA. ¡Er demonio eres!

LOBITO. No, que no lo traigo. He enganchao la forforera ar cabo e la cadena pa que haga peso. Pero er gorpe lo doy. Más e cuatro mositas se me han quedao mirando. Y si me preguntan por chufla la hora que es, sargo con otra chufla.

Risas.

ALFONSA. ¡Ay qué ánge tiene!

TERESONA. Oye, Lobito, ¿es verdá que ha habío gorpes en la Alamea?

LOBITO. ¡Y los que tiene que habé toavía de aquí a que suene la campana! Los de la *Sonora* se habían figurao que ya estaba la suya sola pa siempre, y er que más y er que menos tiene un berrinche que va a reventá de coraje.

DOÑA ENRIQUETA. ¡Qué bárbaros!

DIONISIA. Eso es sarvajismo.

DOÑA ENRIQUETA. ¿Usté ve como son muy sarvajes en este pueblo?

JUANELA. Y ¿cuándo va a sonar por fin la campana, Lobito?

LOBITO. Cuando güerva er Señó de la prosesión por er pueblo, y entre en su Casa. Así lo ha dispuesto la Superiora. Y ar que hay que oí es a Martín er siego.

JUANELA. ¿A quién?

LOBITO. A Martín er siego; er campanero que ha sío siempre de la *Golondrina*. ¡Pobresiyo! Se sartan las lágrimas. Paese que le ha resusitao una hija. Tres noches hase que no duerme. Ér dise

que no le importa morirse con er primer tañío; pero yo creo que de veras se va a morí. Los pelos se ponen de punta escuchando al hombre.

ALFONSA. ¡Ay! ¡ay! ¡Qué coza! ¡qué coza! Y ¿a qué hora paza por aquí la procezión, Inacio?

LOBITO. Por el Arresife iba hase un ratiyo. De manera que de aquí a media hora vendrá por esta caye.

TERESONA. Va a sé menesté í preparando ya las flores.

ALFONSA. ¿Vamos a cortarlas?

LOBITO. Vamos. Yo te ayúo.

TERESONA. Ahora iré yo pa ayá.

ALFONSA. Anda. *Se va por la puerta del foro, hacia la derecha.*

TERESONA. *A Lobito, que va a seguirla.* Cuidao con las flores, Lobito.

LOBITO. A mí encárgueme usté cuidao con las frutas. Las flores se güelen na más; y las frutas se comen. Ya usté me entiende. *Se va detrás de Alfonsa.*

TERESONA. ¡Qué granuja es! Pero ¿qué va a hasé una, si paese que le gusta la muchacha? Es tan naturá que a los muchachos les gusten las muchachas... y que las personas mayores nos quitemos de su alrededó... Es tan naturá...

DIONISIA. Claro: cada oveja con su pareja.

DOÑA ENRIQUETA. ¿Damos nosotras un paseíto?

DIONISIA. Bien pensado; daremos una vuerta.

DOÑA ENRIQUETA. ¿Usté viene?

JUANELA. ¿Por qué no?

DIONISIA. Nos toparemos con mucho *pueblerío;* pero ¿qué remedio?

JUANELA. Y ¿qué importa? No van a comernos tampoco.

DOÑA ENRIQUETA. Ahí va la del arcarde. Vámonos con eya.

DIONISIA. ¡Doña Casirda!

DOÑA ENRIQUETA. ¡Doña Casirda! ¡Espérenos ustél

DIONISIA. Vamos.

JUANELA. Vamos allá.

En esto aparece Salvador por la puerta del foro, también de tiros largos.

SALVADOR. Vaya con Dios lo más fino der pueblo... y de fuera der pueblo.

DOÑA ENRIQUETA. Favó que usté nos hase.

DIONISIA. Buenas tardes.

JUANELA. Buenas tardes. Usted siempre el mismo.

SALVADOR. ¿Se marchan ustedes?

DOÑA ENRIQUETA. A dar un par de vuertas mientras viene la prosesión.

SALVADOR. No tardará mucho.

DIONISIA. Cosa de media hora. Ya hemos hecho er cárculo.

SALVADOR. ¡Pos hoy en la caye se saca novio!

DOÑA ENRIQUETA. ¿Vamos?

DIONISIA. Vamos.

SALVADOR. ¡Cuidao si han venío forasteros! Y er tiempo está de nuestra parte. Con la yuvia de ayé ha resfrescao, y da gusto andá por ahí. Conque por mí no detenerse.

DIONISIA. Vamos, mamá, que nos espera doña Casirda.

DOÑA ENRIQUETA. Vamos, sí.

JUANELA. Vayan ustedes, que allá voy.

Se marchan doña Enriqueta y Dionisia por la puerta del foro, hacia la izquierda. Juanela se detiene un momento con Salvador.

TERESONA. Pocas personas me hasen a mí daño en er mundo; porque yo, en güena hora lo diga, pa to encuentro discurpa; pero a esta mamá y a esta niña, que se han tragao er moliniyo der chocolatero, no las pueo resistí.

SALVADOR. A mí me hase grasia la manera de hablá que tienen. Paese que han aprendío con er maestro der cuento: «¡Niño: sordado, barcón, ardaba y mardita sea tu arma, se escriben con elel»

TERESONA. ¿No sabe usté cómo le yaman ar marío?

JUANELA. Deje usted eso, Teresona. Oiga usted, Salvador.

SALVADOR. ¿Qué me manda usté, carita de lástima?

JUANELA. ¿Se ha enterado usted de lo de hoy?

SALVADOR. No. ¿Otro desatino de Leonardo?

JUANELA. Otro capricho. ¿Lo de ayer sí lo sabe?

SALVADOR. Sí; que le dió dos bofetás a uno porque dijo yo no sé qué de Marvaloca. Me lo contaron por la noche. ¿Y lo de hoy, qué es?

JUANELA. Que se ha empeñado, quizás como consecuencia de lo de ayer, en que venga aquí esa mujer a presenciar el paso de la procesión con nosotras.

SALVADOR. ¡Pero si yo creía que eya iba a í detrás der Señó con los pies descarsos!

JUANELA. Eso quería ella; pero él se lo quitó de la cabeza.

SALVADOR. Y en cambio se empeña en que venga aquí. Está loco.

JUANELA. Imagine usted... ¿Quién convence a la gente?... Estas amigas yo no sé lo que harán todavía; pero otras que se han enterado, se han excusado de venir. Hable usted con él, no para persuadirlo de que ella no venga, que puesto que él lo quiere y ésta es su casa...

SALVADOR. Caye usté por Dios.

JUANELA. Sino para aconsejarle prudencia, discreción... un poco de respeto a los demás... Él tiene que vivir con las gentes...

SALVADOR. Será inútil cuanto le diga; pero le hablaré una vez más, ya que usté lo desea. La úrtima, por supuesto.

JUANELA. Aunque sea la última; no deje usted de hablarle, Salvador. Yo no puedo discutir con él, porque desde niña he sido dócil a cuanto él ha querido. He tenido siempre absoluta fe en su

bondad. «Lo hace mi hermano, está bien hecho seguramente.» Así he pensado y he sentido toda mi vida. Pero ahora... ahora le confieso a usted, Salvador, que tengo un torbellino en la cabeza.

SALVADOR. Está loco.

JUANELA. No, no está loco. No habla como un loco... Yo, a solas conmigo, muy a solas, comprendo a mi hermano, no crea usted. La razón podrá no tener sentimiento; pero el sentimiento siempre tiene razón.

SALVADOR. Bien, bien; deje usted los pucheros. Yo hablaré con él... Ande usté, que las amiguitas la aguardan.

DOÑA ENRIQUETA. *Desde la calle.* ¿No viene usté, Juanela?

JUANELA. Sí; en seguida voy. Perdonen ustedes. *A Salvador.* Le voy a decir a Leonardo que está usted aquí. *Se marcha por la puerta del foro, hacia la derecha, y luego se la ve cruzar hacia la izquierda por el patio.*

SALVADOR. ¡Inosente chiquiya! ¡Vaya un viajesito de recreo que le ha dao el hermanito! Y a ér sí que le ha tocao la china negra.

TERESONA. Por causa e la gente que lo envenena to. Él es güeno; eya es güena; la otra es como er pan. ¿Es posible que pase na malo entre tres personas tan güenas? ¡Qué disparate! Es lo que yo digo: ¿hay Dios o no hay Dios? Pos si hay Dios, y nadie hase más que lo que Dios quiere... ¡Dios tiene ya edá pa sabé lo que hase!

SALVADOR. Eso es vé las cosas como Dios manda.

TERESONA. Ni más ni menos. Aquí yega.

SALVADOR. ¿Dios?

TERESONA. ¡Don Leonardo! ¡Siempre ha de andá usté de chirigotas! Me voy yo a echarle un vistaso a la otra pareja.

Viene Leonardo de allá dentro por la puerta del foro. Teresona lo deja pasar, y se aleja hacia la derecha, mirando a los dos compañeros.

LEONARDO. Me ha dicho Juanela que me llamas. ¿Qué quieres?

SALVADOR. Verte, lo primero. Después, charlá contigo un rato. ¡Si hase lo menos ocho días que casi no crusamos la palabra! A mí se me ha figurao que me huyes.

LEONARDO. ¿Huírte?

SALVADOR. No pases cuidao, que no te vi a pedí cuentas der negosio. Tengo en ti entera confiansa.

LEONARDO. ¿Y para darme estas bromas de chico me has llamado?

SALVADOR. Contrastes de la vida, hombre. Tú la tomas demasiao en serio, y yo tar vez demasiao en broma.

LEONARDO. Tal vez.

SALVADOR. Sólo que las veras de los bromis-

tas, cuando se ponen serios, por lo mismo impresionan más. Y ahora va de veras.

LEONARDO. Milagro.

SALVADOR. De veras va. *Cariñosamente.* ¿Cómo marcha ese corasón, compañero?

LEONARDO. Destrozándose, pero dichoso.

SALVADOR. Muy bien. Y la cabesa loca, pero feliz.

LEONARDO. Tú lo has dicho.

SALVADOR. Y to eso por una mujé.

LEONARDO. ¿Por quién mejor?

SALVADOR. Pos tocante a esa mujé vamos a echá un párrafo.

LEONARDO. Prefiero que lo dejes.

SALVADOR. Es que también hase muchos días que no hablamos de eya.

LEONARDO. Ni hay para qué.

SALVADOR. Ahora, sí.

LEONARDO. De esa mujer nadie sabe hablarme. Y menos, tú.

SALVADOR. No va el aire por donde siempre. Se trata de otra cosa. Esa mujé, Leonardo, le preocupa a tu hermana.

LEONARDO. No. Le preocupo yo. Y no por ella ni por mí, sino por la gente. Bien lo sé; bien lo veo. Pero mi hermana se va con mis tíos, y día llegará en que también a propósito de la gente piense lo que yo.

SALVADOR. ¡Ah! ¿se va tu hermana?

LEONARDO. Sí; se va. Y pronto. Pasado este

día, muy pronto. Yo no quiero que nadie, ni siquiera ella, a quien yo he enseñado a ser libre y fuerte, comparta conmigo este sacrificio.

SALVADOR. ¿Es por las señas irremediable que la aventura dure mucho?

LEONARDO. Esto no ha sido nunca una aventura. Y durará toda mi vida.

SALVADOR. ¿Toda tu vida?

LEONARDO. Sí. Como nunca has querido si no mirabas libre el camino por donde habías de huír, no puedes comprenderme. Malvaloca es mi vida entera. ¡Con qué placer más doloroso junto a mi suerte la de esa mujer!

SALVADOR. No te comprendo, no. Ayá tú con tus cavilasiones y tus teorías. Pero, en cambio, si no me esplico esa manera de sacrificarse por una pajarita que se encuentra en la caye, sé darme cuenta de otras cosas.

LEONARDO. *Molesto.* ¿De cuáles? ¡Y elige las palabras, por Dios!

SALVADOR. Óyeme, y contéstame con la verdá, tú que tan frecuentemente me la predicas. Hase tiempo que le estoy dando vuertas en la imaginasión a esta idea, y cuando yo menos lo esperaba le ha yegao su punto. ¿Te sorprendería mucho que yo desaparesiese der pueblo?

LEONARDO. ¿De Las Canteras, tú? Pero ¿adónde has de irte?

SALVADOR. No es eso lo que te pregunto. ¿Te sorprendería?

LEONARDO. Quizás no.

SALVADOR. Y ¿te alegrarías? La verdá, Leonardo.

LEONARDO. La verdad: sí.

SALVADOR. Lo sé. Como sé también que no dejarás de sentirlo, porque nuestra amistá no es de juego. Pero debo irme de tu lao, y me iré. Sin que yo pueda remediarlo, te lastimo, te hiero, te traigo a la memoria lo que tú quisieras borrá der mundo. Y consigas orvidarlo o no, no viéndome a mí te librarás de muchas saetas. Yo no entenderé de cariños grandes de hombres pa mujeres; pero der cariño de un amigo pa otro, sí que entiendo. Va con mi condisión, por lo visto. Me he pasao la vida engañando mujeres, y no he podío engañá a ningún hombre. ¡Y quiero más a las mujeres, que es lo grande! ¿Entiendes esto tú?

LEONARDO. Entiendo ahora tu generosidad. Perdóname si alguna vez te llamé egoísta.

SALVADOR. Bueno, pos se acabó lo que se daba. Dame un abraso.

LEONARDO. Sí.

SALVADOR. Y tan amigos... desde lejos. ¿No?

LEONARDO. Lo que quieras... No puedo hablar.

SALVADOR. Pos hablaré yo mientras te pasa, pa animarte. No seas tonto, Leonardo, no seas tonto. Despiértate de esa pesadiya; sacúdete el arma. Mira que hay más mujeres que estreyas, y que da lástima que un hombre como tú...

LEONARDO. Cállate.

SALVADOR. ¿Por qué me he de cayá? ¿Te figuras que hay ningún nasío que yeve las cosas al estremo que tú las yevas?

LEONARDO. ¿Y te figuras tú que vivo yo con el alma de nadie? ¡Mi dolor sólo está en mi pecho! ¡Mi dolor es mío; como es mía la íntima satisfacción de padecerlo! ¡Quién pudiera olvidar! ¡Dichosos los hombres cuyos besos a una mujer no se hieren de encontrarse las huellas de otros besos!... Yo no tengo celos ni de ti ni de nadie; tengo celos de toda una vida. ¡Y esa vida es la que quiero para mí! Compadéceme. Alguien viene. Que no me vean llorar. *Abraza a su amigo y se entra por la puerta de la derecha.*

SALVADOR. ¡Pobre compañero!

Llega de la calle Malvaloca, vivamente, como si rastreara la huella de Leonardo. Viste un traje sencillo y trae sobre los hombros amplio velo negro de encaje.

MALVALOCA. ¿Y Leonardo? ¿No estaba aquí Leonardo?

SALVADOR. ¡Hola!

MALVALOCA. ¡Hola, hombre! ¿No estaba aquí é?

SALVADOR. Aquí estaba. Pero sintió pasos, y se marchó creyendo que era arguien.

MALVALOCA. Pos no era más que yo.

SALVADOR. Pos no te ha conosío.

MALVALOCA. Será por la buya de la caye. ¿Dónde está?

SALVADOR. Ayá dentro se fué por ahí.

MALVALOCA. ¿Por aquí?

SALVADOR. Por ahí. Escúchame.

MALVALOCA. ¿Qué quieres?

SALVADOR. Desirte una cosa.

MALVALOCA. Pónmela por escrito.

SALVADOR. ¿Por escrito?

MALVALOCA. Sí. Ya sé escribí y leé. Ér me ha enseñao.

SALVADOR. ¿También a escribí?

MALVALOCA. Toavía no sé der to. Pero ya pongo argunas letras. Sé poné su nombre y er mío. Hasta luego.

SALVADOR. Espérate.

MALVALOCA. ¡Que no!

SALVADOR. ¿Por qué no?

MALVALOCA. Porque quieo perderte de vista.

SALVADOR. ¿Tú también?

MALVALOCA. Yo también.

SALVADOR. No me estraña. To se pega en er mundo. Y te vas a salí con eya muy pronto. Pienso que separemos er negosio, ¿oyes?

MALVALOCA. Bien pensao.

SALVADOR. Pa irme yo de Las Canteras, naturarmente.

MALVALOCA. Eso está más bien pensao que lo otro.

SALVADOR. ¿Te gusta la idea?

MALVALOCA. ¡Uh! Has tenío un yeno. Por mí y por é me gusta. A enemigo que huye...

SALVADOR. ¿Soy yo tu enemigo, Marvaloca?

MALVALOCA. Ar presente, sí. Er tiempo da y quita. Vete ya.

SALVADOR. Ya me voy. ¿No te remuerde la consiensia de lo que has hecho con ese hombre?

MALVALOCA. Y ¿qué he hecho yo? ¡Quererlo!

SALVADOR. Vorverlo loco.

MALVALOCA. Loca estoy yo también. Y de la misma rama de locura. Hemos corrío la misma suerte.

SALVADOR. ¿Es posible?

MALVALOCA. No siempre han de juntarse uno que quiere y otro que se deja queré. Aquí hay dos que se quieren.

SALVADOR. Pos yo te aconsejo, Marvaloca...

MALVALOCA. Mira, pelegrino, vete ar desierto a predicá. Te va a tené la misma cuenta...

SALVADOR. Está bien.

Castiyos he visto yo
abatíos por la tierra...

Como ese hombre te esconde de mí, quéate con Dios, por si ya no nos vemos.

MALVALOCA. Adiós.

SALVADOR. La mano, mujé. ¿Ni la mano siquiera, por lo pasao?

MALVALOCA. Por lo pasao, na.

SALVADOR. Pos la mano de despedía, como dos amigos.

MALVALOCA. Eso sí.

SALVADOR. Grasias. Adiós.

MALVALOCA. Adiós.

SALVADOR. Yo siempre soy er mismo.

MALVALOCA. Pos yo ya soy otra.

SALVADOR. Adiós. *Se va a la calle turbado el espíritu por encontrados sentimientos.*

MALVALOCA. Hase bien en quitarse de en medio. ¿Y Leonardo? Yo no me atrevo a entrá.

Vuelven del jardín Alfonsa y Lobito, por donde se marcharon. Alfonsa trae un canasto con flores, que vuelca en la mesa, y prendidos al pecho los dos claveles de Lobito.

ALFONSA. En la meza me ha dicho tía Terezona que las vuerque. Azí.

LOBITO. Y ¿no estaría mejó formá unos ramos?

ALFONSA. No, zeñó; porque zuertas hay más. Y ze tiran más bien.

MALVALOCA. ¡Lobito! ¿Eres tú?

LOBITO. *Volviéndose.* ¿Eh? ¡Güenas tardes! ¿Usté por esta casa?

ALFONSA. Güenas tardes. *Admirada de Malvaloca.* ¡Ah!...

MALVALOCA. No eres conosío. El arcarde me paresiste.

Alfonsa suelta una carcajada que se oye en su pueblo. Lobito ríe también.

LOBITO. Miste qué grasia le ha hecho a ésta.

MALVALOCA. ¿Te has puesto así pa sacá novia?

LOBITO. Tras de eso andamos.

Llega presurosa Juanela, con cierta emoción.

JUANELA. Buenas tardes.

MALVALOCA. *Algo desconcertada.* Buenas tardes.

JUANELA. La vi entrar a usted, y me separé de unas amigas... ¿Y Leonardo?

MALVALOCA. No sé.

Juanela se asoma a ambas puertas.

LOBITO. Tú, vámonos nosotros por más flores.

ALFONSA. Vámonos, zí; que toas zon pocas pa er Zeñó.

LOBITO. Y que aquí no hasemos farta ninguna.

Se retiran Lobito y Alfonsa. Los ojos de Juanela delatan una gran curiosidad ante Malvaloca.

MALVALOCA. ¿Usté sabía que yo iba a vení?

JUANELA. Por mi hermano.

MALVALOCA. Yo no quería; esta es la verdá.

JUANELA. También lo sé. Pero cuando él se obstina en alguna cosa... ¿No se sienta?

MALVALOCA. Así que ér sarga. Usté me dispensará que se lo diga; pero a su lao me paese que estoy en mi sitio en toas partes, y cuando me farta é no me hayo en ninguna. Y menos aquí.

JUANELA. ¿Por qué?

MALVALOCA. Ya lo comprende usté sin que yo se lo esplique. ¿Quiere usté yamarlo?

JUANELA. Ahora vendrá.

MALVALOCA. Yo no sé cómo usté, que es su hermana, mirará este cariño nuestro.

JUANELA. A mí me duele verlo abatido... y verlo llorar.

MALVALOCA. No hay cariño sin lágrimas.

JUANELA. ¿Usted cree?

MALVALOCA. Y Leonardo ha tenío la desgrasia de tropesarme en er camino un poco tarde. Cuando yo vi de la manera que me quería, pensé dejarlo, por librarlo de esta cadena; pera ya no me fué posible: me ataban los mismos eslabones.

JUANELA. ¿Tan fuertes son?

MALVALOCA. No hay yunque en que se rompan ni fuego que los deshaga tampoco. A gorpe de corasón se han formao; y yo no he sabío que tenía corasón hasta que sentí a mi lao er de ese hombre. Sonó er suyo, y er mío le respondió como un pájaro. Primero doy la vía que dejá de oírlo y de contestarle. Yo, que en este mundo lo he dao to, esto no lo doy.

JUANELA. Ya veo que ha sido una desgracia.

MALVALOCA. Pa Leonardo, según usté lo mire. Pa mí ha sío como vorvé a nasé. Y ese es mi martirio: que quisiera vorvé a nasé de verdá pa encontrármelo como ér se merese.

JUANELA. ¡Pero eso es imposible!

MALVALOCA. Pos por ese imposible son las lágrimas de los dos.

JUANELA. Pues es bien doloroso.

MALVALOCA. Más dolorosa ha sío mi vía, y toavía estoy de pie.

JUANELA. ¿Más dolorosa aún?

MALVALOCA. Pero, ¿no oye usté, niña, que ahora es cuando empieso a viví? ¡Mi vía de antes...! ¡Qué sabe usté de penas!... Si en la frente la yevara escrita... Bueno, no me gusta alabarme. Er resurtao es que Leonardo y yo nos habemos metío en un túne que no tiene salía... ni más luz que la que nosotros mismos le pongamos ar tren. ¡Y no se apure usté demasiao, que de cuando en cuando habrá luminarias! A mí Dios me alumbra los pasos. En los apuros más grandes en que me he visto, siempre he tenío un arranque pa serrá los ojos y seguí. Esto es en mí nativo, como er negro de los cabeyos. ¿Quién viene?

Doña Enriqueta y Dionisia llegan de improviso. Vienen un tanto sofocadas. Poco después que ellas, vuelven Alfonsa y Lobito con más flores, que esparcen en la mesa, como antes. Les llama la atención el diálogo de la hija y la madre con Juanela, pero se limitan a comentarlo entre sí con gestos significativos.

DOÑA ENRIQUETA. ¡Ay, señó, qué arboroto y qué buya!

DIONISIA. ¡Y qué gente más atrevida!

DOÑA ENRIQUETA. Hiso usté muy bien en vorverse... *Viendo a Malvaloca, y con aire de sorpresa y disgusto.* ¿Eh?

DIONISIA. ¿Cómo?

MALVALOCA. Buenas tardes.

DOÑA ENRIQUETA. ¿Qué es esto?

Hay un angustioso silencio. Hija y madre se miran asombradas.

JUANELA. *Turbadísima.* ¿De manera que por ahí no se puede andar, es verdad? Ya me lo figuraba...

DOÑA ENRIQUETA. Ni se puede andar por ahí, ni se puede estar tranquila en ninguna parte. Nos vamos.

JUANELA. ¿Que se van ustedes?

DIONISIA. Sí. A mí me ha dado un mareíyo...

DOÑA ENRIQUETA. Sí; le ha dado un mareíyo...

JUANELA. Le haremos una taza de té...

DOÑA ENRIQUETA. Grasias. Vámonos, hija.

DIONISIA. Vámonos, mamá.

JUANELA. Pero, ¿no van a ver la procesión?

DOÑA ENRIQUETA. Sí; pero la veremos entrar en la iglesia. Vámonos.

DIONISIA. Vámonos.

DOÑA ENRIQUETA. Buenas tardes, Juanela.

JUANELA. Buenas tardes. No saben lo que me contraría...

DOÑA ENRIQUETA. Huerga la esplicasión. Buenas tardes. *A Dionisia, yéndose.* ¿Has visto, hija; has visto?

DIONISIA. ¿Has visto, mamá?

DOÑA ENRIQUETA. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué atrevimiento!

Se van alteradísimas por la puerta del foro, ha-

cia la izquierda. Alfonsa y Lobito se han ido un poco antes por lo misma puerta, hacia la derecha.

MALVALOCA. *Humildemente, a Juanela.* ¿Se van... porque me han visto aquí? *Juanela, sin querer, hace un gesto de asentimiento triste.* Por usté más que por mí me duele. ¿Ve usté? Si no hubiera venío...

Sale Leonardo por la puerta de la derecha.

LEONARDO. ¿Qué?

MALVALOCA. Dios te guarde, hombre.

LEONARDO. ¿Qué ha sido? ¿Qué hablabais?

JUANELA. No... nada...

LEONARDO. Sí. Dime lo que ha sido.

JUANELA. Doña Enriqueta y su hija Dionisia... que llegaron...

LEONARDO. Y se fueron al ver a Malvaloca, ¿no?

MALVALOCA. Sí.

JUANELA. Sí.

LEONARDO. Váyanse enhorabuena. Y otras amigas no han querido venir porque ya sabían... En buen hora también. Allá todos con su conciencia... pero ¡que no paseen a Jesús por las calles del pueblo!

JUANELA. Voy por más flores para cuando pase por aquí. *Se va por la puerta del foro, hacia la derecha.*

Holy Week.

pasos - people who follow images

saietas (arrows) little songs.

LEONARDO. Ya lo ves: te huyen.

MALVALOCA. Tu hermana, no.

LEONARDO. Mi hermana, no. Las otras.

MALVALOCA. Las otras que huyan. Mientras no huyas tú...

LEONARDO. ¿A ti te basta?

MALVALOCA. ¿Pa qué quiero yo más en er mundo? ¿Quién me ha dao la sombra que tú? Eso que se dise tanto: «Yo soy tuya», aquí es argo más que palabras. ¡Leonardo, yo soy tuya!

LEONARDO. ¡Tú eres mía!

MALVALOCA. ¡Tuya! Porque vivo sólo pa ti y porque tus pasos son los míos. Levanta los ojos der suelo, caviloso, y mírame a la cara. ¡Mía que que vi a enselarme de las losetas! get yellow the floor Vamos, menos má que ya te sonríes. ¡Si no tengo más que tus brasos; si me he amparao de eyos como quien se ampara de las ramas de un árbo porque ayí se haya a gusto! *Con graciosa transición.* ¡Pero no quiero que seas un sausel Prefiero un naranjo, que da fló y da fruto... y que ni en el invierno pierde las hojas. ¿Te has enterao?

LEONARDO. *Apasionadamente.* ¡Bendita seas tú, que si yo soy el árbol que te ampara, son tus palabras el aire que lo orea!

MALVALOCA. ¡Qué romántico eres! ¡Lo que te quiero yo, terremoto!

LEONARDO. Y ¡qué dicha es quererse así! El mundo ya no existe: no existimos más que tú y yo.

Andalucian imagination

MALVALOCA. ¡Mía que esto nuestro ha sido una candelá! ¡Uh! Yevaba yo mi carguita de leña al hombro; empesaste tú a dá suspiros... y a la media hora ardía to er bosque. Y no hay como este fuego, ¿verdá?

LEONARDO. No hay como este fuego. No hay como tú.

MALVALOCA. ¡Qué bonito es enamorarse! Está una con la persona que quiere, más cuando se va que cuando la tiene a su lao. Te despiertas en la noche y no ves otra cosa; te duermes, y sueñas con eya; te levantas, y toa tu idea es verla aparesé por arguna parte. Que viene, que no viene; que me dijo ayé, que no me dijo; que se rió, que no se rió; que yora; que se ensela; que la grasia con que pone er sombrero en la siya; que se va, que no te vayas, que se tiene que í; que vuervas a la tarde, que mira que vuervas, que por Dios que vuervas; que se fué; que hasta luego... ¡que vorvió de pronto pa sorprendermel... ¡Ay, Dios mío! ¡No hay cosa como ésta!

LEONARDO. ¿Te has enamorado tú muchas veces, Malvaloca?

MALVALOCA. ¿Quién, yo? Una na más. ¡Pero ha tenío eco!

LEONARDO. ¿Una nada más? ¿De quién?

MALVALOCA. ¡De don Pelayo! *Leonardo se ríe.* ¿No fué don Pelayo er que conquistó las Asturias, o me has engañao tú?

LEONARDO. Yo no te engaño nunca.

MALVALOCA. ¡Pos de don Pelayo me he enamorao! ¡De ti, fundidó; de ti me he enamorao en este mundo! ¡De ti, que eres más serio que don Pelayo! Te arvierto que don Pelayo, en Seviya, tiene una caye y to. En er número tres ha vivío mi persona. ¡Quién sabe si ayí empesó nuestra simpatía!

LEONARDO. *Embelesado.* ¡Quién sabe!

MALVALOCA. ¿Te acuerdas der día que nos conosimos en er convento?

LEONARDO. ¿No me he de acordar?

MALVALOCA. Na más que nos miramos, y se vió ese relampaguito que briya siempre entre dos que se van a queré.

LEONARDO. Y luego, cuando tú te fuiste...

MALVALOCA. Sí; dió la considensia de que tú te viniste detrás de mí... ¡Me alegré yo poco de aqueyo!

LEONARDO. ¿De veras te alegraste?

MALVALOCA. ¡Uh! Y después me paré en una esquina, como que no sabía pa donde tirá...

LEONARDO. Y yo me acerqué con pretexto de enseñarte el camino.

MALVALOCA. Y er camino que tú y yo buscábamos estaba entre los dos. ¡Y dimos con él ¿No, Leonardo?

LEONARDO. ¡Para no abandonarlo nunca! ¿Verdad?

MALVALOCA. ¡Verdá, ojos de mi cara! Pero ¡cómo dispone Dios las cosas! ¡Yevarme ayí a pre-

guntá por el otro, pa que me encontrara con er que había de sé mío!

LEONARDO. *Con súbita tristeza.* ¡A preguntar por el otro!

MALVALOCA. Sí; por el otro. ¡Pa encontrarte a ti! ¡No te vuervas siprés, que estabas mu bien de naranjo! ¡Si el otro se va ya pa siempre!

LEONARDO. Tú ¿cómo lo sabes?

MALVALOCA. Porque soy adivinadora.

LEONARDO. ¿Te lo ha dicho él? ¿Os habéis despedido?

MALVALOCA. Sí.

LEONARDO. ¿Cuando?

MALVALOCA. Aquí; hase un momento; cuando tú lo dejaste. Se va. Dios lo proteja y buen aire yeve.

LEONARDO. Se va, se va .. Sí; se va... Pero ¿se irán de mi cabeza los pensamientos que él a todas horas despertaba?

MALVALOCA. ¡Leonardo!

LEONARDO. ¡Malvaloca, alma mía, si es que esto es más fuerte que mi voluntad!

MALVALOCA. ¡Pa qué me habré yo acordao ahora...!

LEONARDO. ¡Si es que este cariño de mi vida ha nacido con este tormento, que salta en el corazón como un dolor dormido, cuando más olvidado estoy de él!

MALVALOCA. ¡Malhaya! Deja eso, Leonardo.

¡Quién tuviera podé pa arrancarte hasta las raíses de esas malas ideas!

LEONARDO. Volverían a nacer. ¡Si mientras más te escucho, y te miro y te quiero, más dolor siento de la vergüenza de tu vida!

MALVALOCA. Leonardo, esto, no; esto, no. Si mi cariño va a sé tu martirio pa siempre, yo me voy de tu lao.

LEONARDO. ¡Eso, nunca! ¡Eso sí que no!

MALVALOCA. ¡Pos entonses, mátame!

LEONARDO. ¡Menos que nada, eso! Te quiero viva, al lado mío; consolándome, haciéndome reír, haciéndome llorar, sufriendo y gozando conmigo; mirando yo tus ojos, besando tu boca, enterrando entre tus cabellos mis manos... Así te quiero, así.

MALVALOCA. Leonardo, que vas a la locura.

LEONARDO. ¡No! ¡De la locura me libra un miedo!...

MALVALOCA. ¿Cuá?

LEONARDO. *Mirándola muy fijamente con una ráfaga de demencia.* Que loco, tal vez podría no conocerte donde te viera.

MALVALOCA. Ven aquí; loco, más que loco, ven aquí. Cármate, tranquilisa esa cabesa que te consume. Si yo te quiero a ti na más; si me has vuerto otra; si a mí me pesa más que a ti yevá señales en mi cuerpo... ¿Qué se me importaba a mí de eyas antes de conoserte? Poco menos e na. Como quien se sacude la nieve me sacudía

yo mis pesares. Pero te conosí, me hablaste como nadie, me enseñaste a queré, me sacó tu cariño lágrimas a los ojos... y en aqueyos cristalitos vi claro lo que era yo, lo que eras tú, lo que era mi vía de antes... Y soñé tené un consuelo a tu lao... y tus pensamientos me lo quitan. ¡O sepúrtalos bajo tierra, Leonardo, o méteme bajo tierra a mí, y acabe pa siempre Marvaloca!

LEONARDO. ¡Bajo tierra!... Como la campana fundida... La idea, la idea... la copla otra vez. Bajo tierra... ¡Ay, si eso no fuera un imposible!

MALVALOCA. Caya. No nos atormentemos más.

LEONARDO. *Recreándose con exaltación dolorosa en su idea.* ¡Labrar yo tu hermoso cuerpo en cera roja, con sangre de mi sangre; esconderlo en la tierra; echar al fuego en el crisol tus pedazos; purificarlos en la llama viva... y volcar en la tierra ese fuego y sacarte de ella otra vez, pura, limpia, otra, otra... ¡pero la misma!... nueva, sin mancha, sin pasado, ¡pero igual!... con estos ojos, con esta boca, con esta alma grande y buena, en la que se abrasa mi vida!

MALVALOCA. Caya, caya... ¡Qué locura! ¡Qué sueño! Caya, caya... No yores...

LEONARDO. Sí lloro, sí... ¿Por qué no llorar? ¡Sólo lo irremediable merece el llanto de los hombres!

MALVALOCA. Caya, que siento gente...

LEONARDO. No me importa...

MALVALOCA. ¿Será que yega la prosesión?

LEONARDO. ¿La procesión?

MALVALOCA. ¿Nos habrán visto desde la caye?

LEONARDO. No sé. . no me importa.

Juanela, que se acerca, llama dentro a Leonardo.

JUANELA. ¡Leonardo!

MALVALOCA. ¡Tu hermana!

LEONARDO. ¿Mi hermana?

MALVALOCA. Sí. Sécate los ojos.

LEONARDO. Tú también.

Por donde se fué, vuelve Juanela, seguida de Teresona, Alfonsa y Lobito.

JUANELA. Ya está la procesión en la esquina.

LEONARDO. Ya, ¿verdad?

TERESONA. Buenas tardes.

MALVALOCA. Buenas tardes.

TERESONA. Ya viene ahí er Señó.

ALFONSA. ¡Ya está ahí! ¡ya está ahí! ¡Inacio, esplícame tú toas las cozas!

Los cuatro se acercan a la ventana, apenas salen. Malvaloca y Leonardo se quedan aparte. Principian a oírse lejos, y poco a poco van percibiéndose más claramente, los acordes de la banda del pueblo, que viene detrás del Redentor. Alfonsa, con su admiración espontánea, comenta con Lobito el paso de la procesión.

TERESONA. *A Malvaloca.* ¿No se aserca ustéí?

MALVALOCA. Estoy bien aquí; muchas grasias.

LOBITO. La Cruz; mía la Cruz.

ALFONSA. ¡Ay, qué lujoza! ¿Es toa de plata?

LOBITO. ¡Toa de plata! ¡Y masisa!

ALFONSA. ¡Azí va er que la yeva de zuando! ¡Ay, los niños!... ¡Mía qué graciozos van con zus velitas cogías con los pañuelos!

LOBITO. Toa la escuela y toa la academia. Y er que no estrena corbata, estrena sapatos.

ALFONSA. ¡Ay éze, vestío de angelito! ¡Místelo, tía! ¡Místelo, zeñorita, místelo! ¡Ay, qué preciozo va!

TERESONA. Ya lo vemos, mujé, ya lo vemos. Mira y caya.

ALFONSA. ¡Ay, pero zi parecen de cristá laz alitas! ¡Ay! ¿quién zerá zu madre? ¿Y ezos zeñores, quiénes zon?

LOBITO. To lo más prinsipá der pueblo. Mía er arcarde.

ALFONSA. ¿Cuál es el arcarde?

LOBITO. Aqué de la vara de plata.

ALFONSA. ¿Aqué de las patiyas?

LOBITO. Aqué.

JUANELA. El Señor.

TERESONA. Er Señó.

JUANELA. Las flores.

TERESONA. Las flores.

ALFONSA. Las flores.

LOBITO. Vi a desirle a Gonsález que lo pare aquí. Y luego me vi a esperarlo a la puerta e la iglesia. ¡A pedirle lo que tú sabes!

ALFONSA. ¡Que ze lo pías bien!

Se va Lobito por la puerta del foro, hacia la izquierda. Juanela, Teresona y Alfonsa han ido a la mesa por las flores. Juanela mira bondadosamente a Malvaloca, que permanece algo cohibida, y en un impulso de honda piedad, cogiendo un manojo de flores, se acerca a ella y se las entrega con dulzura para que las arroje al paso del Señor.

JUANELA. Tome usted también.

MALVALOCA. Muchas grasias.

Se agrupan todas a la ventana entonces. Leonardo sigue aparte, mirándolas. De la calle llegan tenues nubecillas de oloroso incienso. El paso del Señor se ha detenido frente a la reja. El resplandor de sus luces penetra por ella. La banda ha dejado de sonar en tal instante. Las cuatro mujeres echan a Jesús todas las flores prevenidas. Luego oran en silencio. Malvaloca se retira de la ventana, y arrodillada al pie de la mesa de las flores, llora y reza.

TERESONA. Una mujé va a cantá una saeta.

JUANELA. ¿Quién es?

TERESONA. No la conozco.

JUANELA. Y lleva una niña en los brazos.

ALFONSA. ¡Ah! Es verdá. Parece una rozita.

TERESONA. Caya.

La mujer canta dentro, con religiosa unción y voz aguda, la melancólica saeta:

original
sal, dramatic

Señó que ar mundo viniste
para remediá sus males,
ampara desde tu Cruz
la rosa de mis rosales.

una
sieta

muy lifo.

Las cuatro mujeres, arrodilladas, se enjugan los ojos. La procesión vuelve a ponerse en marcha. La banda suena otra vez, y se aleja. Juanela, Teresona y Alfonsa se levantan. Malvaloca sigue de rodillas.

ALFONSA. ¡Cómo va er pazo! Ez un ascua de oro.

JUANELA. ¡Cuánta luz! ¡Cuantas flores!

TERESONA. ¡Es mucho día este en Las Canteras! Vamos a subí a la asotea a verlo entrá en su Casa.

JUANELA. Sí que será digno de verse. Vamos.

ALFONSA. Vamos, vamos.

Se van las tres por la puerta del foro, hacia la derecha. Cuando Malvaloca ve que está sola con su compañero, se levanta, corre hacia él, y sollozando le esconde la cara en el pecho.

LEONARDO. *Acariciándola conmovido.* ¡Malvaloca!

MALVALOCA. ¡Yo, contigo! ¡Ampárame tú a mí desde tu cruz! ¡No me abandones nunca! ¡Cuando no me quieras, me matas! ¡Pero, mientras, contigo, contigo!

LEONARDO. ¡Conmigo, sí! ¡Eternamente desgraciados, pero eternamente dichosos! ¡Abraza-

dos a este dolor, punzándonos las mismas espinas, pero siempre juntos!

MALVALOCA. ¡Juntos, sí! ¡Contigo!

LEONARDO. ¡Conmigo!

Hiende los aires, allá en lo alto, para recibir en su Casa la imagen del que supo perdonar a la pecadora, la primera vibración de la «Golondrina», volteada en su torre por las trémulas manos de Martín el Ciego. Los dos amantes, estremecidos, se estrechan más.

MALVALOCA. ¡La *Golondrina!*

LEONARDO. ¡La *Golondrina!* ¡Óyela, óyela triunfadora! ¡Obra ha sido de mis afanes!

MALVALOCA. ¡Tú la fundiste, tú! ¡Óyela, óyela!

LEONARDO. ¡Canta el amor de todos! ¡Su voz tiene para mi corazón un oculto sentido! ¡Yo también fundiré tu vida al calor de mis besos, con el fuego de este loco amor, tan grande como tu desventura!

MALVALOCA. ¡Contigo, contigo!...

La «Golondrina», que comenzó a sonar con campanadas lentas y graves, repica ya en los aires alegre, con vibraciones de victoria, anunciándoles a los campos y al pueblo que nace a nueva vida.

FIN DEL DRAMA

Fuenterrabía, setiembre, 1911.
Madrid, marzo, 1912.

Moral
her heart is good.

Malvaloca — *Saeta*

Expresivo

LENTO

Se — ñó que armun-do vi-

-nis-te ..... pa-ra re — me .....

... diá sus ma... les ..... am-

-pa-ra..... des-de tu cruz .....

am-pa-ra des-de tu cruz..... la ro-

-sa de mis ro — sa — les .....

A.A.

Honramos esta nueva edición de Malvaloca *con el brioso y efusivo artículo que a raíz de su estreno tuvo la bondad de dedicar a nuestro teatro el admirable autor de* Alivio de caminantes *y* Los caballeros de la Cruz.

NOTA DE LA TERCERA EDICIÓN.

UN CUARTO A ESPADAS

Buena ocasión sería esta en que los hermanos Quintero, gloria y regocijo de las musas españolas, acaban de añadir un tan bello chapitel, y me quedo corto, al notable edificio de su teatro, para que yo discurriese con toda la anchura de mi gusto acerca de *Malvaloca* y la garrida muchedumbre de su casta. No sería tampoco mala sazón para que los escritores, artistas e «intelectuales» de Andalucía—que son muchos más de lo que se sabe y se cree—echasen a vuelo las campanas de sus torres, a fin de festejar el nuevo triunfo del ingenio andaluz y apretar los vínculos de una fraternidad pocas veces como ahora apocada y tímida.

Donaire parece hablar hogaño de fraternidad andaluza, en lo que toca al arte y a las letras, cuando literatos y artistas andan poco menos que huyendo unos de otros y comiéndose a solas sus propios laureles; pero yo soy optimista a todo trapo y tengo mis ilusiones de un estado mejor en estas y en otras cosas. Creo, como un profeta, en el porvenir de España y en el porvenir de Andalucía, que es la flor de España, la hija

predilecta de Castilla, el solar del «genio alegre», el jardín del patrio idioma; país un poco griego, un poco latino, un mucho árabe y tan cristiano como el que más.

Pero enfrenando el vuelo de la imaginación, que iba ya camino de los Gaitanes, me limito por ahora a charlar un rato familiarmente, a propósito de esos dos *niños prodigios*, tan andaluces y tan clásicos desde sus primeras obras.

La fama de los Quinteros, nacida de la admiración del vulgo y de los doctos, como el teatro antiguo, como la novela picaresca y todos los géneros de literatura genuinamente nacionales, es gloria principal de Andalucía. Andaluces son siempre los Quinteros, aun cuando escriben comedias no andaluzas. Andaluces, entiéndase bien, a la manera de Baltasar de Alcázar, Juan de la Cueva, Cetina, Vélez de Guevara y otros sevillanos del mismo temple. Porque para muchos bobos, decir andaluz es decir majo, socarrón, torero, bailarín o tañedor de guitarra; mas, para quien sabe un poquito de historia, decir andaluz es decir dos veces español. ¿Dónde se afinó y apuró la elegancia, sonoridad, agudeza y hermosura de nuestro idioma castellano? ¿Dónde arraigó el genio de la raza, más estoico a lo Séneca y más alegre a lo Marcial que fatalista a lo agareno? ¿Dónde halló Cervantes aquel luminoso regocijo, aquellas venas de gracia popular, aquel tierno y profundo «sentido de la vida»

que trasladó a sus obras inmortales, según afirma Rodríguez Marín, alto maestro de espíritu andaluz?

En estas «corrientes cristalinas del olivífero Betis», inagotable savia del ingenio español de todos los siglos, bebieron los autores de *El amor que pasa;* con ese licor tersaron y pulieron sus rostros y sus plumas; de aquel abolengo castizo y popular desciende la Musa de sus mejores comedias. Las virtudes de alegría y salud de la raza, más evidentes y fecundas en tierras de Andalucía, merced a la templanza y fertilidad del ambiente, circulan como sangre generosa por todas las producciones de los Quinteros. El entremés y el sainete los cultivan con el donoso desenfado y el realismo picaresco de la escena clásica. *El mal de amores, Los chorros del oro, Los borrachos, La Reina Mora, La azotea, El chiquillo, La pitanza, La mala sombra,* citando lo primero que me viene a las mientes, son, ya tengan por título zarzuela, sainete, diálogo, entremés, primorosos cuadros de color (Murillo o Goya, Fortuny o Ferrándiz); deliciosos lienzos de castizo sabor y sencilla factura; joyas de oro puro—del oro del sacro Betis—que nuestra historia literaria recogerá en ricos paños, después de ser estimadas por el pueblo y por los doctos, por los letrados de Madrid y por las mozas de Triana.

Dicho esto, no se piense que estoy con los crí-

ticos remilgados que juzgan a los Quinteros exclusivamente como saineteros ingeniosos. En la comedia *chica*, en la comedia *grande*, en la obra dramática, en el teatro poético, dondequiera andan ellos y entran y salen como Perico por su casa, a fuer de gentiles poetas y muy cultos literatos. ¿Podrían concebir ni componer *Mañana de sol*, *La rima eterna*, *Los Galeotes*, *La escondida senda* y otras por este arte, ni andar tan a la mano con Campoamor y Bécquer y Cervantes y Fray Luis, quienes careciesen de ese elevado sentimiento de la poesía, no ya española ni andaluza, sino eterna y universal, de todos los climas y de todos los siglos?

Pues lleguemos ahora a la cumbre de este teatro: recordad *El amor que pasa*, *Los Galeotes* (que antes cité), *La zagala*, *El genio alegre*, *Las flores*, *Pepita Reyes*, *La flor de la vida*, *Malvaloca*... y aun olvidando, que ¡ya es olvidar! *La dicha ajena*, *El nido*, *Las de Caín*, *El patio*, *La reja*, *La musa loca*, *Amores y amoríos*... decidme si quienes tales obras y muchas más escriben, son autorcillos de jácara o dignos mantenedores del gran teatro nacional; decidme si son «afortunados saineteros» o felicísimos dramaturgos; respondedme, después de una representación de *Malvaloca*, y riámonos luego de los dómines que nos salgan al paso con un manualete de Psicología, hablándonos de cosas *interiores* y *trascendentales* que ni ellos mismos saben ni entienden.

¡Ah, lo trascendental! Antiguamente no necesitaba el artista más que tener ingenio y conocer el corazón humano. Con esos ingredientes y un poco de humanidades se escribió el *Quijote*. Hoy es preciso haber leído a Kant y llevar a Nietzsche en el bolsillo y traer la ciencia en la punta de los dedos, para que le juzguen a uno hombre de pro. Conste que yo también tengo mis ínfulas de «psicólogo andante», y que a veces pongo mi paño al púlpito y hago de mi capa un sayo. Pero dióme la Providencia manga tan ancha y criterio de tanta latitud, que, en punto a cosas teatrales, lo mismo le suelto dos requiebros a Ibsen, que pongo por las nubes a Mæterlinck, y me doy el gusto de admirar al maestro Benavente, al Galdós de *El abuelo, Bárbara, Realidad* y *La loca de la casa;* a Guimerá, Martínez Sierra, los Quinteros, Marquina y otros muchos autores «de casa» que ya los quisieran en la ajena para darse pisto. No tengo para el arte más ley ni medida que la belleza y el buen gusto. En arte cabe todo lo que es bueno, y lo mismo me placen las almas graves y preocupadas del otro lado del Rhin, que los ingenios del Tajo y del Betis, aunque éstos me parecen harto superiores.

Conviene despejar cierto error o pedantería de algunos críticos, compatriotas nuestros, quienes abogan por un arte nutrido de ciencia, de filosofía, de simbolismos, de cosas trascendentales, tachando de frívolas cuantas creaciones aparecen

sin semejante aparato. No les basta la belleza, la realidad, el arte, la gracia, el calor de vida y humanidad que se respira en ciertas obras; es preciso que tengan un sermoncito, unas gotas de psicología, unos intentos de medicina social... ¡Dogmatismos y armas al hombro, amigos míos! Lo trascendental en arte se da siempre por añadidura, sin pretenderlo ni buscarlo. ¿Será preciso volver sobre el *Quijote*?

Yo he visto *El amor que pasa* media docena de veces, y siempre esa obra me despierta emociones y melancolías profundas por debajo de la risa que me retoza en los labios. El don de conmover, de inclinar mansamente el ánimo de los espectadores con procedimientos tan sencillos, tan honrados, tan de arte y de ley como en *La zagala* y en *Los Galeotes*, en *Malvaloca* y *La rima eterna;* el humorismo, la ternura, el matiz poético, la exaltación de vida de *El genio alegre*, ¿son granos de anís? La poesía de *Las flores*, que algunos tacharon de cursi, ¡oh, blasfemos! ¿no vale un aplauso de corazón?

Bien encumbrados sean sobre plumas, palmas y flores estos amables ingenios de España. Bien repetidas sean y conservadas perdurablemente las obras maestras de tan andaluces espíritus, obras nacidas con espontaneidad maravillosa. Pongamos sobre las *deliciosas inmoralidades* de Bernstein y Compañía, sobre esas mujeres pervertidas y esas pasiones malsanas, el rumbo, la

guapeza, la salud y la alegría de nuestras hembras y de nuestros hombres; ahuyentemos la tristeza morbosa de los bárbaros norteños; la pedantería o la licencia de tudescos y gabachos, con este chorro de luz del arte meridional, con estas «corrientes cristalinas del olivífero Betis...»

RICARDO LEÓN.

Comedias y Comediantes. Marzo, 1912.

LA CUERDA SENSIBLE

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el Odeón, de Madrid, el 22 de abril de 1918.

A MARIA GÁMEZ,

actriz con cien actrices en el corazón

y mujer con cien mujeres en los ojos,

SERAFÍN Y JOAQUÍN

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ESTELA.....	María Gámez.
AURELIA.....	Encarnación Díaz.
MAXIMILIANO.....	Alberto Romea.

LA CUERDA SENSIBLE

Pequeña playa, llamada «de los locos», en Garranga, pueblecillo de pescadores de la costa cantábrica. Es una mañana de setiembre.

Estela, sentada en un banquito, toma el sol y aspira las brisas marinas hojeando un libro de versos. Sobre la arena tiene una sombrilla y un bolso con labor. Es guapa y está triste, lo cual equivale a ser dos veces guapa. Nació en Andalucía y ha vivido algunos años en Buenos Aires. Conserva al hablar el acento argentino.

ESTELA. ¡Qué poeta más contradictorio, más raro! Porque dise cosas bonitas; pero dise también muchísimas pavadas. *Lee:*

«Hombres locos que en guerra monstruosa
parece que queréis matar la vida;
nada conseguiréis si en una rosa
dejáis una crisálida escondida,
y de ella sale una mujer hermosa.»

Esto está bien. *Lee nuevamente:*

«Quiero hacer una rima: ya está hecha.
Es no más que tu nombre y una fecha.»

Esto es una pavada. ¡Su nombre y una fecha!... Y luego si te vi no me acuerdo, a pesar de la fecha. Una pavada. *Deja el libro, mira al horizonte, suspira y coge la labor.* De los versos al ganchiyo y del ganchiyo otra vez a los versos. ¡La vida así sí que es una pavada!

Pausa. Sale por la derecha Aurelia, amiga y confidente de Estela.

AURELIA. Mucho frecuentas tú la playa de los locos.

ESTELA. Tanto como tú.

AURELIA. Yo voy dando un paseo; quiero llegar hasta las rocas. Ya sabes que me gusta andar después del baño. ¿Vienes conmigo?

ESTELA. No; me quedo aquí. Tengo peresa.

AURELIA. ¿No te has bañado hoy?

ESTELA. No. Tuve peresa.

AURELIA. ¿Ni has ido a la tertulia del toldo?

ESTELA. Me dió peresa.

AURELIA. Vaya, que hoy no estás más que para la playa de los locos.

ESTELA. Que es lo más lindo de Garranga. Por su situasión... y porque no viene casi nadie. ¡Bendita soledad!

AURELIA. ¿Hay pocos locos, según eso?

ESTELA. No es que haya pocos, sino que están muy repartidos en el mundo. No habían de venir todos a Garranga a veranear.

AURELIA. Hace un rato he visto pasar a uno hacia arriba, que tiene fama en la colonia.

ESTELA. Ese que tú dises no es loco; pero me va a volver a mí. Yo también lo he visto pasar. ¡Demonio de hombre! ¡Ay!

AURELIA. ¡Te he dicho tantas veces que era peligroso tu juego!...

ESTELA. ¿A qué le yamas juego?

AURELIA. Porque tu hermana Obdulia fuese víctima de un hombre malo, que hasta enterrarla no paró, ¿has de erigirte tú en vengadora de ella con los demás hombres?

ESTELA. Y ¿cómo no, Aurelia?

AURELIA. Pero ¿qué culpa tienen los demás?

ESTELA. Ninguna, es claro; pero son hombres y se asercan a mí... como el otro se asercó a mi hermana... para destrosarle la vida. El que a mí se yegue yevará su castigo; por el recuerdo de la pobre Obdulia... y por las intensiones que a mi lado lo puedan guiar.

AURELIA. Mujer, algunos se han acercado a ti con buenas intenciones.

ESTELA. Así le paresieron a Obdulia las de su marido. No insistas, Aurelia: la desventura de mi hermana ha sembrado en mí la desconfiansa de todos. Sobre que me divierte mucho eso a que tú le yamas mi juego: coquetear con eyos, ofuscarlos, engreírlos, trastornarlos enteramente hasta que caen a mis pies echando yamas por los ojos... y entonses... ¡qué risa! volverles la espalda con mucha flema y coger la perrita para besarla en el hosico. ¡Les da un coraje!

AURELIA. Lo creo sin que lo jures.

ESTELA. Algunos se me ponen furiosos. Más furiosos cuanto más me río. Sólo uno, que era muy payaso, tuvo grasia y me empesó a ladrar.

AURELIA. Y el loco que te trae tan interesada, ¿qué ha hecho?

ESTELA. Nada, todavía.

AURELIA. ¿No te toma en cuenta?

ESTELA. Me toma y no me toma en cuenta, que es lo malo.

AURELIA. Y ¿no será tal vez que él se halle en tu mismo caso respecto a las mujeres?

ESTELA. No sé... A veses lo he pensado, no creas... Pero, no sé, no sé...

AURELIA. El hecho es que te quita el sueño.

ESTELA. No, no tanto... no me quita el sueño. Pero tampoco me lo da.

AURELIA. Llámale hache.

ESTELA. Maximiliano es un enigma, una esfinge. Aquí lo juzgan loco por lo extravagante de su vida y costumbres; pero ¡qué ha de serlo! Yo más bien creo que padese un ataque crónico de cordura. Yo he tratado a infinidad de hombres: primero, de muchacha en Andalusía; luego, en la Argentina, donde casi me recrié: después, en París, en Madrid, en mil partes.. Bueno; pues todos los hombres a quienes he tratado me han descubierto siempre, tarde o temprano, lo que se yama el punto flaco, la cuerda sensible: una vanidad, un

entusiasmo, una afisión... una ventanita a que asomarse... y donde poder cogerlos frititos.

AURELIA. ¿Y ese loco-cuerdo no tiene ventanita ninguna?

ESTELA. Si la tiene, da a un patio interior. Porque yo lo he visto por las cuatro fachadas y no se la encuentro. Me desespera, ¿sabes? Y mira que he conversado con él más de quinse días y que he tocado todas las teclas: el mar, el campo, el sielo, el arte, el amor, las mujeres, los hombres, la casa, el vino, las corridas de toros, la aviasión, la guerra, los viajes... ¿Qué quiere desir todas las teclas? Pues de todo te habla lo mismo; en el mismo tono; sin alterarse ni sofocarse nunca. Es como la caja de un gramófono, que resibe igual todos los discos que le ponen; tanto se le da de unas soleares de Amalia Molina como del brindis de *Amleto* por Titta Ruffo. ¡Qué hombre! ¡Reniego del día que vino a veranear a Garrranga!

AURELIA. Y ¿se te ha de ir sin que logres asomarlo a su ventanita; sin averiguar su cuerda sensible?

ESTELA. ¡*Voilà* mi desesperasión! Me han dicho que se va el domingo, y estoy desolada. ¡El gustaso con que yo le volvería e ese hombre la espalda para besarle el hosiquito a la perra!

AURELIA. Calla, que allí viene.

ESTELA. ¿La perra?

AURELIA. El perro. Te dejo con él.

ESTELA. No, mujer; no te vayas ahora.

AURELIA. Y ¿qué hago yo aquí más que estorbar? Hasta luego. Mira, mira la facha que trae.

ESTELA. ¡Qué he de mirarlo! Anda con Dios, mujer.

AURELIA. Adiós. Buena suerte. *Vase hacia la izquierda.*

ESTELA. ¡Buena suerte, sí, buena suerte!... Veremos lo que quiere Dios.

Vuelve a coger el libro. A poco lee:

«Adondequiera que miro
una mariposa veo,
que me halaga en cada giro
la esperanza o el deseo.»

Otra pavada. *Continúa leyendo para sí. De pronto dice:* ¿A ver?

«Envío de unos claveles.
A...»

Esta A con puntitos de los poetas me pone más nerviosa... Es una dedicatoria tan socorrida...

«En pago de unos claveles
que tuve en mis labios presos,
ahí van esos:
porque los amigos fieles
cambian claveles por besos...»

Vamos, esto está bien. Sobre todo si la famosa A... no es más que una. *Lee de nuevo:*

«Miraba al cielo pensando
que de ti me separaba...
y me sorprendí llorando
de pensar lo que pensaba.»

Esto está mejor. Ya se le pueden perdonar algunas pavadas a este poeta.

Por la izquierda aparece en esto Maximiliano, en una guisa sorprendente, impropia de un galán, pero muy propia de él: en mangas de camisa, con pantaloncillo de franela muy usado, alpargatas sobre la carne, americana al brazo, y cubierto con un sombrero de segador.

MAXIMILIANO. Estela, buenos días.

ESTELA. ¿Quién? ¡Ah! buenos días. Creí que era el bañero.

MAXIMILIANO. Pues soy yo. Pero no tengo inconveniente en ser el bañero. El bañero de usted.

ESTELA. ¿De dónde viene usted de esa facha?

MAXIMILIANO. De junto a las rocas: de tomar el baño de sol.

ESTELA. Hasta en eso es usted extraordinario. Todo el mundo viene aquí a bañarse en el agua: usted, en el sol.

MAXIMILIANO. Que me imite quien quiera. Le advierto a usted que es una costumbre sanísima. Me escondo allá, donde no llega nadie, me quedo en el traje de Adán... y caigan rayos sobre mí. Rayos solares, por supuesto. Tengo la espalda que parece caoba.

ESTELA. ¿La espalda nada más? Todo usted creo yo que es de madera.

MAXIMILIANO. De madera, no; pero soy fuerte. Vengo de buena casta. Y, en fin, algo hay que hacer para pasar las horas mortales. ¿Usted leía?

ESTELA. Sí. Y hasía ganchiyo. Para pasar las horas también.

MAXIMILIANO. ¿Quiere usted que la acompañe un rato?

ESTELA. ¿Cómo no?

MAXIMILIANO. ¿No le da a usted vergüenza de que la vean conmigo así?

ESTELA. En todo caso debe darle a usted de que lo vean así... conmigo.

MAXIMILIANO. Pues a mí no me da. Hecho. *Se tumba en la arena.*

ESTELA. Pero siéntese aquí, en el banco.

MAXIMILIANO. Aquí estoy más cómodo.

ESTELA. Ya, ya. Y revuélquese como mi perrita, si le viene en gana.

MAXIMILIANO. Si lo hiciera delante de usted, sería un mal educado. Lo cual no significa que su perrita de usted lo sea: señalo simplemente la diferencia que existe entre la perra y yo.

ESTELA. Entendido, entendido. Hase un gran día, ¿verdad?

MAXIMILIANO. Espléndido. Esparce salud.

ESTELA. De brisa y de sol, ¿eh? Son los que yo prefiero en Garranga. ¿Y usted?

MAXIMILIANO. Yo no suelo tener preferencias.

ESTELA. Ya lo he advertido.

MAXIMILIANO. Ni me disgustan esos que ordinariamente se llaman malos días. Estando yo bueno, me importa un bledo que los días estén malos. Que llueve: cojo el impermeable, y venga agua. Que escampa: cuelgo el impermeable, y venga sol. Esto es todo.

ESTELA. Ya escampa, ya. Y diga usted: ¿es sierto eso que disen?

MAXIMILIANO. ¿Qué dicen?

ESTELA. Que se nos marcha usted el domingo.

MAXIMILIANO. ¿Que me les marcho yo? No, no, no; de ninguna manera. Yo me marcho el domingo, en efecto; pero de aquí, del pueblo, no me marcho de nadie.

ESTELA. Es lo que he querido desir. Pero ¿quién le asegura a usted que al irse de Garranga no se le va también a alguna persona?

MAXIMILIANO. No lo creo. ¿Es que he dado algún flechazo sin enterarme? Cuénteme usted, cuénteme usted...

ESTELA. Si usted no se ha enterado, criatura, ¿qué interés voy yo a tener en abrirle los ojos?

MAXIMILIANO. Bueno; como usted quiera. Me es igual.

ESTELA. Lo que sí me atreveré a indicarle es que si se quedara todo setiembre, al final me lo agradesería. Porque aquí la otoñada es delisiosa.

MAXIMILIANO. «Desde ya» le agradezco a usted la indicación, como usted dice algunas veces: «desde ya».

ESTELA. Resabios de mi estada en el otro mundo.

MAXIMILIANO. Pero el otoño es bello en cualquier parte. Sus maravillosas puestas de sol, ¿dónde no cautivan? El sol lo mismo se pone aquí que en Tembleque.

ESTELA. Lo mismo: eso sí. Y lo mismo se cae la hoja aquí que en Rusia. ¿Y adónde se dirige usted ahora, amigaso? Si lo sabe. ¿O le da igual también?

MAXIMILIANO. Me da igual. Pero voy primero a Extremadura. Tengo allí unos terrones y un castillo viejo, y unos me aconsejan que los venda y otros que no los venda. Me es igual.

ESTELA. ¡Jesús, hijo mío!

MAXIMILIANO. ¿Qué?

ESTELA. ¡Que no sé cómo se puede ser tan indiferente! *Se levanta.* Me está usted poniendo nerviosa.

MAXIMILIANO. No soy yo: es el aire; creo que tenemos anunciada galerna.

ESTELA. Sí, sí está anunsiada. Y vendrá. Y va

a ser en seco, que son las más desagradables de todas.

MAXIMILIANO. Por lo demás, mi encantadora amiga, rectifique usted su concepto de mí: de indiferente no tengo ni una uña.

ESTELA. ¿Cómo no, si todo le da igual? Es usted absolutamente insensible.

MAXIMILIANO. ¡Error de errores! ¡Profunda y grandemente sensible, Estela!

ESTELA. ¡Qué disparate!

MAXIMILIANO. Pero soy, además, un hombre muy equilibrado.

ESTELA. Muy equilibrista.

MAXIMILIANO. Muy equilibrado. Y cuya sensibilidad está propicia a todas las cosas de este mundo. ¡El día que me apasione hasta la locura por una sola cosa, perderé el encanto de apreciar las demás! ¡Dios me conserve el equilibrio!

ESTELA. No lo pierde usted así como así.

MAXIMILIANO. A Dios gracias.

ESTELA. Pues yo le deseo a usted un batacasito desde el alambre.

MAXIMILIANO. ¿Por qué?

ESTELA. ¡Porque me sulfura esa flema; porque me sublevan sus teorías!

MAXIMILIANO. ¿Ah, sí? Pues eso se arregla muy bien, sin necesidad de mi batacazo. Cambiando de conversación sencillamente.

ESTELA. Me temo que no baste.

Ella pasea y Maximiliano se levanta.

MAXIMILIANO. ¿Usted va a permanecer en Garranga hasta octubre?

ESTELA. *Ça dépend...*

MAXIMILIANO. ¿Y eso?

ESTELA. Mi hermano Hermenegildo, que se casó el año pasado, me escribe que muy prontito va a ser padre, y desea que yo me encuentre en el fausto suseso.

MAXIMILIANO. ¿Tiene usted un hermano recién casado?

ESTELA. Sí, señor: en Granada. Con una mujer hermosísima.

MAXIMILIANO. ¿Y va a tener un hijo muy pronto?

ESTELA. Usted figúrese... Era de presumir.

MAXIMILIANO. *Con noble emoción.* ¡Un hijo! ¡Dichoso ese hombre!

ESTELA. *Sorprendida.* ¿Eh?

MAXIMILIANO. ¡Dichoso mil veces ese hombre! ¡Va a tener un hijo!

ESTELA. ¿Cómo?

MAXIMILIANO. ¡Un hijo! ¡Supremo ideal de la vida!

ESTELA. Habla usted con un entusiasmo... con una emosión...

MAXIMILIANO. Pues son sinceros; como todo en mí. Tener un hijo es realizar el ideal de la vida. De la mía, a lo menos.

ESTELA. *Sin poder contenerse.* ¡Ay, qué cuerdita más de mi gusto!

MAXIMILIANO. ¿Qué dice usted?

ESTELA. No... nada...

MAXIMILIANO. ¿También la pone nerviosa esta conversación?

ESTELA. Sí, sí... También me pone... Pero de otro modo. Venga acá y vamos a conversar sobre ese tema que tanto lo ilusiona a usted.

MAXIMILIANO. ¡Oh! Es tema favorito. Es mi flaco; es mi cuerda sensible.

ESTELA. *Riéndose.* ¡Caramba, caramba!

MAXIMILIANO. ¿De qué se ríe usted?

ESTELA. Del descubrimiento. Pero es una risa particular... muy particular. ¡Miren no haber puesto el dedito en la yaga hasta ahora! Venga, venga acá; acomódese a mi ladito y charlemos.

MAXIMILIANO. Con mil amores.

ESTELA. ¿Dónde andará la perra? ¿Es así que el sueño de su vida...?

MAXIMILIANO. Sí. Es ése; el que va a ver logrado su hermano de usted: el de tener un hijo. Al morir mi padre, de quien heredé este equilibrio que a usted la irrita y la desconcierta, y que al fin y al cabo no es más que salud del cuerpo y del alma, me dijo estas palabras consoladoras: «Yo no me muero, porque sigo viviendo en ti. Tú continúas mi vida. Procura tú no abandonar el mundo sin dejar también quien herede tu sangre, tu nombre y tu espíritu.» Y eso anhelo: tener un hijo y repetirle antes de morir las mismas palabras de mi padre.

ESTELA. Y ¿a qué aguarda usted ya?

MAXIMILIANO. ¡Ay, amiga mía!...

ESTELA. Porque, aunque usted es joven, le conviene dejar al hijo cresidito, ¿no? para que se haga cargo bien de lo que usted le recomiende.

MAXIMILIANO. Cierto. Pero, ¿usted se imagina quizás que es tan fácil...?

ESTELA. Hombre... le diré a usted... yo... En fin, mire usted... el mundo está yeno de ejemplos...

MAXIMILIANO. No me ha entendido usted, Estela.

ESTELA. Pues explíquese. ¿Qué puede estorbar que realise un sueño tan legítimo un hombre como usted, soltero, rico, independiente, saludable, que tiene la espalda de caoba?... ¡Encontrará a rasimos las muchachas que quieran casarse con usted!

MAXIMILIANO. He ahí el obstáculo.

ESTELA. ¿Cuál?

MAXIMILIANO. El casamiento. marriage

ESTELA. ¿No quiere usted casarse?

MAXIMILIANO. ¡Sí!

ESTELA. ¡Entonses!...

MAXIMILIANO. Es usted una mujer inteligente y libre, y acaso me comprenda.

ESTELA. Cuidado, ¿eh?

MAXIMILIANO. No hay cuidado. Cuando se habla con esta honradez de un ideal tan puro, no

hay cuidado. En dos palabras: yo no quiero casarme para tener un hijo, sino al revés.

ESTELA. ¿Al revés?

MAXIMILIANO. Yo quiero tener un hijo... y luego casarme.

ESTELA. ¡Virgen de la Regla! ¡Qué atrosidad!

MAXIMILIANO. ¿Por qué? No me juzgue usted de ligero como todas, Estela. Óigame. Yo, si no tengo un hijo, no realizo el fin de mi vida. ¿Cómo he de unirme a una mujer con lazo eterno sin saber si me va a dar o no el hijo de mi alma?

ESTELA. Hombre, hombre, eso es muy escabroso... Pero, fíjese... Basta elegirla bien para casarse confiado y tranquilo.

MAXIMILIANO. No basta: hay mil ejemplos contradictorios. Ponga usted que me caso a ciegas y no nace mi hijo. ¿Qué hago?

ESTELA. Aguardar un poquito, señor.

MAXIMILIANO. Aguardo un año, dos, cinco, siete—no se puede estirar mucho el plazo—, y el heredero sin venir. ¿Qué hago?

ESTELA. ¡Aguantarse, como tantos matrimonios sin hijos!

MAXIMILIANO. ¡Eso es! ¡Y mi ideal perdido y mi vida rota! Y si por cima de todo me empeño en lograrlo, considere usted los delitos que he de cometer: engañar a la que elegí por compañera; faltar a la fe jurada ante Dios; tener un hijo adulterino, que viene al mundo para ser vilipendiado por la sociedad...

ESTELA. Mire, mire, Maximiliano; no siga, no desbarre...

MAXIMILIANO. ¡Cuánto más natural y lógico no es tener primero el hijo... y casarse en seguida!

ESTELA. Milagro hubiera sido que no saliese usted con una pitada de las gordas. No me hable más del caso, no. Vaya, vaya por ahí en busca del nene, y no se aflija, que no le faltarán partidos.

MAXIMILIANO. Un ruego, Estela: no me ofenda con tamaña suposición. El hijo que yo tenga ha de merecer una madre. ¡Una madre!

ESTELA. ¡Y se pone tan serio!

MAXIMILIANO. ¡Naturalmente, señorita! Ese es otro escollo en que tropiezo. Quizás el más grave. Casado ya, y convencido de que mi mujer no me da un hijo, ¿a qué solterita que se estime en algo le insinúo yo siquiera...?

ESTELA. Pero, ¿se ha atrevido usted a insinuárselo a alguna, aun estando soltero?

MAXIMILIANO. Nada menos que a tres.

ESTELA. Y ¿habrá usted salido por el balcón las tres veses?

MAXIMILIANO. Peor todavía: me ha costado tres desafíos.

ESTELA. ¡Claro!

MAXIMILIANO. ¡Claro, porque no hay lógica! Mi fin, ¿no es casarme? En rigor, ¿no es ese mi fin?

ESTELA. Todo lo que usted quiera; pero ¿y del prinsipio, qué me dise? ¡Qué *chanchada!*

MAXIMILIANO. Pero, Estela...

ESTELA. ¡A mí me deja usted ahora mismo, o le doy un sombriyaso en la cabesota! ¡Qué tipo! ¡Y paresía una figura de sera!

MAXIMILIANO. ¡Señorita!

ESTELA. ¡No me diga usted más!

MAXIMILIANO. ¡Por el amor de Dios!

ESTELA. ¡Que se vaya usted camino de su casa!

MAXIMILIANO. ¡Dios mío, qué desilusión tan terrible! ¡Creí que tendría usted otra línea psicológica... más flexibilidad de espíritu!

ESTELA. ¡Y yo creí que tendría usted más vergüensa!

MAXIMILIANO. ¿La he ofendido a usted!

ESTELA. No lo sé. Váyase de mi vista.

MAXIMILIANO. ¿Me perdona usted en todo caso?

ESTELA. Sí. Pero váyase de mi vista.

MAXIMILIANO. ¡Qué lástima! ¡Tan hermosa, tan atractiva, tan buena... y no me entiende! ¡Y yo empezaba a amarla!... A los pies de usted, bella enemiga.

ESTELA. Beso a usted... No; no le beso a usted nada.

MAXIMILIANO. *Volviendo atrás cuando va a irse.* ¿Me permite usted una pregunta?

ESTELA. ¿Qué quiere usted?

MAXIMILIANO. Es una tontería.

ESTELA. Ha dicho usted tantas, que una más...

MAXIMILIANO. Por eso. ¿Usted sabe lo que significa Garranga?

ESTELA. ¿El nombre de este sitio?

MAXIMILIANO. Sí. Es palabra eúskara.

ESTELA. Y ¿qué significa?

MAXIMILIANO. Pues... el ganchito del anzuelo.

ESTELA. ¡Qué sonso!

MAXIMILIANO. Ya le previne... *resién* que era una tontería. Y puesta a ello, ¿me quiere usted contestar a otra pregunta?

ESTELA. Con tal que sea un poco menos simple...

MAXIMILIANO. Esta es mera curiosidad infantil. Cuando nazca el hijo de su hermano, ¿cómo se llamará?

ESTELA. Si es niño, Julio, como mi padre.

MAXIMILIANO. ¡Julio!... Me gusta el nombre. Muchas gracias.

ESTELA. No las merese.

MAXIMILIANO. ¡Julio!... ¡Julio!... *Le hace una reverencia y se va.*

Ella lo ve alejarse entre rencorosa e interesada.

ESTELA. ¡Habráse visto frescura de hombre!... ¡Casi me ha hecho yorar! ¡Y cómo lo toma; como si fuera lo más yano del mundo! ¡Jesús con la cuerda sensible! ¡Vaya, vaya, a desimpresionarse y a olvidarlo! *Se sienta y hojea el libro.* ¿Pues no tiemblo como asogada?... ¿Será ese hombre cas-

tigo de Dios a mis coqueteos vengativos?... ¡Y ha dicho que empesaba a amarme!... *Lee:*

«Escucha el rumor del mar
y el silencio de los cielos;
que ellos en su eterno hablar
les dirán a tus anhelos
lo que quieras escuchar.»

FIN

Madrid, abril, 1918.

INDICE

PÁGINAS

Puebla de las mujeres..... 5
Lo que tú quieras..... 97
Malvaloca..... 119
La cuerda sensible..... 255

TEATRO COMPLETO
DE LOS AUTORES

ORDEN DE LA PUBLICACION

Tomo I. —PRIMEROS ENSAYOS

Prólogo. — Esgrima y amor. — Belén, 12, principal. — Gilito. — La media naranja. — El tío de la flauta. — El peregrino. — Las casas de cartón. — La reja. — Apéndice.

Tomo II. —COMEDIAS Y DRAMAS

La vida íntima. — El patio. — Los Galeotes.

Tomo III. —COMEDIAS Y DRAMAS

La pena. — La azotea. — El nido. — Las flores.

Tomo IV. —SAINETES Y ZARZUELAS

La buena sombra. — Los borrachos. — El traje de luces. — El motete. — El estreno. — Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el «botijo»!

Tomo V. —COMEDIAS Y DRAMAS

La dicha ajena. — Pepita Reyes. — Mañana de sol.

Tomo VI. —COMEDIAS Y DRAMAS

La zagala. — Amor a oscuras. — La casa de García. — A la luz de la luna.

Tomo VII.—PIEZAS BREVES

El ojito derecho. — El chiquillo. — Los piropos. — El flechazo. — El amor en el teatro.—Los meritorios.—La zahorí.—La contrata.—El nuevo servidor.—La aventura de los Galeotes.

Tomo VIII.—COMEDIAS Y DRAMAS

El amor que pasa.—El agua milagrosa.—La musa loca.—Herida de muerte.

Tomo IX. —COMEDIAS Y DRAMAS

El genio alegre. — El niño prodigio.— La vida que vuelve.

Tomo X —SAINETES Y ZARZUELAS

El género ínfimo. — La reina mora. — Zaragatas. — El mal de amores. — El amor en solfa.—La mala sombra.

Tomo XI. —COMEDIAS Y DRAMAS

La escondida senda. — El último capítulo.—Las de Caín.—Sin palabras.

Tomo XII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Amores y amoríos. — ¿A quién me recuerda usted? — Doña Clarines. — Los ojos de luto.

Tomo XIII.—PIEZAS BREVES

La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.— Nanita, nana...— La zancadilla.—La bella Lucerito. — Las buñoleras. — Cuatro palabras. —Sangre gorda.—Carta a Juan Soldado.—Solico en el mundo.—Palomilla.

Tomo XIV. —COMEDIAS Y DRAMAS

El centenario.—La flor de la vida.—La rima eterna.

Tomo XV. —COMEDIAS Y DRAMAS

Puebla de las Mujeres.—Lo que tú quieras.—Malvaloca.—La cuerda sensible.

Tomo XVI. —SAINETES Y ZARZUELAS

La patria chica.—Las mil maravillas. El patinillo.—La muela del rey Farfán.

Tomo XVII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Mundo, mundillo...—Fortunato.—Nena Teruel.

Tomo XVIII.—COMEDIAS Y DRAMAS

Los Leales.—La consulesa.—Dios dirá.—El corazón en la mano.

Tomo XIX. —PIEZAS BREVES.

Rosa y Rosita.—El hombre que hace reír.—Sábado sin sol.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Hablando se entiende la gente.—Chiquita y bonita. Polvorilla el corneta.—El cerrojazo.—La historia de Sevilla.—Lectura y escritura.—Pesado y medido.—Secretico de confesión

Tomo XX. —COMEDIAS Y DRAMAS

El Duque de Él.—El ilustre huésped. Cabrita que tira al monte...

Tomo XXI. —COMEDIAS Y DRAMAS

Marianela.—Así se escribe la historia.—Pipiola.

Tomo XXII. —SAINETES Y ZARZUELAS

Fea y con gracia. — Anita la risueña. El amor bandolero. — Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias. — Becqueriana. — Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.

Tomo XXIII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Don Juan, buena persona. — Pedro López.—La calumniada.

Tomo XXIV. —COMEDIAS Y DRAMAS

Febrerillo el loco.—El mundo es un pañuelo.—Pasionera.

Tomo XXV. —PIEZAS BREVES

La niña de Juana o El descubrimiento de América.— La sillita.—Castañuela, arbitrista.—La seria.—El mal ángel. El cuartito de hora. — Cabellos de plata.—Acacia y Melitón.—Ganas de reñir.—Dos pesetas. — Vámonos. — Revoloteo.

Tomo XXVI. —COMEDIAS Y DRAMAS

Ramo de locura.—La moral de Arrabales.—La prisa.—La flor en el libro.

Tomo XXVII.—COMEDIAS Y DRAMAS

Antón Caballero.—La quema.—Las vueltas que da el mundo.—Las benditas Máscaras.

Tomo XXVIII.—SAINETES Y ZARZUELAS

Rinconete y Cortadillo.—La casa de enfrente.— Los marchosos.— La del Dos de Mayo.—Los pápiros.

Tomo XXIX. — COMEDIAS Y DRAMAS

Cristalina.—Concha la Limpia.—Mi hermano y yo.

Tomo XXX. — COMEDIAS Y DRAMAS

Cancionera.—Pepita y Don Juan.—La boda de Quinita Flores.—El último papel.

Esta colección continuará enriqueciéndose en lo porvenir con las nuevas obras que produzcan los hermanos Álvarez Quintero, las cuales se agruparán en tomos siguiendo el mismo método.

El orden de publicación de los tomos se alterará siempre que la última edición particular de alguna de las obras esté agotada y se considere conveniente su pronta reimpresión.

PUBLICADOS:

Tomos I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX, X, XI, XII, XIII, XIV, XV.

EN PRENSA:

Tomo XVI.

PRECIO DE CADA TOMO: 5 PESETAS

3315

Date Due

DEMCO-293

MAY 19			
JUN 7 '39			
JUN 6			
MAY 19			
MAY 26 '41			
JUN 5			
MAY 10 '43			

37-2641

3 0081 007 948 775